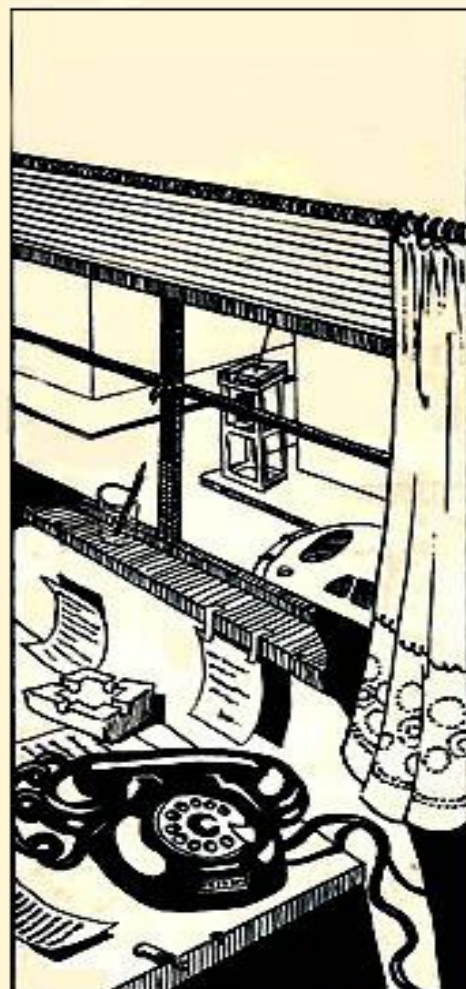


paco ignacio taibo II

DIAS DE COMBATE



¡IRATA-TA-TA-TA-TA!

Ésta es la primera gran novela policiaca mexicana. Es, también, algo más: un retrato de la Ciudad de México y una búsqueda de las relaciones y el clima que engendran a un asesino.

En un país en el que «la nota roja ha trascendido su lugar de origen para llegar a las páginas de sociales y a las declaraciones públicas», el detective Héctor Belascoarán Shayne busca a un estrangulador que cobra, a lo largo de la obra, doce víctimas para «ofrecer carne fresca a los mastines de la policía y la prensa».

Taibo maneja varios niveles de narración en ésta su primera novela con la destreza del mejor Raymond Chandler. Presenta una anécdota llena de vida alrededor de su extraordinaria figura central, ese detective complejo, contradictorio y humano que comparte su oficina con un plomero lumpen y socarrón, ese hombre que es llevado por su tenacidad, progresiva e irremediabilmente, hasta el asesino.



Paco Ignacio Taibo II

Días de combate

Belascoarán Shayne - 1

ePub r1.0

Titivillus 11.02.16

Título original: *Días de combate*
Paco Ignacio Taibo II, 1976
Diseño de cubierta: Armando Bartra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espaebok.com

*Para Marina que quería meterle
mano a las teclas de la máquina.*

*Para Berlarmino el cabezón y Francis
que decían que iban a escribir una
novela policiaca en horas de oficina.*

*Sintiendo que el campo de batalla le pertenece,
empezó a obrar por sus propios medios.*

LEÓN TROTSKY

*El abismo no nos asusta,
es más bella el agua despeñándose.*

RICARDO FLORES MAGÓN

I

*... Y las tinieblas cubrían
la superficie del abismo.*

GÉNESIS

—Abusado, güey, que me los pisa —le dijo al plomero, con el que compartía el despacho.

—Pues pa'qué los pone en el suelo.

—Para verlos todos, carajo.

—¿Al mismo tiempo?

—A la mierda.

—Una hermana —vaticinó impertérrito Gilberto el plomero, se ladeó la gorrita de Sherwin Williams y salió.

Héctor esperó el chasquido de la puerta y prendió un cigarrillo. Lo fumaba despacio, lleno de calma, como si el insulto le hubiera dado la dosis de paz necesaria para volver a encaminar las ideas en el riel.

Hacía frío afuera, más frío que de costumbre. En los últimos minutos, los ruidos del tránsito habían comenzado a crecer; el torrente de la jodida fiesta de humo y claxonazos, escapes aullando y semáforos en rojo: la sinfonía de las siete de la noche. Héctor caminó hacia la ventana y la cerró. Luego volvió a contemplar los periódicos desparramados ordenadamente por el suelo. Las lecturas tempranas de Hemingway lo habían convencido de que uno termina invariablemente compartiendo algo con el enemigo. Que la caza es el proceso en que la presa y el hombre se van identificando; pegando el sudor ajeno al propio, buscando una piel única que culmina con la muerte. Por eso, buscaba, una y otra vez en los periódicos: una imagen, una idea, una pista, una forma. Un enemigo tangible. Pero el fantasma se diseñaba cada vez más difuso, más próximo al sueño, al encuentro accidental. Los lugares comunes se volvían un asedio que Héctor rehuía y desviaba con la paciencia del caballero medieval imbatible y bendito, rodeado de sarracenos empeñados en chingarlo.

El ruido se iba acumulando tras los cristales y desapareciendo en la

noche. Después de aquel cigarrillo siguieron cuatro más. La ceniza se esparcía casi invisible formando una carretera que seguía fielmente los pasos de Héctor.

Había perdido la idea original y había pasado a ojear otras historias accidentalmente incluidas en los recortes de periódico: sociales, carteleras de cine, discursos del gobernador de Nuevo León.

—Al fin y al cabo pura nota roja —musitó Héctor y sonrió ante el desliz.

En un país donde la nota roja había trascendido de su lugar de origen a las páginas de sociales, se había escondido en la cartelera de los cines, en las páginas de deportes. En un país donde es nota roja las declaraciones del diputado, nota roja las frases del secretario de Gobernación, nota roja la boda Lanzagorreta-Suárez Reza, nota roja los comentarios del entrenador del Cruz Azul. Nota roja, incluso, los anuncios clasificados, pensó sonriendo.

—En un país como éste —pensó en voz alta, y apagó la última colilla. Buscó en la cartera un boleto del Metro y se limpió las uñas con él, mientras revisaba por última vez los periódicos.

Se acomodó la pistola en la cintura evitando que la mira le lastimara los testículos y salió lentamente hacia el frío.

En el elevador se frotó los ojos desperezándose y contempló de reojo a una secretaria que prudentemente se había colocado hasta el otro extremo.

El frío de la calle lo lanzó de nuevo hacia el riel de las pequeñas ideas inútiles. Se contempló en una vidriera. Siguió caminando. Una música navideña, que salía de una tienda de discos, le resultó molesta.

Cuando estaba entrando en la boca del Metro Pino Suárez, volteó inquieto como si algo lo estuviera siguiendo. Inmerso en el manantial de la gente fue impulsado por el Metro (estaciones y letreros, entradas y salidas, transbordos, un café tomado al volapié en Balderas) hasta la salida Tacubaya Sur de la estación Chapultepec. El frío le pegó de nuevo en la cara y sintió cómo los engranes habían vuelto a funcionar después del aplazamiento. Fue hacia su casa dando pequeños rodeos para comprar pan en «La Queretana», y leche, jamón y huevos en una pequeña tienda de abarrotes que sólo tenía como razón social visible un letrero de Orange Crush. Una mujer de ochenta años lo detuvo a media cuadra de la casa para pedirle limosna; traía un saco lleno de pan duro en la espalda, y le contó una larga historia sobre la necesidad que

tenía de operarse los ojos, Héctor le sonrió y le dio todo el dinero que traía, cosa de ocho pesos. Caminó hacia el edificio de departamentos mientras recordaba la mejor explicación que su exmujer le había dado sobre por qué se separaron: «El día en que sepas para qué me quieres, vienes y me lo dices». Pensó, mientras esbozaba una sonrisa, mitad gesto congelado, que no era nada convincente decirle que quería acostarse con ella otra vez. Era el camino que había elegido. Subió poco a poco la escalera y entró a su casa. Cuando encendió la luz, los ojos buscaron el calendario para constatar que faltaban quince días para su cumpleaños.

¿Treinta y uno, no?, se preguntó. Entró a la recámara cuidando de no pisar los periódicos extendidos cuidadosamente por el suelo. Cayó sobre la cama, se bebió la leche directamente del envase y comió un par de bolillos con jamón, sacudió las migajas, encendió la radio; dio un par de vueltas en torno al librero. Tomó, después de pensarlo un poco, *Los aventureros* de Malraux, se tiró encima de la cama, leyó un par de horas y se quedó dormido. En medio de los sueños, sintió que en el riel comenzaba a moverse el tren. Se medio despertó, se sacudió un poco de la bruma y se desnudó. El sueño lo volvió a pescar cuando se metía en el lado de la cama donde las sábanas seguían heladas.

—¿Y usted, qué, no trabaja?

Había añadido nuevos recortes y los estaba observando con cariño.

—Pago la renta, ¿no?

—Ni qué —dijo el plomero mientras acomodaba sus útiles en su parte de despacho.

Seguía haciendo frío, a pesar del sol mañanero que pasaba a través de los vidrios sucios. El despacho estaba abierto al ruido de Pino Suárez; al ruido de las oficinas de al lado, llenas de abogados, empresas fantasmas, pequeños sindicatos charros, un dentista arrugado por el paso del tiempo sin clientes; una distribuidora de cuentos de monitos, y un baño excesivamente cercano y oloroso.

La placa le provocaba a veces risa, a veces un coraje lento, y una que otra vez una vaga sensación de orgullo.

BELASCOARÁN SHAYNE: Detective.

GÓMEZ LETRAS: Plomero.

Tenía para tres meses más de rentas y comida, después tendría que arrastrarse al viejo empleo, o buscar uno nuevo.

—¿Y qué, pagan algo por agarrar a ése? —dijo Gilberto el plomero.

—No, creo que no...

—¿Y por qué no le da a otras chambas? O de jodida le entra de madrina a la judicial... si le gusta lo de policía...

Héctor pensó que no valía la pena contestar. Recogió los periódicos medio manchados por las frecuentes pisadas de Gilberto, los guardó en medio de una cartulina doblada y se fue a comer con Teodoro y su mujer.

En la entrada del Metro, volvió a sentir la sensación de ser vigilado y reaccionó girando la cabeza: Una respuesta vertebral.

Metió el boleto en la ranura automática, compró la *Extra*, pensó que con el dinero que le quedaba podía irse: a Los Ángeles, a Buenos Aires, a Belgrado, al carajo...

Al carajo. Vivir era correr buscando un lugar donde meter la vida. Que alguien te metiera un tiro porque sí, para que mereciera la pena la tromba en la que uno danzaba. El amor era el fraude del que iban prendidos: él y el viejito que pegaba timbres en las postales navideñas. Había una fiesta en los escaparates de ropa barata de Milano, en las tortas de a dos pesos, en los ojos brillantes de una quinceañera que caminaba recta sobre unos zapatos tenis y unas tobilleras. El último monumento sobre la Tierra, la muchacha que se cepillaba el pelo, y el viejo que contemplaba el timbre pegado firmemente.

Héctor sintió un escalofrío, era el aire inhumano del Metro y la fiebre que crecía.

Se puso a leer el periódico con las dos manos temblorosas. Los carros del Metro llegaron aullando y se lo llevaron. La estación vacía volvió a llenarse poco a poco.

—¿Y qué, no has encontrado mejores motivos?

—Ninguno...

—¿No te parece absurdo? —preguntó Teodoro mientras ayudaba a su mujer a colocar los cubiertos.

Héctor estaba hundido en un sillón de plástico y miraba hacia la calle mientras fumaba. Los hombrécitos del suelo, los arbolitos, los cochecitos. La ciudad diminuta y suave, blandengue y sonrosada. La ciudad lenta, de clase media afable. La ciudad inventada por los que viven en un séptimo piso.

—Supongo que son absurdas.

—¿El qué? ¿El qué son absurdos? —preguntó Ana María.

Los vasos, la jarra de agua de limón, la mantequilla, la barra de pan negro, la fuente con ensalada de tomate, el salero.

—Sus motivos para ser detective. —Teodoro apartó unos libros del sillón y buscó el encendedor.

Héctor esbozó una sonrisa. Luego la idea se le metió en la frente, y la sonrisa se dispersó en la boca. Fastidiaba, fastidiaba bastante la ausencia de aristas, de bordes, de violencia. Hacían un matrimonio pastoso, dulce. Héctor se sentía amelcochado; un poco envidiando la suavidad de la casa, del disco de *Bossa Nova*, de la mesa arreglada, de los libros ordenadamente desordenados que se apilaban por lugares no excesivamente molestos. Buscó con la mirada algo de qué asirse, algo que lo remitiera al vendaval, al huracán que afuera seguía gimiendo. Al huracán que, por qué no, necesitaba inventarse todas las mañanas para seguir viviendo. Debería tener dolor de muelas, o estar convaleciendo de una herida de bala. El guerrero reposando, algo así. No el reposo sin sentido al que se estaba sometiendo. Dudó entre sentarse a comer o irse, incluso barajó dos o tres posibles excusas.

—Teodoro piensa que no son suficientes motivos para ser detective apellidarse Belascoarán Shayne. Ser hijo de un capitán de marina vasco y de una cantante irlandesa de *folk* —dijo y pasó a sentarse.

Con un gesto, Ana María obligó a Teodoro a que no encendiese la pipa, y sonrió condescendiente.

—No, motivos son suficientes. Pero suena muy neoyorquino, muy cosmopolita, poco mexicano. Sospecho que no es demasiado serio.

Héctor revisó sus motivos y sus actos seriados, casi mecánicos, de los últimos días, mientras le ponía sal a la sopa.

Alquilar un despacho, compartirlo con un plomero, poner un escritorio viejo sacado de la Lagunilla, hacer colas interminables para sacar una licencia de detective, terminar comprándola en una academia que daba cursos por correspondencia, comprar una pistola, registrarla, sacar cédula profesional. Sentarse en el escritorio y esperar fumando, colgar una placa reluciente, rechazar al licenciado Suárez, vecino de piso, cuando ofrecía contratarlo para averiguar los malos pasos de una hija diecisieteañera. Sonreír a medias, perder la sonrisa y, mientras tanto, recortar. Recortar pedazos de todos los periódicos, adivinar, leer entre líneas, reconstruir, reorganizar en la cabeza calles y casas, refabricar ambientes, sugerir pequeñas ideas al tren que iniciaba su lento camino por el riel. Recortar, acomodar en el piso... Ir poco a poco creando la idea del cazador, la idea de la presa.

—Suenas divertido —dijo Teodoro saliendo de su ensimismamiento. Ana María sonrió.

«Divertido no», pensó Héctor. «Divertido, definitivamente, no».

Otras cosas. Intenso, terrible, irracional, apasionante. Mucha pasión sobre cada pequeño acto para darle la categoría de fundamental. Mucho amor en la caza que había iniciado.

—¿Has visto a...? —preguntó Ana María.

—Sí, la vi en la calle, a lo lejos, el otro día... Sólo de lejos.

—¿No te molesta que hablemos de eso, verdad? —intervino conciliador, Teodoro.

—No, en absoluto.

—Es la primera vez que hablamos... Y, este... resulta absurdo, ¿no?

—Totalmente.

—Absurdo, porque no debería darle tantas vueltas. Desde que entraste quería preguntarte por qué pasó todo eso.

—¿El qué?

—La separación, el que dejaras el empleo así de un golpe. Todo, pues.

—No sé muy bien.

—Claro, si no quieres...

Ana María puso la fuente con el guisado en el centro de la mesa.

—No creo que pudiera explicar nada, ni yo mismo lo sé bien... Ni yo...

—Héctor se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Este... —dijo a modo de despedida.

—Espera, oye, Héctor —dijo Teodoro.

Rentó un coche y salió de la ciudad. Llegó hasta Contreras, abandonó la carretera y estuvo un par de horas disparando contra un lejano blanco casi imaginario. Trabajó fríamente, aprendiendo las superficies, las curvas, los pequeños mecanismos de la pistola. Cuando el frío aumentó, se subió el cuello del saco y regresó al coche. Manejó despacio, con la radio encendida y las ventanas cerradas, hasta la agencia. Pagó rigurosamente los kilómetros usados. Salió nuevamente a la calle y se sentó en el primer parque que encontró después de caminar media hora.

La muerte reposaba sobre la ciudad como un halo; un halo suave, incoloro, intangible. Héctor, desde la banca helada en la que estaba sentado, iba situando los límites, los perfiles:

Al Norte, la Industrial Vallejo, una calle sin nombre, con dos fábricas, un baldío, una gran barda gris. En el rompevientos azul del cadáver, en la bolsa superior, junto a una pluma atómica y una libreta de direcciones, el primer mensaje: *el cerebro asesina*. Era la broma cruel, la última patada en el hocico a la muchacha muerta. El periódico extendido en la oficina, declaraba una edad vaga (entre los trece y los dieciocho).

La foto no dejaba ver mucho más: Un suéter claro bajo el rompevientos, una falda pegada de color oscuro, un peinado de salón, tez oscura. Hora posible del deceso, las 9:30 de la noche (de 8:30 a 10:30). Hora del descubrimiento del cadáver: 11 de la noche. Una patrulla de tránsito que seguía a un Ford Falcon gris por haberse pasado un alto en la glorieta de Vallejo descubrió a los mirones que rodeaban el cuerpo.

Dos días más tarde había sido identificada como «Amelia Valle Gutiérrez, 16 años, estudiante de secundaria en la Aquiles Serdán, hija de Feliciano Valle, machetero repartidor de la Sidral Mundet, Josefina Gutiérrez de Valle, ama de casa, segunda de siete hermanos... Había salido a comprar el pan y no regresó. No la buscamos porque a veces se...».

—Dos al pastor, un agua de jamaica y una quesadilla —pidió.

Se había metido en una taquería cuando el frío había apretado. Mientras mascaba mecánicamente la comida, el tren sobre el riel comenzó a descarrilar. Un asesino que repite seis veces la misma mecánica, que mata seis veces a mujeres que probablemente no conoce. En una ciudad como México. El primer crimen hace un mes, luego a los diez días otro, y diez días más tarde el tercero. Después, el tiempo entre acción y acción había disminuido; los tres últimos se habían amontonado en la última semana. Las manchas rojas en el calendario de Héctor, a lo lejos parecían una línea: martes-jueves-viernes.

—Otros dos al pastor, y uno de chuleta.

¿Qué había presionado al asesino? ¿Por qué se había disparado? Estaba en la última etapa de una carrera y se había lanzado en un *sprint* furioso. El mundo había empezado a arder en torno a él y estaba esperando el final. Héctor machacaba lentamente todas estas ideas simples, las reducía a su mínimo contenido. Ahora, estaba cansado. Antes, durante todo un mes, había navegado en los laberintos de la complejidad; había navegado por la cabeza del asesino y por la suya propia con la desesperación del suicida. Ahora, quemaba el suelo bajo sus pies. Había recorrido calle tras calle, había intentado pensar como el hombre que rascaba en la purulencia de la ciudad rastreando víctimas.

En los últimos días, los simulacros de Héctor habían asustado a varias adolescentes, a una señora que volvía del mandado y a una secretaria que esperaba a su novio en la esquina de San Juan de Letrán y Artículo 123.

Había intentado investigar científicamente: revisar archivos de violencias conyugales sangrientas en los últimos diez años, hacer tablas de horarios (no había coincidencias notorias), de las zonas (cualquier parte de la ciudad fue escenario), de las edades de las muertas (16, 40, 27, 25, 52, 19), de sus ocupaciones (estudiante, prostituta, secretaria, maestra de primaria, dentista, estudiante), de sus procedencias sociales (clase media y baja) que no indicaron nada. De sus pasados (nada en común excepto que la última estudiante y la doctora dentista habían estudiado en la misma secundaria con

22 años de diferencia), de sus hábitos (y éste había sido el caos: coincidencias en cines, lugares donde compraban ropa, dos de ellas frecuentaban una nevería, otra arreglaba sus útiles domésticos en el taller del padre de la secretaria). Había incluso buscado en el clima... Y ni siquiera la lluvia fina de noviembre aparecía como una constante a pesar de que él insistió en imaginárselo así. Y hurgaba en el monstruo en el que se había sumergido. La ciudad comentaba, se inquietaba despreocupándose. La policía utilizaba sus métodos tradicionales: la mexicana alegría (torturar a cuarenta lumpenes, soltar 100 pesos a cien chivatos del hampa policiaco y aumentar el número de patrulleros nocturnos; advertencias a las amas de casa para que no abandonaran muy tarde sus hogares, para que no anduvieran solas). Y Héctor seguía hundiéndose en el agujero, con sus periódicos extendidos en el suelo de la oficina, sus insomnios, sus tics, su pasado que se diluía en la cacería. Un mesero se acercó a retirar los platos usados y le pidió dos tacos más; la perspectiva de abandonar la taquería y salir nuevamente a la noche, no le seducía. Mientras tanto, el dinero de la indemnización se iba terminando. «Terminaré cantando en los camiones con un perro al lado», pensó. Y sí, ése era el camino para encontrar de nuevo el triunfo. La desazón de «hacer las cosas bien» de la que estaba huyendo desde hacía un par de meses. El mesero pasó a su lado rozándolo. Automáticamente Héctor levantó la mano para ordenar, pero se sentía lleno. Encendió un cigarrillo y salió a la calle. Sombras, faroles brillantes. Ahí, con el primer golpe de frío, recibió la luz. Fue como un martillazo, como un hachazo a mitad de la cabeza. Entró de nuevo a la taquería precipitado pero intentando frenarse, conteniendo la angustia. El mesero le sonrió y comentó algo sobre el frío que hacía afuera. Héctor le devolvió la sonrisa, pidió un café de olla, se sentó y extendió el papel arrugado que guardaba en el bolsillo.

| **El cerebro asesina**, primer cadáver.

|| **No tengo las manos sucias de sangre. El cerebro**, segundo cadáver.

||| **El cerebro no asesina. Mata limpio**, tercer cadáver

|||| **Susia muerte ya. cerevro**, cuarto cadáver.

||||| **Cerebro. Ya**, quinto cadáver.

|||||| **Yo, cerebro**, sexto cadáver.

Había elementos notables en las seis notas: inicialmente, la falta de ortografía en «cerebro» parecía una burla. La corrección en la quinta nota ponía el punto de interrogación sobre esta idea que Héctor manejó como una hipótesis precisa y ajustada a las primeras imágenes mentales que tenía del asesino. Luego pensó que la rectificación había sido la respuesta del asesino a la prensa que había insistido en las faltas de ortografía de primera primera nota. Sin embargo, la corrección tardía señalaba que el asesino no había leído los periódicos. La idea no le gustaba demasiado. El hecho de que firmara todas las notas hacía aparecer una contradicción entre esta suposición y la egolatría, la necesidad del asesino de mostrarse ante el mundo. La redacción y la falta de ilación, por otro lado, hacían presuponer al asesino como hombre de una cultura muy inferior a la normal. Héctor naufragó cuando logró poner los seis mensajes juntos. Había una ilación, una ilación aparentemente primaria, pero que hacía pensar en algo más construido, más elaborado. La contradicción entre la primera y la cuarta nota, parecía surgida de la necesidad de responder, de afirmarse ante una pregunta autoformulada. Todo era demasiado sencillo para ser así. Y ahora, la supuesta clave que significaban las rayitas al lado de cada nota, como las rayas que van poniendo los meseros cuando les ordenan varias veces el mismo plato...

O como las rayas de los niños que están aprendiendo a escribir, o como las rayas de los jugadores de dominó. Pero no, los jugadores de cartas o dominó cruzaban la quinta raya sobre las cuatro anteriores para separar paquetes de cinco y facilitar el conteo general.

Se mordió el labio. Había que desechar la hipótesis, o por lo menos, no darle tanto peso. «¿Si cambió la ortografía hasta el quinto asesinato es porque lee superficialmente los periódicos?», se preguntó. Terminó el café de un sorbo. Sonrió y salió a la calle.

Una viejecita que vendía tamales le sonrió sin verlo. Héctor devolvió la sonrisa y cruzó la avenida mientras veía como hipnotizado las luces de un

tranvía.

Tenía una playera blanca con un agujero. Era una playera sucia, desgastada, cubierta permanentemente por una camisa blanca o una chamarra. En la casa sólo usaba playera, más que una playera, una camiseta, una camiseta de mangas hasta el antebrazo, con cuello redondo; el agujero partía del sobaco derecho, no, del izquierdo, y corría estrechándose hasta la tetilla. Estaba parado en la esquina del cuarto. Las paredes estaban sucias, gris sucio; había un letrero pintado a mano en una de ellas: «Yo te la meto», acompañado de un dibujo obsceno, muy elemental. La cara no se le veía bien, era como una mancha imprecisa. Y sin embargo, se dio cuenta de que tenía grasa en el pelo y que no llevaba bigote ni patillas.

Algo más se concretó, los pantalones vaqueros, azules, desgastados, y los pies descalzos. Sucios y descalzos.

El hombre observado, de repente reaccionó y giró lentamente hacia Héctor, que intentó ocultarse. El hombre sólo se le quedó mirando y Héctor buscó la pistola que no estaba en el lugar habitual. El hombre no hizo intento de acercarse. A lo lejos comenzaban a sonar las sirenas de las patrullas. Los aullidos de la Cruz Hoja. Héctor quiso retroceder pero sólo encontró una pared. El hombre se le quedó mirando. A pesar de la poca distancia, Héctor no pudo precisar su edad, ni la forma exacta de su cara. Los rechinos de las llantas indicaron la cercanía de los policías. El hombre no hizo intento de huir. Se quedó inmóvil esperando. Dos policías de azul con ametralladoras y uno vestido de civil entraron disparando.

—Éste, ese cabrón —dijo el civil apuntando a Héctor.

El hombre se deslizó por la ventana y sonrió dulcemente. Héctor le devolvió la sonrisa mientras las ametralladoras comenzaban a disparar sobre él. La muerte entró en su cuerpo mientras se oían los acordes del se-levanta-en-el-mástil-mi-bandera y musitaba: «Pendejos. No era yo».

Los calambres recorrieron todo el cuerpo y se despertó. Se aferró a la realidad cotidiana del cuarto, a la vida. Estaba sudando por cada uno de los poros. La luz del amanecer entraba por un pliegue de las cortinas. La angustia le había creado un nudo un poco más abajo de la garganta, la boca seca, la

nariz tapada. Sintió ganas de llorar. El cuarto devolvía la desolación que Héctor con paciencia había estado construyendo durante estos meses. La necesidad del llanto se le fue disolviendo poco a poco en una sonrisa entre amable, cándida, cruel y autocompasiva: Fueron tantos tacos y tantos cigarros... pensó.

La ciudad era como una enorme pista de patinar en la que cobraban quinientos pesos la entrada. Y pocos tenían quinientos pesos... Los demás, veíamos desde la banqueta, pensó Héctor. ¿Pero de dónde había sacado sus quinientos pesos el asesino? Había precisado sus recorridos nocturnos a una sola zona de la ciudad, y rigurosamente hacía guardia de 7 de la noche a las 8 de la mañana. Después de trece horas de caminar incesante por la ciudad, no le quedaban ganas de pensar en nada. Divagaba. Trece horas caminando que movían su pequeño tren mental por el riel hasta descargar en él todo lo que tenía dentro. El tren carguero de Héctor Belascoarán Shayne.

Así se fue abriendo un nuevo planeta. Empollándose en el cascarón de la niebla del amanecer, rompiendo los vahos, las colas del Metro, los ruidos primeros.

Pariendo de las mangueras con las que las sirvientas lavaban el coche y de las colas de la leche y del olor a pan sorprendido tras una reja cerrada que ocultaba la panadería y las 14 horas de trabajo de los tahoneros. Así se fue abriendo una nueva ciudad para el buitre de gabardina blanca que planeaba sobre ella, que se acodaba en los mostradores para comprar cigarrillos, que se dejaba caer somnoliento en las bancas de los parques, que caminaba, que caminaba, que caminaba.

Incesantemente, el pequeño motor oculto en la columna vertebral de Héctor convertía los pasos en metros, en kilómetros; su gabardina blanca se iba llenando de polvo. Los ojos como los ojos del buitre, como el centro de una mira telescópica iban acumulando observaciones inconscientes, deseos, sueños, sugerencias.

La muchacha de la diminuta falda gris, el petulante policía de tránsito, los

tres adolescentes que fumaban por primera vez en el asiento trasero de un camión, la banda de niños huyendo de la escuela, la sirvienta que iba por el periódico... Y los millares de anónimos personajes más...

A partir del cuarto o quinto día comenzó a dejarse llevar por las intuiciones. Perdió dos tardes siguiendo a un mecánico porque le sorprendió en los ojos una mirada inquieta dirigida a una secretaria nalgona y coqueta.

Un viejo grisáceo fue objeto de una silenciosa persecución. Y más tarde, un taxista terminó preguntándole si traía algo con él cuando abordó el taxi por tercera vez.

Pero no todo fue decepción. La ciudad se le abría como un monstruo, como el vientre fétido de una ballena, o el interior de una lata de conservas estropeada. En sus escasas horas de sueño, sueño de hombre agotado, de trabajador vapuleado por la jornada, la ciudad se convertía en personaje, en sujeto y amante. El monstruo le enviaba señales, soplaban brisas llenas de extrañas intenciones. La selva de antenas de televisión bombardeaba ondas, mensajes, comerciales. El asfalto, las vitrinas, los muros, los coches, las taquerías al carbón, los perros vagabundos le hacían un lugar en su ritmo.

A los once días Héctor se aproximaba a un estado fronterizo a la locura.

Era un jueves y había estado caminando por las colonias de la parte de atrás del Casco de Santo Tomás; la «Progreso Nacional», la Calzada de los Gallos, la «Victoria de la Democracia». Había estado vagando entre las vías del tren de la parte posterior de la Estación Buenavista, en los campamentos de los peones de vía, entre las mujeres que lavaban y los niños que jugaban en la tierra seca y desgranada alrededor de los durmientes y las vías muertas.

—Carajo, ya ni el sol me calienta —musitó.

Se detuvo un instante, contempló alrededor suyo lentamente. Y logró escapar de la fascinación que ejercía aquel pozo sin fondo.

Caminó rápidamente sobre la vía del tren y luego se desvió hacia Insurgentes. En la primera caseta telefónica marcó el número del primer teléfono amigo que le vino a la cabeza y se hizo invitar a comer.

El estrangulador estaba cada vez más lejos. Sin embargo, la ciudad que lo había construido estaba más cerca.

Se fue en Metro para no perder la costumbre, y mientras la gente lo empujaba, revisó la primera plana del periódico del mediodía. Ojeó las noticias principales y definió sus simpatías: en el conflicto entre Honduras y El Salvador: neutral. En la guerra del Medio Oriente: con los palestinos. En la bronca entre los negros y la policía de Nueva York: con los negros. No está mal, pensó. Algo así como si de tres hubiera acertado los tres.

La idea lo persiguió tenazmente hasta la casa de Mónica a la que encontró poniendo la mesa y librándose de un primito suyo que había venido a gorronearle los cigarrillos.

El chavo, de unos trece años, sonrió maliciosamente antes de irse, y acabó de estropearle la comida a Héctor.

Después de comer discutió con Mónica casi sin motivo. Los lazos del pasado no eran lo suficientemente sólidos. El presente, una boca de mina, un túnel cegado. Aun así, no perdió oportunidad de admirar las piernas de la anfitriona y entre risas, o medias risas, o ceños fruncidos...

Y entonces se preguntó de qué lado se pondría el asesino.

—Ay, Héctor, sigues igual —dijo Mónica.

Y Héctor sonrió como Steve McQueen. Luego encendió un nuevo cigarrillo. Mónica caminó hacia la cocina para traer un par de cervezas. Héctor expulsó el humo y adivinó que terminaría acostándose con ella.

El regreso del frío. Eso era, el regreso de una semana de perros, de sombras, de entrar en la piel del asesino. «Ay, Héctor, sigues igual», parafraseó a Mónica y casi sintió en el interior de la cabeza cómo brotaba insulso, pendejete, el mismo tono de voz. Y luego musitó: «Mierda que sigo igual. Tengo el jodido vicio de ser como soy. Por eso disimulo».

Mónica regresó contoneándose de la cocina. Héctor pensó que movía las nalgas más que cuando había entrado. Pensó en los botes de especias: comino, sal de ajo, pimienta blanca, hierbas de olor, movedor de nalgas, tomillo...

—¿Detective? ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Y en México!

—Sí, ¿verdad?

—En la prepa, Martita, ¿te acuerdas?, la muchacha esa chaparrita, la que era mi compañera de banca, siempre pensaba que tú eras un poco loco... Lo

que pasa es que estaba muy enamorada de ti.

«La muy piruja», pensó Héctor y no pudo dejar de expulsar una carcajada.

—¿Enamorada de mí?

«El asesino, carajo. El asesino», pensó Héctor.

—Algo así, tenías fascinada a la mayoría de las muchachas de la clase... Sobre todo cuando golpeaste al profesor Benyon, el de inglés...

«El asesino, coño», y avanzó hacia Mónica que desde que se sentó mostraba impávida 8 cm² de pantaleta rosa.

Hicieron el amor en la alfombra.

El amor, esa piedra de esmeril que se desgasta mientras afila nuevamente la espada que descarga el tajo del amor.

Mónica se dejaba escuchar a veces sobre el suave sonido del tocadiscos. Las gotas de agua, la canción en la regadera. Héctor fumaba un puro que algún precursor en la cama de su amiga había dejado en un cajón.

—Soy un cabrón —dijo, y se levantó para irse sin dejar ninguna huella, ningún rastro. Quizá su semen, o la ceniza del puro de otro.

En la calle se sintió menos presionado, más suave. Inconscientemente caminó hacia el Metro. Parecía el punto de arranque de sus angustias.

Y lo que pasa es que no querías meterte en el ritmo de la muerte. Presentías un desenlace rápido. Sentías cómo el estrangulador iba apretando en tu sien el nudo de su locura. Pero ¿lo sentía? ¿Era él, o el estrangulador el que aumentaba el ritmo de sus palpitaciones? Héctor comenzó a pensar que, en el fondo, se había inventado toda esta terrible progresión. La idea le atraía desde un ángulo diferente al habitual.

Esto podía durar meses, o quizá años enteros... Respiró a fondo. Decidió ir hacia su viejo trabajo.

¿Y cuál era su viejo trabajo?

El dar vueltas y vueltas a sus extrañas ideas. Ningún curso de detective por correspondencia iba a dotarlo de una mentalidad deductiva afinada. Esto

era un trabajo como cualquier otro, de rutina; de rutinas que van abriendo huecos. Hasta que el hueco es tan grande, que es las fauces del dragón y te devoran.

El peregrinar por la ciudad lo depositó en un pequeño café cerca del monumento a la Revolución. Un café de judiciales y de líderes sindicales charros. Un café de burócratas y vendedores ambulantes. Y ahí se tomó tres «americanos», uno tras otro, casi sin darle reposo a la taza anterior.

En 1959, cuando él estaba en tercero de secundaria y tenía 15 años, los judiciales dispararon a los ferrocarrileros desde ese café. Era la época de grandes manifestaciones incomprensibles, de obreros manchados de grasa con la llave *stilson* en la mano retando al Estado y enfrentando las balas de la policía y él no había entendido nada.

En aquella época bastaba con pelear suavemente contra una madre dominante, una novia que se negaba a ir al hotel, un maestro de cálculo que lo traía jodido, y un tío arquitecto que se empeñaba en que dejara de estudiar y que entrara a trabajar de capataz en una obra.

Dos años más tarde, pensó que entendía. Cuando las huelgas estudiantiles de apoyo a los choferes de camión. En segundo de prepa, el mundo era más noble, la novia menos reacia, el cielo menos gris. El país más difícil. Pero todo eso se fue hundiendo en el olvido de una carrera que crecía, una carrera de coches de la que era piloto sin saberlo, un maratón de pendejos que corrían los 42 kilómetros obligados por caminos que ni siquiera estaban recién asfaltados.

Y en eso estaba Héctor Belascoarán Shayne cuando recordó la frase de su vecino el plomero: «Es que así somos de calientes los mexicanos».

Y el estrangulador así sería de caliente, y era por eso, por una calentura que le crecía adentro y le crecía. Pero Héctor, ¿qué sabía de los mexicanos?

Eran, «esos mexicanos», gente que se hacinaba en familia dentro de un cuarto de seis por tres, que veía pacientemente a su padre cohabitar con su madre y que terminaba tirándose a su hermana por proximidad de cama, que estudiaba primaria y no la terminaba por lograr pescar chamba de mecánico que justificaba cierta libertad, un lugar en la familia, el derecho a embutirse seis cervezas la mañana de los sábados, a pensar en casarse para repetir el ciclo. ¿Eran esos los mexicanos calientes de los que hablaba su vecino el

plomero?

Y Héctor comenzó a sentir pena de ellos y de sí mismo, de las horas sin comer y sin dormir, y de haberse acostado con Mónica sin quererla, y de la próxima víctima del estrangulador y de un compañero de trabajo que había tenido que un día se suicidó, y de su madre a la que no veía hacía seis meses. Y se descubrió llorando.

—¡Qué mierda! —susurró, y el mesero le trajo otro café pensando que él lo había pedido.

Se encontró en la calle sin saber claramente a dónde iba y qué era lo que quería hacer. Comenzó a caminar paso a paso las calles. Había atardecido y comenzaba a llover. Los titulares de los periódicos de la tarde hablaban de un nuevo hecho de sangre, un accidente en la carretera de Querétaro: 43 muertos. No compró el periódico.

La ciudad era la olla de agua sucia de siempre, pensó Héctor. Y distraído, contempló los aparadores de las tiendas mientras se iba acercando insensiblemente al centro. Los anuncios luminosos lo capturaban y distraían. Al llegar a la Alameda, las parejas corrían a su lado huyendo de la lluvia que arreciaba. En una vidriera del hotel Alameda se conmovió de su imagen reflejada.

Luego, lentamente, decidió que había de comenzar de nuevo.

El elevador lo subió renqueando hasta la oficina:

BELASCOARÁN SHAYNE: Detective.

GÓMEZ LETRAS: Plomero.

Se durmió en el sillón.

Héctor Belascoarán Shayne había cumplido ese día 31 años.

—Nunca hubiera creído que usted era él, licenciado...

—Pero cómo no, mi joven Héctor. Detrás de lo obvio se encuentra lo inesperado, decía Sherlock a su fiel Watson.

Todo sonaba demasiado a pesadilla, y Héctor comenzó a salir del sueño. Poco a poco, suavemente, abandona la modorra y adquiere conciencia del dolor, de los muelles y los botones del sillón clavados en las costillas. Un rayo de luz saliendo de la ventana le golpea la cornisa de los ojos. La mirada baila deslumbrada. Una sombra frente a él sugerida basta para que Héctor tire mano a la pistola, que curiosamente no está donde sus ideas la tenían fijada. Encuentra la pistola tras un registro veloz, casi encaramada en el cuello.

—No vaya a disparar, cuñado —dice Gilberto el plomero.

De la tienda de discos de allá abajo sube mezclado con el rumor del tráfico un bolero de José Feliciano: «Nosotros que nos quisimos tanto, que desde que nos vimos amándonos estamos...».

Héctor se sentó en el sillón y comenzó a sacudirse el sueño, a regresar a la realidad lo más rápido posible. El plomero, excesivamente amigable, colocado entre la ventana y sus ojos, se perfilaba como una silueta brillante.

—Una *pecsi*, maestro.

—Gracias —susurra Héctor.

Mientras traga el líquido dulzón, va reingresando al mundo. José Feliciano ha sido sustituido por Manzanero: «Qué piensas cuando un ciego se enamora, cuando quiere ver la aurora como se...».

—¿Por qué tan amable? —pregunta violento.

—No, aquí nomás —responde defensivo Gilberto el plomero. Se ladea la gorrita y le hace un gesto obsceno.

—Y qué, ahora viene a despertar a los cuates y les regala una pepsicola, ¿o me veo muy jodido?

—No, mi estimado, cómo va a ser... En primeras de cambio, estaba diciéndole al señor Presidente de la República que era el estrangulador y la neta, me pasó la onda. En segundas, ahí está una carta para usted.

Se la tiende obsequioso.

¡A la madre! Entonces, era el Presidente, piensa Héctor, y toma la carta. Con la mano libre se despacha un buen trago de pepsicola; la coloca a un lado, saca un cigarrillo arrugado del bolsillo de la camisa y trata de sacar un cerillo de la cajita sin lograrlo. Gilberto, amable, le da lumbre. Había intentado abrir la carta con la otra mano sin poder. Por fin, abrió y leyó en voz alta, como agradeciendo a Gilberto tanto esfuerzo:

—Blablabla, bla... que se presente el próximo sábado a las 7:30 horas al estudio B de Televisa para iniciar su participación en el Gran Premio de los 64 mil pesos. Atentamente, Amalia Vázquez Leyva, coordinadora de producción.

—¡Ándele! —susurró el plomero.

—¡A la madre!, y no he estudiado nada —susurra Héctor.

Sábado era mañana, pensó Héctor. El plomero estaba trabajando en el destape de una tubería interna del calentador de agua, y admiraba de reojo a Héctor cada vez que podía. De la calle subía el ruido confuso de la mezcla urbana: un danzón, el tranvía, los autobuses, los voceadores de la *Extra* del mediodía, una cola aullante de niños de primaria que iban de camino a algún museo.

Héctor hizo una lista:

Hablarle a mamá.

Revisar el fichero de estranguladores.

Confirmar por teléfono asistencia al programa.

Ordenar la cabeza.

Invitarme a comer con alguien serio.

Mandar que laven la ropa y limpien la casa.

Comprar balas.

A lo largo del día se juró seguir fielmente la mecánica. Pero el tiempo que encogía al usarse, impidió poner en la cabeza todo lo que quería. A la una y media había hablado con su madre, había recogido los ficheros de estranguladores, había telefoneado al programa para confirmar la presencia, y había logrado que la portera le limpiara el cuarto y le lavara la ropa sucia. Gilberto, con una módica propina de cinco pesos, y víctima de su nueva adoración por el hombre con el que había compartido el despacho y que ahora iba a salir en «la televisión», había ido a comprar las balas.

Héctor se había lavado la cara un par de veces en el baño y ojeado los

recortes del último crimen. Entonces se puso a pensar con quién iba a comer. Y pensó, claro en primer lugar, claro, que ayer había sido su cumpleaños y que la herida ya había restañado, y que Claudia estaría libre. Y entonces tomó el teléfono y comenzó a marcar despacio, como temiendo que se le escapara, el teléfono de su exmujer.

—¿Claudia?

—Ah, hola, ¿eres tú? —«Un poco fría, pero agradablemente sorprendida», intuyó.

—Sí, yo.

—Ayer fue tu cumpleaños —dijo Claudia.

—Sí, este... te hablaba por eso...

—Pues felicidades —dijo Claudia, y colgó.

Y el mundo se iba yendo al carajo de poquito en poquito, mientras en el oído izquierdo sonaba el repetido timbre de «ocupado». En el centro del huracán, ring, ring, ring. En el fondo del abismo de cada día, del infierno más que humano que nos fabricamos y en el que vivimos. *Ring, ring, ring*. En el eje de nuestros recuerdos y nuestras pesadillas, de nuestro llanto y el llanto del mundo, *ring, ring, ring*. Ahí, *ring, ring, ring*. Repentinamente la línea se desbloqueó y pasó señal para marcar.

—A la mierda —susurró Héctor y colgó.

Tardó más de media hora en reponerse de las ilusiones. No moralizó el asunto, no se arrepintió de nada, simplemente constató el hecho. La puerta estaba cerrada, ya nunca volvería a abrirse... Por ahora.

Luego, se puso a estudiar el fichero. Comió unos tacos con el plomero que lo contemplaba amablemente sin atreverse a hablar del programa, intuyendo la expectación de Gilberto, le prometió un pase para el estudio y salió a la calle con los recortes de periódicos de los dos últimos crímenes. Tenía que cambiar de aire, buscar un lugar donde poner a caminar el cerebro, donde hilar una lógica. No bastaba con tirar al viento el reto del programa de televisión, aunque estaba convencido de que el estrangulador iría a la trampa, mordería el cebo, porque Héctor lo había mordido.

Caminó por la ciudad sin rumbo fijo, y fue a dar a los parques donde había jugado de niño. En el parque México, niños judíos y algunos viejos, seis o siete madres jóvenes de clase media acomodada gozaban el sol y

exponían a sus niños en carrito a horas de plática insulsa y poco paseo.

Cerca de la fuente encontró una banca libre. Había algunas cagadas de paloma que apartó con la sección de espectáculos del periódico.

Por instinto empezó a leer por la nota roja. Ahí, agazapado lo esperaba la bofetada del estrangulador: «**Dos nuevos crímenes del cereviro**». «**La ciudad tiembla**».

La misma noche en la que dormías apaciblemente.

Una mujer de 36 años, viuda, de buen ver, secretaria de un político oficial, asesinada en la carretera de Querétaro. Una sirvienta de 17 años, asesinada en un callejón de la colonia Narvarte cuando iba rumbo a tomar el camión para su pueblo. Dos notas similares, con siete rayitas cada una precediendo el mensaje:

||||||| **Cereviro vuelve.**
||||||| **Es la justisia.**

¿Por qué siete rayas repetidas?

Héctor comenzó a desechar elementos, a organizar lo que quedaba:

Muertes sin relación, en diferentes horas, en diferentes sectores de la ciudad, misma técnica, iguales notas.

Y luego dejó que las ideas sueltas buscaran asociaciones: Un camarero, un jugador (por lo de las rayitas).

Alguien cuyo trabajo le permitía estar en la calle a horas muy diversas.

¿Y si se trataba de una mujer y no un hombre?

El político oficioso que quería librarse de su amante y asesinó seis mujeres antes y una después (y esto valía para una relación de cualquiera de las anteriores mujeres, aunque le parecía más consecuente pensar en el político priista).

¿Y si se trataba de varios asesinos?

Y fue desechando amparado en una lógica elemental, bastante eficaz, hasta llegar a la siguiente serie de preguntas:

¿Por qué seguía matando? (¿Por qué mataba?).

¿Por qué no encontraba una rutina, un solo centro de operaciones, un tipo de mujer en especial?

¿Qué probabilidades había de que se descubriera accidentalmente si siguiera a este ritmo?

Llegó a las siguientes conclusiones:

a). No se trataba de un taxista, ni de un plomero, etcétera. Nadie que tuviera un acceso directo a una mujer sola por medios profesionales, hubiera dejado de utilizarlo en ocho probabilidades.

b). Las mujeres eran enfrentadas en la calle y asesinadas. No había habido signos demasiado evidentes de persecución o de violencia previa al crimen.

El asesino tenía que tener un pretexto para acercarse a ellas y atraerlas.

O era extraordinariamente «carita» o era un vendedor, un policía o un conocido.

Alguien que no inspiraba desconfianza.

c). No había nexos entre las ocho mujeres. Esto impedía la existencia de un asesino conocido por ellas (sería excesivamente casual que si él las conocía a todas, ellas no se conocieran entre sí).

d). Dentro de estos marcos el asesino podía ser una mujer, por ejemplo, una vendedora de productos de belleza que accediera a todos los niveles sociales, y que tuviera recorridos por esas zonas.

De todas, ésta era la idea más racional. Sin embargo, ¿qué motivos podían impulsar a una mujer a cometer ocho asesinatos?

Detrás del vago término «crimen sexual», la cabeza de Héctor ocultaba, y lo sabía, una mucho más vaga información aun sobre las motivaciones de un crimen sexual. Y es por eso que a pesar de que no le convencía la tesis de una mujer estranguladora, y que en sus fichas de estudio para el programa no tenía antecedentes importantes en ese sentido, decidió no desperdiciar la oportunidad.

Se sacudió la caca que le habían hecho encima un par de gorriones, y murmuró: «Pinches pajaritos de mierda». Se levantó con sus dos periódicos llenos de notitas escritas en lápiz pensando en dónde iba a comer. El sol de las cuatro de la tarde, los niños que jugaban fútbol, los chavitos que recorrían como exhalaciones el parque en bicicleta y patines, los viejos arrugados que releían la *Iliada* o la *Odisea*. Todo, todo eso, más la brisa fresca de la tarde, las gotas de agua que salpicaban su cara al pasar por la fuente, el ruido de un par de transistores en manos de adolescentes que susurraban un *rock* modulado y dulce, el paletero, le hicieron sonreír. Era una película de Lelouch, en un mundo que lamentablemente era muy mierda.

Y se fue caminando en medio de la fiesta de los niños, las bicicletas, los viejos, el sol, la fuente y el paletero.

—¡Heeeéctor!

—¡Carajo!

Se abrazaron en medio de la plaza de los columpios. Una batalla de gritos y vueltas. Todo un ritual, porque uno no suele encontrarse con su hermano, al que no ha visto hace dos años, todos los días, con un carajo.

II

Al principio era la acción.

GOETHE

—¿Un café? —dijo Carlos.

Héctor asintió mientras contemplaba el pequeño cuarto.

—Y ahora, rapidísimo, cuenta qué ha pasado, hermano.

Los trastes de la diminuta cocina chocaban entre sí, las tazas estaban sucias y había que lavarlas, el azucarero no aparecía, el fondo del bote de Nescafé había que rasparlo para sacarle polvo para dos tazas.

—Lo que pasa es que, así, de repente, no se me ocurre nada —dijo Héctor, y sonrió.

El sol de la tarde pegaba en la ventana y rebotaba hacia afuera. El cuarto, en una suave penumbra parecía más pequeño, pero amable, acogedor, como susurrando: «siéntate y te pongo un disco», o «fúmate una pipa, mientras el café calienta», o «lee un libro y tómate una copa de jerez». Por eso empezó a ojear los títulos de los libros: Marx, Trotsky, Lenin, Mao, Ho Chih Minh, el Ché, antología de poesía cubana, novelas editoriales latinoamericanas, libros de historia contemporánea, una colección de novelas policiacas enorme, un librero lleno de los clásicos de ciencia ficción.

—Nada, no se me ocurre nada —dijo Héctor, y era verdad, no se le ocurría nada. El mundo había quedado anclado media hora más atrás.

—¿De veras? —Carlos salió de la cocina con dos tazas humeantes—. ¿De veras, hermano?

—De veras —dijo Héctor, y pensó en preguntarle a su hermano qué había hecho con su vida, pero no se atrevió.

—Yo pregunto: ¿en qué estás trabajando? —Le tendió la taza sonriente.

—Soy... detective privado. —Y Héctor se sonrojó.

Carlos se rió suavemente. Era el hermano que había heredado el pelo rojo de mamá, y la conciencia social tradicional de la familia de papá. El hermano

politizado y pecoso.

—Detective privado dedicado a cazar al estrangulador.

De repente a Héctor le cruzó en la cabeza la idea de habérselo inventado todo. De que el estrangulador no existía, de que él mismo no estaba muy afianzado sobre el planeta.

—Anda —dijo Carlos, y resopló. Héctor volvió a la vida. El espejo le había devuelto su propia imagen.

—¿No estarás ligado a la policía? —preguntó Carlos suspicaz, el ceño fruncido.

Carlos Brian Belascoarán Shayne, hermano menor en... ¿seis años? Tendría ahora 25, ¿no?

—Ni madres. Nada de eso.

—Ah, vaya. Y ¿entonces para qué carajo quieres detener al estrangulador ese?

Héctor alzó los hombros.

En la bolsa de la camisa buscó un cigarrillo que nunca encontró.

Aceptó uno de los Del Prado de su hermano.

—Y tu mujer, ¿qué opina?

—Nos separamos.

—¿Cuándo?

—Hace un mes, cuando dejé el trabajo en la General Electric.

—¿Qué?, eras capataz ahí, ¿no?

—Algo de eso. Ingeniero en tiempos y movimientos. Supervisión.

—Ah, qué la chingada —y sonríe.

—¿Verdad?

—¿Y cómo anda la salud mental? —Y sonríe.

—No pues... —Y hunde la cabeza entre las manos.

—¿Por qué no hablamos claro? Tú sabes qué pienso de todo eso. —Y la mano de Carlos recorre el mundo en un sencillo movimiento.

—¡Claro! ¿De qué? ¿Entenderías si te digo que estoy... que estoy muriendo al pie del cañón, que no tengo ni idea de a dónde me lleva todo esto?

—Sí, sí entendería.

—Que el estrangulador es un pretexto.

—Para ponerte a mano con tantos años de estarte haciendo pendejo. De rutinas y fraudes. De falta de tierra debajo de las pies, y sobra de refrigerador y coche nuevo en los sueños... Sí, entiendo.

Se hizo el silencio. Héctor pensó que no sabría cómo explicarle nada. Que no había palabras capaces de contar lo que estaba pasando. Que todo lo que había dicho Carlos era cierto, y sin embargo...

Carlos caminó al baño y orinó. El ruido del chorro chocando con el agua llegó claramente hasta los oídos de Héctor.

—¿Andas armado? —preguntó Carlos.

Héctor asintió. Sacó la pistola y la pasó.

—¿Y tú? —preguntó de repente.

Carlos negó y devolvió la pistola.

—No, aún no es el momento de los tiros. A no ser que el estrangulador cambie de sexo para sus víctimas. —Sonrió—. ¿Y por qué el estrangulador?

—Los motivos obvios —respondió Héctor.

—No. Supongo que no debes tener ninguno a mano. Tendrías que inventarlos, o apurar demasiado el subconsciente para sacártelos de la manga cerebral. Los buenos, los de a de veras.

—¿Te cuento como empezó?

Carlos afirma. Se reacomoda sobre la alfombra barata que recubre el suelo y jala un cojín para ponérselo bajo la cabeza. El humo que sale de su boca forma una densa columna que viaja hacia el techo.

—Salía del cine con Claudia, hace un par de meses. De la última función.

—¿Qué habías ido a ver?

—*El caso de Justin Playfair*, el cuate ese que termina convenciendo a todos de que es Sherlock Holmes. Pero no, no fue la película, fue algo más, aunque la película ayudó. Ya andaba en eso, en esa cosa rara que se mete dentro de tu propia cabeza como un palillo de dientes. Si hubiera ido a ver *Un hombre y una mujer* me pasaría lo mismo. Andaba enchinado, la música de Manzanero o los boleros o las canciones de Pedro Infante me llenaban los ojos de lágrimas y la cabeza de ideas raras. Estaba buscando un pretexto, nada era racional. Y salí del cine. No había comentado nada con Claudia, nada de nada.

—¿No te había preguntado?

—Sí, preguntaba lo mismo siempre, eso de: ¿Qué te pasa?

—Y tú contestabas invariablemente: «Nada, no me pasa nada, ¿qué me habría de pasar?».

—Exactamente... Y sa...

—Y saliste del cine.

—Y salí del cine. Un chavillo me vendió la *Extra*. Esa tarde el estrangulador había salido en los periódicos por primera vez. Y Claudia dijo que la película le había gustado mucho. Y yo dije que sí. Pero no comenté nada, y aquella noche me la pasé dando vueltas en la cama. Y así empezó. Tres días después nos separábamos y yo dejaba el trabajo.

—Putá, qué tango ha de haber armado el gerente de la planta, ahora que prometías volverte un buen cuadro industrial; y el ingeniero...

Héctor se calló. No tenía ganas de contarle.

—¿Y tú qué piensas?

—¿Quieres que haga algo, que ayude en algo? —dijo Carlos.

—No, sólo que me digas lo que piensas.

—Deja ver —y Carlos se hundió en la alfombra. Y se tocaba el mechón que caía sobre los ojos mientras fumaba.

—Yo siempre pensé que tú eras la vertiente conservadora de la herencia. Que tú habías cumplido la necesidad del *stablishment* de ganarse a uno de cada tres pequeños burgueses, matar al otro y dejar al otro aislado hasta que se rinda por hambre. Eso lo pensé siempre, y repartí los papeles: Tú eras el cuadro, Elisa terminaría en las mazmorras del sistema casada con un pendejo, derrotada por hastío, y yo, cadáver antes de los 33. Siempre pensé eso. Y ahora me vienes y me jodes el esquema. Parece que las reglas se hunden. Y te lo agradezco. No tienes idea, hermano, cuánto te lo agradezco.

Y volvió a fumar. Héctor lo miró fijamente. Una brizna de sol golpeó la mata pelirroja de Carlos Brian. Héctor le tendió la mano, la mano de Brian la tomó con fuerza.

—Ahora —y Carlos arrancó sorprendentemente— no esperes que concilie. Si te quieres matar, que quede claro. Porque lo que está pasando, es que te estás columpiando en el borde del sistema; como patinar descalzo sobre una *gilette*. Hasta da escalofrío. No te creas demasiado lo del estrangulador, lo

de la cacería. Estás rompiendo con todo lo que había atrás. Estás jugando un juego en el borde del sistema, y no pienses que es otra cosa. Siento que esperas que el otro juegue también en el borde. Y que de una manera un tanto mágica has creado un asesino idealizado como tú. Fuera de las reglas del juego. Ten cuidado no te vayas a encontrar a alguno de los artífices del juego. Cuídate del Comandante de la Judicial, que en sus horas libres, las horas que le sobran de golpear estudiantes o torturar campesinos, no se dedique a estrangular mujeres. Cuídate del Presidente de la República, del dueño de la fábrica de enfrente. Quizá ellos estén también jugando en el borde de *su* sistema, del que han creado y sobre el que permanecen como perros dogos, zopilotes cuidando sus carroñas. Cuídate de los milagros, de los militares, del cielo, de los apóstoles. Y si lo encuentras, y si él está loco y mata por necesidades más allá de ti, de mí, de nosotros, mátalos. No lo entregues a la policía que ellos están en otro juego. Es lo único que se me ocurre. Y cuando esto acabe, hablamos otra vez.

Héctor sonrió. Terminó el café, ya un poco frío, y comenzó a levantarse.

—Eso pensaba —dijo.

Caminó hacia la puerta.

—Oye, ¿sabes algo? —Lo detuvo Carlos.

Héctor giró la cabeza.

—Que tu vieja fábrica está en huelga. Que anteayer los patrones intentaron meter esquirols y los trabajadores lo impidieron, que llegó la policía y rompió la huelga, que a los obreros que estaban allí y a las mujeres que llevaban comida a la guardia los gasearon. Y que a un grupo de estudiantes que rondaban los macanearon y tuvieron detenidos unas horas los judiciales.

—Lo digo por esto —y enseñó una pequeña herida sobre las cejas, cerca del punto de unión de la frente con el inicio del pelo—. Porque estaba allí, y esperaba encontrarte del otro lado.

Héctor abrió la puerta.

—Eso se acabó hermano.

—Tú no estarás del otro lado, pero la bronca sigue. Si el estrangulador te da tiempo, acércate a las guardias y siéntate a oír un rato lo que dicen los obreros. Ellos también están jugando un juego apasionante; un juego en el

que les va no sólo su libertad, sino también la nuestra. Nomás piénsalo, mi hermano.

—Nos veremos —dijo Héctor y salió.

—Elisa llega el jueves a México. A las siete y media en el aeropuerto. Ahí te espero —gritó Carlos como la última despedida de un final que ya parecía wagneriano. Doctrinariamente wagneriano.

La tarde se había terminado mientras cruzaba el parque. Era la hora de la muerte. ¿Cualquier hora podría serlo? Era entonces una de las horas de la muerte, la de cuatro de los ocho asesinatos. La hora en la que la tarde desaparece para ser sustituida por las sombras y la luz mercurial, y los charcos reflejan las sombras vagas de los hombres que pasan, que pasan quizá siguiendo las huellas de la víctima.

Pero todo podría ser político. ¿Y por qué no? Esa era una de las muchas ideas residuales que había dejado la conversación con Carlos. Político. Un problema político. ¿Por qué no? En un país que había despertado a la política bajo el aullido de las hienas, la muerte por estrangulación estaba dentro del clima nacional. Recordó una frase recordada por Jaramillo que le había emocionado en sus días de lucha; una frase que dicha en 1918, en el borde final de la traición al zapatismo por sus aliados temporales, reaparecía en los sesentas como terrible epílogo del asesinato del dirigente campesino: «Entierren las carabinas donde puedan volver a encontrarlas».

Entró al parque México, y escogió a propósito las sendas menos transitadas, los caminos más sórdidos y más oscuros entre la hierba y las bancas. Pero la muerte no estaba hoy allí, y no logró más que espantar a un par de parejas encandiladas en el amor y el esplendor de la yerba.

Era un buitre de saco de pana y manos en los bolsillos. Manos que sudaban frío por costumbre en estos últimos tiempos y que acariciaban al descuido la mira de la 38.

Terminó la ronda camino hacia el hogar pasando por las calles más oscuras de la Roma Sur, y teniendo que rechazar amablemente un conecte ambiguo que ofrecía drogas, carne y pastillas en una letanía burda. Se libró de un borracho regalándole su ultima cajetilla de cerillos; sorprendió una

mirada aviesa en una taquería donde entró a reabastecerse de tabaco (todo con tal de no fumar en las horas últimas del día) y tardó casi un minuto en identificarla como la mirada de un maricón sin plan para la noche.

Las sábanas estarían irremediablemente frías para el puto. «Y para mí también», pensó cuando entró en el edificio que se había convertido en su morada solitaria.

La casa estaba fría. La mujer de la limpieza había olvidado cerrar la ventana de la estancia. Un aroma diferente al habitual lo recibió. El desconcierto inicial se fue diluyendo al reconocer los olores del barrio dentro de la casa. El olor a chorizo de la taquería de abajo, el olor a cerveza de la cantina de la esquina, el olor a pañales de niño de los vecinos, el olor rancio de las escaleras. Bajo todo esto, Héctor fue buscando su propio olor, sus escasos libros, su cama, sus camisas sucias (que quién sabe dónde estaban), su imagen en el espejo. Y el espejo, quizá lo único fiel que había quedado en la noche, le devolvió la cara torcida por el cansancio del vagar en las calles, los ojos agotados de perseguir la propia sombra, el sexo yerto bajo el pantalón, las manos húmedas del rocío de los amaneceres y el sudor de la tarde.

—Poética imagen la de los detectives —murmuró Héctor. Rebuscó en los alrededores la novela de Malraux y comenzó a desvestirse. La noche negra estaba allí afuera, y en ella el asesino. Otro día perdido. Había decidido dormirse.

Pero la fiebre lo prendió cuando estaba a punto de quitarse el segundo zapato. Se sirvió un plato de leche con *corn flakes* y oyó algo de música en Radio Mil mientras cenaba. Luego salió a la calle nuevamente.

Se sentía agotado, pero también, como en sus mejores momentos de la infancia, sentía que estaba protegiendo su mundo. Y quizá nos estaba protegiendo a todos; aunque no de un estrangulador que esa noche no actuaría.

Juan Sebastián Elcano y Hernando de Magallanes habían peleado por un mundo circular, enlazado en sí mismo, gracias al cual uno podía abandonar un punto y, viajando en línea recta, llegaría tarde o temprano al mismo.

Héctor Belascoarán Shayne lo había logrado sin tanta batalla, aunque quizá con un poco más de sufrimiento metafísico. Era un planeta totalmente redondo en el que se movía, y mientras no apareciera el estrangulador lo seguiría siendo.

Cuando se despertó en la tarde, sus oídos se afinaron buscando los ruidos de la calle: claxons a lo lejos, niños jugando fútbol, una señora que regañaba a su sirvienta.

Héctor había aprendido a reintegrarse al mundo con ese sistema. El método tenía variantes, pero aquella tarde de invierno las combinó todas: encendió un cigarrillo, caminó hasta la cocina y se hizo una limonada con mucha azúcar.

Luego comenzó a vestirse mientras ojeaba las fichas y los libros sobre estrangulamientos famosos.

Salió a la calle pensando que dentro de un rato se habría convertido en la carnada.

En el mundo de las torres y las antenas se inventaba todo. Aquí se creaba un país fraudulento que luego sería consumido por un país real.

Después de sortear policías, que verificaron que su nombre estaba en la lista de invitados al programa, deambuló un rato por los pasillos: El Santo hablando por teléfono, una escuela primaria que visitaba las instalaciones, locutores y actores de telenovelas; muchos mozos vestidos con overoles de trabajo.

La secretaria del programa, una chaparrita bizca de unos 30 años, le informó que estaba en el primer turno de espera, que si fallaban los dos concursantes del programa de hoy, seguramente entraría él.

Se dedicó a vagar por el estudio mientras los «utileros» montaban el decorado.

¿Qué tenía?: un cebo que él pensaba que era bueno. ¿Qué más?

Ideas sueltas, posiblemente: una mujer, vendedora de cosméticos, que recorriera la ciudad. Toda la ciudad, no una zona limitada. Cuyos movimientos hicieran coincidencia con los movimientos de los asesinatos. Fuerte. De complexión fuerte. Con un cerebro en el que podría haber ardido

la atómica de Hiroshima.

Posiblemente: un hombre (¿de qué edad?) que no tenía trabajo fijo, o cuyo trabajo le permitiera andar por toda la ciudad a todas horas.

¿Atractivo para las mujeres que asesinó?

¿Amable, agradable, lisonjero, aparentemente inofensivo? Tercera posibilidad: Un hombre ligado de alguna forma a las ocho mujeres.

¿Liga formal?: no existía ninguna.

Tenía que ser algún tipo de liga desconocida para las familias. Una liga muy extraña, muy compleja, y, por qué no, misteriosa, que no fuera conocida por nadie.

Una liga, que implicaba un vicio desconocido porque no había nexo alguno en el pasado de las mujeres que pudiera justificar otro tipo de relación.

Pero, qué vicio le era común a:

¿Una estudiante de secundaria, de clase humilde, que había salido a comprar el pan. 16 años. Sin novio (había roto con un amigo íntimo hace un mes y medio)?

¿Una prostituta de la colonia Peñón, de poco nivel dentro del gremio, que había llegado penosamente en el oficio a los 40 años?

¿Una secretaria de compañía americana, de 27 años, asesinada a las ocho de la noche cerca de la parada del camión en la Colonia San Rafael?

¿Una maestra de primaria que había muerto a plena luz del sol, a dos cuadras de su escuela (Colonia Lindavista), y había dejado sus 25 tristes años ahí, fritos?

¿Una doctora, dentista de 52 años, que había muerto en la puerta de su consultorio en Palmas?

¿Una estudiante de preparatoria de 19 años, muerta en un cine?

¿Una secretaria de político, de 36 años, viuda?

Y ¿una sirvienta de 17, asesinada en la parada de los camiones «Atencingo-Local» cuando salía a pasar el fin de semana a su pueblo?

¿Qué había en común?, ¿qué había en común? ¿Qué carajo había en común?

—Nada —musitó Héctor, y siguió rondando por el estudio. Nada, excepto el hecho de que habían sido estranguladas violentamente.

¿Y la policía qué?, se preguntó. Nada, ni siquiera habían podido sacar algo de las escenas del crimen. O si lo habían deducido, no lo habían hecho público.

Decidió concentrarse en cuatro puntos, cuatro líneas.

¿Qué empleos de mujer permitían estar en la calle a todas horas?

¿Qué empleo femenino permite atraer a una muchacha a un lote baldío, atraer a una mujer a una cerrada, llevar hacia un parque a una profesora?, etcétera.

Segunda línea:

¿Qué vicio podía unir a las ocho mujeres? ¿Qué sociedad secreta podía agruparlas?

Tercera línea:

¿Qué sabía la prensa y no decía?

Cuarta línea:

¿Qué sabía la policía?

Decidió dejar de lado lo demás.

El teatro-estudio se iba llenando mientras tanto. Los «utileros» habían dado sus últimos toques y ahora eran cablistas y camarógrafos los que deambulaban ajustando el equipo.

—Héctor Belascoarán Shayne —dijeron en el micrófono y sintió la cámara enfocada en su cara— concursa en el tema «Grandes Estranguladores en la Historia del Crimen».

Sonó el aplauso hueco del auditorio, reforzado por aplausos de disco.

El cebo estaba en su lugar. La trampa estaba montada.

Pero pesaban más las ausencias que las presencias. Más el pozo de agua de San Juan del Río donde bebía de niño, más los amigos difusos de los cuatro años, más la novia primera de los quince; más el olor de las rosas; el acento irlandés de las canciones de cuna de mamá, más los días de tormenta en la casa de Coyoacán, más la foto autografiada de Indalecio Prieto que papá ponía sobre su escritorio antes de escribir sus memorias. Más, mucho más

que la silueta vaga del terror, la guerra de músculos y nervios del estrangulador atormentado.

Por eso decidió, camino al Aeropuerto, que aún, que aún quedaban muchas cosas con las que poner a mano sus recuerdos, muchas deudas por saldar con su memoria, muchos mitos por destruir.

El pequeño Volkswagen rojo tragaba ruta. Héctor al volante, con las dos ventanillas abiertas, tragaba viento. El aire frío de la tarde.

Por obra y gracia del viento, golpeando contra la cara, contra la boca que abría golosa para tragarlo, decidió que además de los cuatro sabios puntos a los que había llegado ayer y su sabia actitud de convertirse en cebo y carnada, había un factor imponderable y definitivo: el accidente, la casualidad. Esto le provocó una sonrisa decidida, porque nunca había creído en la casualidad, y sin embargo durante este último mes la había venerado.

El coche había salido de un crédito. Un concursante del Gran Premio de los 64 mil pesos con una victoria, no podía ser insolvente a juicio de Autos García Crespo. Y ahora, Héctor pensaba un poco inquieto, que su rondar por la ciudad podría ser limitado por el vicio del coche. ¡Putá, además la gasolina, el aceite, las llantas! Pero había decidido comprar el coche para ir a buscar a Elisa y ojalá pudiera llegar con él hasta el pie de la escalera del avión.

Pero no, lo detuvo en el estacionamiento y recogió su *ticket*. En la sala, llena de españoles y gringos, porque se había cruzado un vuelo de Madrid con la llegada de Panamerican desde Nueva York, las emociones bailaban una vieja danza; mujeres de cincuenta años con las lágrimas a flor de piel, niños peinados y vestidos para aeropuerto surcando las piernas de padres y desconocidos; novias esperando, novios sonriendo la espera. Algo de la tremenda emotividad que la comunidad clánica española en México puede conservar. Muchos de los rasgos de la tribu en las mujeres de edad que verán por primera vez a los parientes olvidados, a los hombres del otro lado del puente, a los rezagados del clan que se han quedado cuidando la tierra original, conservando el aire fresco del campo en las mañanas, los aromas de las ciudades iniciales, los rumores del pasado.

El mar bajo la tierra. Decía Dylan Thomas: *No queda nada atrás sino*

su sonido y el rumor del mar profundo de la sangre alborotada podía olerse en el aeropuerto.

Como un triste contraste, los gringos daban la impresión de quedarse sólo en la superficie de las emociones, en la superficie del río profundo que barría maleteros y turistas aislados. Habían traído sus mariachis, sus pecas, sus hombres de negocios, sus adolescentes de calendarios de bicicletas, sus portafolios y esperas puntuales, sus ramos de flores totalmente inútiles.

Belascoarán, siguiendo sabios instintos de clase y de origen sanguíneo, se mezcló con la comunidad ibérica. Con el rabillo del ojo buscaba a Carlos Brian, y no abandonaba la esperanza de ver pasar al rey Pelayo o a Agustina de Aragón por ahí.

Descubrió a Carlos fumando en unas escaleras laterales.

Un grupo de niños prófugos de la autoridad paterna rondaban a su alrededor.

—Hermano.

—Compré un coche —dijo Héctor.

—Carajo —respondió Carlos.

—Sólo para recoger a Elisa —se disculpó Héctor.

—Vaya —dijo Carlos.

—Sólo para eso.

—¿Y el concurso? ¿Cómo va?

—Gané ayer. Ya soy cebo.

—Cebo... y anzuelo —dijo Carlos.

Héctor se sentó al lado de su hermano y aceptó un cigarrillo. Fumaron en silencio; en su silencio, en medio de los ruidos de la multitud y de las anónimas llamadas del altoparlante que anunciaba vuelos; salidas y llegadas en un idioma extraño e indescifrable. Toda una fiesta, ¿no, Héctor? Fumar en paz con el mundo.

—Ése es el vuelo —dijo Carlos de improviso.

—¿Cuál?

—El que acaban de anunciar.

—¿Cuál? —dijo Héctor y mezcló las ideas que le llegaron como torrente: el estrangulador, Elisa, ¿en qué andaba metido Carlos?

La charla endiablada y feroz, los besos, los abrazos, las bromas, los amores, las caricias, los recuerdos, la sangre.

El valor del tiempo compartido. Elisa era una fiesta. Volvía del más allá. Del punto donde no había regreso. Y Héctor más frío, más desesperanzado que Carlos, más inocente al mismo tiempo, más iluso, buscaba los lazos que los unieron y los separaron, los puntos de contacto de aquella nueva escena familiar con el presente gris de las calles recorridas en pos del estrangulador.

El timbre lo sacó de un sueño impreciso que dejó en el camino hasta el teléfono una estela; algo de un barco de vela, un viejito, una tienda de helados. Pero el teléfono insistía cada siete segundos y después de tropezar con sus zapatos arrojados en el suelo descuidadamente cuando la noche se inició, Héctor alcanzó a tomarlo.

—¿Bueno? ¿Quién? —dijo somnoliento—. ¿Bueno? ¿Quién habla?

¡El estrangulador, carajo! Se despertó como si le hubieran echado un balde de agua fría.

—¿No quería hablar conmigo? —Una voz fría, indescifrable, áspera. «¿Hombre o mujer?», se preguntó Héctor.

—Gustavo, por qué hablas a estas horas —dijo para ganar tiempo.

—¿Qué quiere? —Cambiano de tono. El truco no había pegado.

—Oírlo.

—Ya me oye. Tiene razón, estaba esperando.

Esa voz. ¿La había oído antes?

—¿Y bien? —Quería decir tantas cosas, empujar al otro a hablar, decirle que había sudado su ciudad, que las fotos de los cadáveres llenaban sus ojos, pero no pudo decir más que aquel insulso «¿y bien?».

—*¿Qué tenemos en común nosotros con el botón de rosa que tiembla porque ha caído en él una gota de rocío?* —dijo la voz en el teléfono recitando.

Héctor quedó totalmente desconcertado. ¿Ahora, qué contestaba? —*Click*— el estrangulador había resuelto el problema. La línea comenzó a marcar «ocupado».

Miró el reloj. Las cinco y media. Caminó hasta la ventana del despacho. Los primeros madrugadores, los primeros trabajadores caminaban hacia la trampa diaria. El estrangulador había picado el cebo.

«¿Ahora, qué seguía?» se preguntó, y se volvió a acostar en el sillón duro del despacho solitario y oscuro.

El teléfono volvió a sonar. Héctor tiró el cigarrillo que estaba intentando encender y levantó el auricular tembloroso.

—Habrà una nueva víctima —dijo la voz—. Se la dedico. —Y colgó de nuevo.

III

*Ya no hay día ni noche.
No hay más que los rumores que percibo.*

ARTHUR LONDON

Las preguntas sin respuesta iban y venían una y otra vez por el riel. Y Héctor, con el peso de la mañana auestas trataba de desentrañar, de armar ese rompecabezas al que faltaban muchas piezas. Había invitado a Elisa a comer y dudaba si llevarla a un restaurante o hacer de comer en el departamento; por otro lado, se había prometido una visita a la oficina para poner en orden los nuevos recortes, y de alguna manera tenía ganas de visitar al plomero para dejarle la mitad de la renta. Había quedado con la bibliotecaria en pasar a recoger a la hemeroteca de la UNAM los recortes sobre asesinos de mujeres que ella había buscado, en particular sobre estranguladores. Pero algo le jorobaba la mañana, le jodía íntimamente: era la rutina en la que se estaba metiendo, un poco la verificación de que incluso en medio del pantano, el hombre se protegía de lo inesperado con rutinas, con constancias y fidelidades a esos actos encadenados que hacían de la vida un comfortable seno materno.

Y además, algo le había hecho daño en la noche y tenía diarrea.

Y ahora, por 64 mil pesos, le repetía una voz allá adentro, ¿cómo se llamaban las mujeres a las que victimó el estrangulador de Boston?, ¿cuál era el segundo apellido de éste? ¿Cómo terminó siendo dictaminado su caso en el juicio que se realizó? ¿Cuál fue el nombre del juez? ¿Cuál el del abogado defensor y cuánto cobró por la defensa? ¿Cómo se llamaba el hospital en el que acogieron al estrangulador, y cuál fue su numero de celda-estancia? ¿Cuál era el nombre de la enfermera y cuántos años de práctica profesional tenía? Tiene treinta segundos para responder, decía la voz. Héctor salió a la calle después de pasar por el baño.

Cuando transbordaba en Pino Suárez hacia la otra línea del Metro, sintió una pequeña punzada en la espalda: una mancha de color café claro lo seguía desde el descenso del vagón. Se detuvo, la mancha se detuvo algunos metros atrás. Simuló ojear las revistas de un puesto de periódicos y observó nítidamente la mancha en el espejo del stand de fotografías automáticas.

Era una mujer, de unos 25 años, de pelo castaño, con una falda diminuta, el pelo amarrado en una cola de caballo, un morral negro al hombro, un saco café claro cruzado.

Lo miraba cuidadosamente. El espejo cruzó las miradas y ella comenzó a caminar.

Héctor arrancó tras ella. Perseguidora perseguida, cambio. Emitió mentalmente. Papeles trastocados.

La mujer avanzó hasta la transferencia a la línea azul. Héctor esperó a que el Metro llegara, y abordó tras ella el vagón justo cuando iba a cerrarse.

Durante el camino, a pesar de estar separados por una masa informe de gente, se fueron observando. Héctor incluso creyó percibir la sonrisa de ella cuando un brusco frenazo en la estación Zócalo estuvo a punto de mandarlo al suelo.

Ella bajó en Allende y Héctor la siguió. Los pasos iban con cierta seguridad y precisión hasta la oficina. ¿Para qué el rodeo al dejar el Metro un par de estaciones más allá?

La mujer bajó hacia el Sur por 5 de Mayo. Héctor la seguía a 20 metros, firmemente, como perro de caza fiel a su pieza.

Y desde atrás, se ve el contoneo de sus muslos, sus nalgas que ascienden, el pelo flotando al vaivén como una burla al perseguidor.

Un fotógrafo ambulante le tomó una foto y Héctor recogió mecánicamente el *ticket*.

La mujer volteó a mirarlo y le sonrió. Durante un instante, el mundo se detuvo.

En medio de una de las calles más transitadas de la ciudad de México, en medio del humo gris del polvo de los coches, el ruido de los claxons, las manchas azulosas de los orificios, las gentes que pasaban, el mundo se

detuvo en la sonrisa fiel de perseguidor y perseguida. Héctor pensó que era la mirada de la leona hacia la mira telescópica lo que le sonreía. Se hizo el silencio y el amor brotó nuevamente. Héctor supo que nunca podría explicarlo, a nadie, nunca. Pero se había enamorado de esa mancha café claro coronada por una cola de caballo color castaño claro.

Y quizá, esa mancha era la muerte.

Al llegar al edificio donde Héctor compartía su oficina con el plomero, la mujer volteó a verlo y luego, tras un instante, entró.

Héctor esperó unos segundos, y luego caminó decidido hacia la puerta.

«Al fin, aquí trabajo, si me pregunta, aquí trabajo», pensó disculpándose; pero reaccionó a tiempo y decidió que él no tenía que disculparse de nada. Y ella lo sabía. Ella, si ella era el estrangulador, y quién si no, tenía que saberlo. Y ella era.

El elevador señalaba una parada en el quinto piso antes de seguir su vuelo hacia las alturas. Héctor decidió subir a la oficina por la escalera para impedir que la mujer se escurriera.

Al llegar al cuarto, se sintió fatigado, y dudó un instante entre sentarse a fumar un cigarrillo en el rellano o proseguir la ascensión. Optó por sentarse, y mientras fumaba fue calmando el ritmo de su respiración y su angustia.

¿Qué quería la mujer? ¿Cuáles eran las reglas de este nuevo reto?

La mano buscó la pistola colocada en la cintura y la reacomodó. Una sombra se fue desplazando sobre el rellano del entrepiso superior. Héctor saltó arrojando el cigarrillo y fijó la vista en la oscuridad. El cubo del elevador transmitió una mancha de luz mientras el artefacto bajaba, y en la luz vislumbró durante un instante a la mujer de la limpieza.

—Buenos días don Héctor. Hacía tiempo que no lo veía.

—¿Cómo está Conchita, le debo algo?

—No, ya pagó su socio, don Gilberto. Vea con él.

Y la mujer siguió su descenso arrastrando una escoba y un trapeador.

Héctor siguió su ascenso.

BELASCOARÁN SHAYNE: Detective.

GÓMEZ LETRAS: Plomero.

Tocó a la puerta consciente de que la mujer estaría sentada en el recibidor, el sillón viejo en el que Héctor dormía a veces y donde Gilberto hacía el amor sábados y domingos con la secretaria de la Editorial Futuro: cama secundaria de uno, cama chica de otro.

—Quihúbole jovenazo. Qué, ¿aquí trabaja usted?

—¿No ha entrado nadie?

—Qué, ¿ahorita...? Ya lo vi, eh, en la televisión... Dice mi vieja que si no quiere venirse a cenar a la casa un día de estos.

—¿Hay alguien aquí, Gilberto?

—¿A dónde? ¿En la oficina?, no, no hay nadie.

—¿No ha venido nadie?

—Vino una señorita a encargarme un trabajo, de esos muy pendejos, de apretar llaves flojas, y de pasada tirarme a la sirvienta.

—¿Cómo era? ¿Vestida de café claro... con una cola de caballo?

—Ah pillín, conque no quería que yo le apretara las llaves, quería que se las apretara usted... Con razón no sabía muy bien ni que hacer ni qué pedir. Hasta me hice ilu...

—¿Hace cuánto que salió?

—Como cinco minutos.

Y Héctor salió corriendo por las escaleras, devorando escalones, saltando en los rellanos.

Pero ya no había nada.

Y se quedó nuevamente sentado en el mismo descansillo donde había fumado el cigarrillo y platicado con Conchita, y nuevamente las rutinas lo obligaron a llevar la mano a la bolsa superior de la camisa, tomar el cigarrillo y encenderlo.

Porque quizá no había nada porque nunca lo había habido, se dijo, y expiró una violenta columna de humo.

La ciudad se alimenta de carroña. Como buitre, como hiena, mexicanísimo zopilote, sobre sus muertos nacionales. Y la ciudad estaba hambrienta. Fue por eso por lo que la nota roja chorreó sangre otra vez aquel jueves: un accidente entre un camión de línea y el ferrocarril de Cuernavaca

con 16 muertos, y un compadre balaceado por su comadre «para que ya nunca llevara a su compadre de putas», y una anciana acuchillada para robarle trescientos pesos a la salida del Metro y la represión de una huelga en la colonia Escandón con saldo de dos obreros heridos de bala y una vieja de una vecindad cercana intoxicada por los gases.

Pero el estrangulador no había actuado. En los últimos nueve días, ningún recorte se añadió al collage del piso de la oficina. Y Héctor, ante la mirada atenta de Gilberto Gómez Letras de oficio plomero y vecino, fumaba un cigarrillo tras otro e hilaba con una rueca extraña las ideas que le seguían llegando. Grandes y pequeñas, aumentadas y disminuidas por el roer cerebral, se iban yendo entre la brisa y el ruido de claxons que entraba por la ventana.

Una tarde grisácea, Gilberto trabajaba, hacía sus pequeños chanchullos en las notas de cobro. Añadía con la punta chupada del lápiz dos pesos más a una tuerca de media pulgada, y subía el precio de la sosa, para destapar caños.

Héctor, tumbado en el sillón de cuero repasaba sus desconocimientos profundos de la muerte. Los hombres y la muerte.

Había cumplido con ciertas tareas obligadas, se había propuesto en el curso de aquella semana, tras la fugaz aparición que sólo la verificación de Gilberto Gómez confirmaba, cerrar los agujeros, no dejar ninguna de las rutinas indispensables, y había cubierto fiel como perro callejero sus rutinas indescifrables, visita tras visita, alternando el peregrinar con sus estudios del fichero de estranguladores y sus visitas a la biblioteca universitaria.

Los cementerios no le habían proporcionado nada nuevo: ni las tres tumbas del panteón de Dolores, ni la de Ixtacalco, ni las dos de Tlalnepantla ni la del Español le habían añadido una visión más profunda del mundo de las asesinadas. Quizá, sin embargo, habían contribuido a darle una nueva aproximación a la muerte, a verificar un dato que de alguna manera la mente traidora de Héctor trataba de ocultar: que tras el extraño juego entablado entre el estrangulador y él, se cruzaban cadáveres entrañablemente humanos, definitivamente inocentes, si se podía hablar de inocencia en un país donde los inocentes eran habitualmente pasados por las armas.

Pero las tumbas no decían nada. Nadie en torno a ellas, ninguna señal particular que revelara lo que andaba buscando. Sólo manchas grises, lápidas,

algunas flores marchitas, nombres simples de ortografía, fácilmente olvidables en la Gran Mancha de los cementerios. Quizá la muerte era lo único sólido, aunque vago, que había penetrado en el cascarón de Héctor, y con ella a cuestas, como una pequeña sombra molesta, deambulaba por los pasillos del cementerio.

Pero las tumbas no dijeron nada, y la tarde grisácea con algunas manchas de sol entre las nubes era el marco del cuadro sobre el que Héctor pasaba entre los trazos suaves de los cementerios.

Luego había rondado por las cantinas de Bucareli donde los periodistas condenados a la nota roja se juntan, y había intentado sacar algo pagando un par de copas.

También había revisado con la misma intención ya un tanto rutinaria los recortes de periódico.

Y en el sillón exprimía una y otra vez las rutinas, recorría con la memoria los actos y las preguntas que se había hecho esa semana, y una gran bola blancuzca se le iba acomodando sobre los hombros mientras fumaba suavemente mecido por el aire y los ruidos de la ciudad que entraban por la ventana.

—¿Qué, salió algo? —preguntó Gilberto el plomero.

—Usted regrese a sus chanchullos —musitó Héctor con la mirada aún perdida en el techo.

—Pinche detective de mierda, —murmuró Gilberto mientras lo miraba de reojo y siguió murmurando por lo bajito, mezclando el desprecio por los huevones pasivos con la admiración por los que salían en la televisión, la mezcla de extrañeza, estupor, desdén, aburrimiento e incompreensión con la que calibraba a su vecino.

—Ha de pensar que porque uno es plomero no sabe estrangular putas —dijo así como quien no quiere, como enseñando el as que falta para estropear la partida de los demás y que pacientemente se ha tenido cubierto.

Héctor no reaccionó. En el fondo se sentía cómodo. Tras largos esfuerzos había logrado colocar su cuerpo confortablemente en el sillón a pesar de que una de las piernas estaba prensada y la otra colgaba y que cada cuarto de hora tenía que moverlas para que no se le durmieran. Tardó en responder.

—Usted se ve muy puto para asesino.

Y volvió tranquilamente a chupar el cigarrillo momentáneamente detenido a mitad del aire.

Gilberto fingió distraerse, abstraerse, encerrarse en las notas, mientras se iba trabando de coraje. Héctor ni siquiera lo había mirado. Ni siquiera lo había mirado de frente.

—A ver si me pasa a su hermana para que vea que tan puto soy —masculló.

Héctor intentó concentrarse. Había algo bailando entre toda la sopa de letras que estaba armando.

La acción. LA ACCIÓN. Podía violentarse. Pero de una manera u otra, ya había pasado por eso. Porque la acción no era salir a darse de tiros con alguien a mitad de la calle, o saltar de un elevador en marcha, o correr a 140 por hora por Insurgentes en un coche prestado, o acostarse con la asesina antes de descubrir la muerte en medio de un suspiro, un sollozo, una mirada como el hielo a mitad del amor. La acción, o LA ACCIÓN, era salir a la calle a rondar, a esperar que el otro saltara sobre la presa y el accidente lo prendiera a uno en las cercanías.

—No dije puto, dije bruto. Usted no estrangularía a una mujer, le arrimaría de tubazos; hace falta categoría para estrangular suavemente. Usted es el as de los del estilo rudo, con la llave *stilson* y mocos ahí acabó —dijo mientras observaba dos moscas *cogiendo* en el techo. Carajo, pensó, estaré en el umbral de un descubrimiento científico importante, nunca he leído nada sobre las moscas *cogiendo*, a lo mejor soy el primer ser humano que ve a dos moscas coger. Y yo así como así, tan tranquilo.

—Seré muy bruto, pero usted es muy pendejo. Pinche trabajo que ni le pagan —murmuró el plomero que había decidido no dar la batalla frontal.

«¿Habrà estado sabroso?». Se preguntó Héctor mientras las moscas elevaban el vuelo ya separadas, y sonrió.

—Ahí cuando estrangule otra me avisa, mi estimado vecino —dijo y se levantó.

Con la gabardina tan arrugada, ya parecía Humphrey Bogart, pensó.

Y salió de nuevo a propiciar el accidente.

Había cuidadosamente dispuesto el escenario. Había puesto el amor en las cosas previas al encuentro: una vela aquí sobre un casco de refresco familiar, un bello pedazo de tela anaranjada como mantel, una gran barra de pan blanco y hasta una botella de vino importada. Y todo había ido tomando su lugar en el pequeño cuarto. Había incluso despegado del espejo del baño las fotos de las mujeres muertas que conservaba como necesario redescubrimiento cerca de su cara cuando comenzaba el día. Se había predispuesto a pensar, a no irritarse por no entender, había afinado su paciencia para oír, para oír y entender, para poder amar. Sabía que Elisa no necesitaba la simple presencia de un hermano medio loco, ni siquiera necesitaba una razón de otro para vivir. Y que había que ayudar. Era nuevo esto del amor fraterno, pensó. Y buscó un disco que ayudara a la espera, y recordó que en el pequeño cuarto no había tocadiscos. Encendió la radio sin darle demasiado volumen. Buscó lentamente una estación que probablemente nunca volvería a encontrar, y del pequeño aparato (una radio *royal celtic* de 236 pesos al contado) salió una canción de amor de los nuevos cantantes cubanos. Una canción de amor muy particular, llena de recodos donde el amor de cada día era algo más. Encendió el cigarrillo final, el que daba pie para decir: «Ya está todo puesto, la mesa está servida», y caminó a la ventana, ordenando al pasar unos libros en la mesa al lado de la cama.

Una luna de Lorca brillaba en lo alto, el último grupo de niños iba jugando en la calle, de salida hacia la cena y la noche. Una pareja cruzaba el parque, un vecino salía a intentar comprar una cerveza para ver el box en la tele acompañado. Una brisa suave que venía... que venía del mar, pensó Héctor.

*Hay amor que te vas como ave fugaz
y el plumaje lo has dejado en el nido
hay amor que te vas esperando encontrar
lo que nunca has hallado ni has de hallar.*

dijo la radio.

—Carajo —dijo Héctor, sonriente.

Deambuló buscando algo fuera de lugar, algo que reacomodar, buscando un justo equilibrio metafísico, un balance ideal; pero todo parecía estar dispuesto, excepto quizá el propio Héctor Belascoarán Shayne, que parecía un poco fuera de lugar, un poco desplazado del ambiente preciso y amable en el que había convertido su refugio nocturno.

*Eras un camino muerto por los años
y el dolor
de no ser camino*

dijo la radio.

—Carajo —dijo Héctor—. Y si de repente cae la bomba o estalla la revolución, qué carajo hago, pensó, completando la llamarada que crecía nuevamente en el pecho.

Tapó la olla con la carne asada para que no se escapara el calor y escuchó el timbre salvador de tanta mierda y maldita soledad.

Caminó suavemente, reciamente hacia la puerta.

—Hermano lindo —dijo Elisa.

—Familia —susurró Héctor.

—Viva México —dijo Carlos.

—Fue una canción de Pablo Milanés, voz nueva de Cuba

—dijo la radio.

«Hasta luego», resonó la voz del asesino en el cerebro de Héctor, la voz que venía a través de los cables del teléfono.

—Uy, qué elegante —dijo Elisa mientras con los ojos recorría el cuarto en redondo.

—¿Éste es el cubil? —pregunto Carlos.

—Amén —dijo Héctor.

*Cuando ya nada se esperaba personalmente
exaltante, más se palpita y se*

sigue más allá de la corriente.

Inició Paco Ibáñez en la radio.

Héctor abrazó sólido y fuerte a sus dos hermanos y después de elevarlos por los aires, los depositó en los asientos y comenzó a servir la cena.

Elisa era más Shayne que Belascoarán. Más pelirroja que sólida y robusta, más sonriente y dulce que brutalmente amorosa, más canción de cuna que barco de vela.

Y Héctor pensaba esto mientras servía.

¿Cómo había dicho Carlos?: a uno se lo traga el sistema, a otro lo corrompe y al tercero lo mata. ¿Cómo estarían ahora redistribuidos los roles, después de mi defección de las filas del monstruo?

—Es un huevito, linda pero diminuta tu casa —dijo Elisa.

—El colmo sería si cocinas bien —dijo Carlos.

—¿Y qué locura es esa del estrangulador, y eso del premio de los 64 mil? —preguntó Elisa.

—¿Cómo anda mamá? —preguntó Héctor.

La botella de vino rosado hizo *pop* y Héctor contempló un instante la luz suave del farol que entraba por la ventana.

Elisa y Carlos se habían liado en una amable discusión sobre el clima en Canadá, mezclada con apreciaciones sobre las diferencias en acento de los canadienses orientales y los norteamericanos, discusión que se aproximaba lentamente a un intento de apreciación política del colonialismo norteamericano en Canadá. Y Héctor se vio desde lejos, vio el cuadro familiar.

Aún no habían cumplido los treinta años.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó.

Se hizo un pequeño silencio. Como un globito en blanco se formó sobre los tres personajes de una revista de caricaturas. Un globito en el que el dibujante debería poner algo. Y puso:

—No sé.

—¿Dónde vas a vivir? —volvió a preguntar Héctor.

—Parece que mamá me ha acogido, pero es evidentemente temporal. Ella quiere mantener su apacible soledad a la que tanto trabajo le ha costado

llegar.

—Yo te daría asilo, pero... —dijo Carlos.

—Aquí también —sugirió Héctor.

—Vaya par de mustios solterones. —Rió Elisa—. Podría vivir una semana en cada cuarto, pero francamente a la hora de despertar íbamos a tropezar unos con otros.

El teléfono sonó cuando los pasos de Carlos y Elisa aún hacían el eco final en la escalera. Tras el primer escalofrío, Héctor comenzó a esbozar una sonrisa. Ahí estaba nuevamente el enemigo, la gota de sangre deslizándose por el filo del puñal en la noche de invierno. Esperó a que sonara dos veces y luego, encendiendo un cigarrillo se acercó a contestar. Tomó firmemente el auricular.

—Buenas noches. Belascoarán Shayne al habla.

—...

—¿Bella noche, no? Una noche en la que el frío apenas si se siente si uno no tiene deudas. Si uno no ha matado a nadie. Si uno no tiene nada que perder.

—...

—Una bella noche, no cabe duda, en la que los jodidos como yo, o como tú, o como nosotros estamos esperando algo... ¿A lo mejor es el final? ¿El desenlace? Y debes pensar que fue un bello juego, como yo lo pensaría si no hubiera visto una y otra vez las fotos de las mujeres que han muerto sin deberle nada a nadie, sin dejar gran cosa atrás... Un novio, una clase en la secundaria a medio terminar, un *block* de taquigrafía, un peso de pan que nunca llegó a la mesa de la casa.

—No entiendes —dijo de repente la voz que esperaba escuchar. La voz que salió del silencio. Y Héctor estaba esperando la voz, por eso, ahora él hizo el silencio y jugó el resto de su parte del juego.

—No fue así...

Era una voz gruesa, probablemente disfrazada o alterada. Ni de hombre ni de mujer. Sin embargo, una voz cálida en medio del ronquido que soplaba el pecho.

—¿Por qué me buscas?

—No lo sé —respondió Héctor—. Aún no lo sé. Cuando estemos enfrente

podremos adivinar si el camino ha sido cubierto, si la pregunta final podrá ser contestada. Por ahora, yo vuelvo al sueño. Buenas noches.

—No estabas durmiendo —dijo la voz.

Héctor depositó el teléfono sobre el sillón sin hacer ruido y salió deslizándose a la calle. A lo lejos los ojos encontraron inmediatamente lo que estaba buscando. Alguien estaba hablando desde la caseta de la esquina. Distinguió una chamarra café. Y corrió ciegamente hacia ella. En medio de la noche, esa su noche.

Los pies furiosos arrancan la carrera, pedazos microscópicos de goma y polvo vuelan bajo las suelas de los zapatos. Héctor expulsa angustiado la bocanada de aire. La silueta en la cabina voltea y contempla el vértigo que cae sobre ella, apenas si tímidamente reacciona deteniendo las puertas de la cabina.

—Ahorita la desocupo —dijo el adolescente melenudo de chamarra café—. Ya casi termino.

Héctor sonrió embarazado, y para disimular la metida de pata se puso a silbar el tema de Casablanca que Humphrey Bogart tocaba en el piano.

Y silbe y silbe hizo un mutis, como Humphrey Bogart al acabar de tocar.

Se fue a colgar el teléfono.

IV

¿Quién nos liberará del fuego sordo?

CORTAZAR

¿Si no es el propio fuego?

PIT

—¿Me permite hablarle de usted? —preguntó amablemente Gilberto Gómez Letras, plomero.

—Sí, este... cómo no —dijo Héctor Belascoarán Shayne, detective, que se encontraba estudiando su fichero de estranguladores célebres—. Si siempre nos hablamos de usted.

—Pues vaya usted y chingue usted a su madre —dijo Gilberto sonriendo.

La oficina era cálida, amable. Un airecito suave y dulzón entraba con los rayos del sol de la mañana. Gilberto trataba de hacer una rosca a un tubo ayudado por una tarraja monumental. En medio de los esfuerzos sonreía. Parecía como si hubiera estado madurando toda una campaña contra Héctor.

—Ya va —respondió Héctor que tras un instante de duda había optado por el albur francés.

Gilberto continuó peleando contra el tubo.

—Se me hace que usted ni es mexicano —dijo de repente. Héctor lo escuchó, como se escucha una voz que no viene de cerca y a la que no se está obligado a responder.

Pero la voz que venía de lejos venía de cerca. ¿Por qué no? La pregunta era tan buena como cualquier otra. Hijo de madre irlandesa y de padre vasco, en su casa nunca se habían creado ni las raíces reales ni las ficticias de una patria, de una tierra sobre la qué poner los pies. Todo su país era una terrible mezcolanza de añoranzas de tierras nunca conocidas, de libros leídos con un afán de que se hicieran sólidos, de que la fantasía tomara suelo y le permitiera volver en la realidad de cada mañana el sueño de cada noche. Porque los primeros años estuvieron poblados de la Gran Incoherencia, de 3a gran distancia entre los soñado y un país vagamente real que se suponía fuera real.

Y durante mucho tiempo, la gran alternativa, fue crecer para escapar,

llegar a los 20 años para irse a vivir a otro país. Y hubo que crecer, sin acabar de tener tierra bajo los pies. Un país repicando armoniosamente con las suelas de los zapatos. Unos árboles, un viento de frente en la mirada, una historia. Todo parecía prestado, un país prestado había sido éste.

Y Héctor hirvió de amor durante un instante, amor ilimitado que acariciaba la cicatriz de su desarraigo. Amor a la luz del sol, a los hombres y las mujeres que se adivinaban allá abajo, al país al que el estrangulador le había conducido. A las calles y a los hombres recorridos en noches turbulentas, en días grises y acerados, en neblinas percibidas detrás de los párpados agotados.

—¿Sabe qué, mi estimado Gómez Letras?

El plomero lo observó desconfiado.

—Que sí soy mexicano, carajo. Aunque no importe demasiado ahora todo esto, porque la verdad es que... —dijo Héctor Belascoarán Shayne, y luego se quedó en silencio para el resto de la mañana.

—¡Y se encuentra con nosotros en este estudio el señor Héctor Belascoarán Shayne!!

Una DIANA, sonido de timbales y clarines.

—Que concurra en el tema «Grandes Estranguladores en la Historia del Crimen».

Aplausos de disco, algunos aplausos del público. Letrero en superposición.

El animador avanzó dos pasos para recibir a Héctor.

—Buenas noches señor Belascoarán.

Héctor sacudió la cabeza afirmativamente.

—¿Cómo se encuentra?

Héctor volvió a afirmar y sonrió débilmente.

—Muchas cartas han llegado hasta nuestras manos comentando su destreza en las respuestas, y el interés que ha causado en nuestro programa la presencia de un tema de tan lamentable actualidad.

Héctor volvió a sonreír dando a entender que no pensaba hablar fuera de las obligadas respuestas. El animador un tanto desconcertado sonrió

ampliamente.

—Y bien, señor Belascoarán, ésta es la pregunta clave: ¿Continúa usted o se retira con los 8 mil pesos ya ganados? Y quiero recordar a nuestra audiencia que el señor Shayne tiene un premio de garantía consistente en una magnífica sala comedor de la casa Reyes, equipada incluso con un tocadiscos estéreo de la marca Panasonic.

—¿Continúa usted por 16 mil pesos?

Héctor afirmó.

—Adelante. Televisa le desea muy buena suerte.

Aplausos de disco.

—Le suplico a usted que pase a la cabina aislada de ruidos como acostumbramos para evitar que exista alguna interferencia del público.

Y Héctor se introdujo a la cabina y se colocó sus audífonos.

La cámara uno se sostenía en un plano general. La dos inició un acercamiento al animador. La tres se amarró en un *close up* del detective.

El animador caminó a recoger el sobre con las preguntas.

—Y ahora, ¿me escucha bien, señor Belascoarán? (Héctor afirmó en la cabina fielmente seguido por la cámara tres). He aquí la pregunta de los 16 mil pesos, entregada en un sobre cerrado garantizado por el señor interventor de la Secretaría de Gobernación aquí presente. ¿Está usted listo?

Héctor afirmó.

—Entonces, procedo a la apertura del sobre.

Música de tensión pasó de la cabina del *master* a los televisores sin tocar el estudio.

—Ésta es la pregunta de los 16 mil pesos... En 1876, en Londres, se sucedieron desconcertando a la opinión pública, una serie de casos criminales que aterraron a la población... Por dieciséis mil pesos, ¿cuál fue el nombre que la prensa londinense dio a estos casos? ¿Cómo fue descubierto su autor? ¿Cuántas fueron sus víctimas, y cuáles sus nombres? ¿Cuál era el nombre del autor?, y ¿cuál fue la decisión del jurado en el juicio en el que fue condenado? Tiene usted treinta segundos para meditar la respuesta. ¿Desea que le repita la pregunta?

Héctor negó.

Durante los treinta segundos obligados en los que una música de

«tensión» se escucha en los televisores, las cámaras buscaron las caras del público y se mantuvieron atentas a las posibles reacciones de Héctor.

Pero Héctor no mostró nada. Se limitó a encender un cigarrillo y a pensar: ¿Frente a qué televisor lo estaría viendo el asesino? ¿Un televisor prestado? ¿El de la casa de su mamá? ¿Un televisor de una cantina? ¿Estaría en ese mismo estudio?

Héctor sonrió en algo que los telespectadores interpretaron contradictoriamente como una sensación de prepotencia, o de lamentable impotencia.

—¿Le repito la pregunta? —dijo el entrevistador rompiendo la pausa.

—No, muchas gracias. Se trata de «la muerte del anochecer» como la llamó el *London Evening News* y repitieron luego otros diarios. El autor fue descubierto accidentalmente cuando la dueña de la pensión en que vivía localizó los recortes cuidadosamente guardados de todos los casos mientras hacía la limpieza. Esto motivó que lo denunciara y la policía inglesa lo siguiera hasta detenerlo en el momento en que estaba a punto de perpetrar uno de sus crímenes. Entre paréntesis, estrangulaba a mano limpia. Su nombre era Charles D. Conway. Sus víctimas fueron 6 y se llamaban, en el orden en que se dieron los casos: Evelyn Morton, Shirley Wynn, Arabella Lexington, Cristina Warfield, Eloísa Smith y Mary Garruthers. El jurado lo condenó a muerte sin atenuantes a pesar de su evidente desquiciamiento y fue ejecutado en el cadalso en abril de 1878.

El narrador que había seguido fielmente las respuestas lo contempló desconcertado.

—¡¡Perfectamente bien contestado!!

Un aplauso de disco atronó los televisores.

«¿Estaría en el estudio?» se preguntó Héctor.

—¡Acaba usted de ganar 16 mil pesos! —rugió el animador.

Héctor sonrió. La idea de que estuviera en el estudio lo cautivaba. ¿Cómo se conseguirían los pases para entrar en el estudio?

El taxi parecía haberlo estado esperando. En la luz delantera que marcaba «libre» y en el carro inmovilizado había mucha paciencia, demasiada

paciencia.

Sin embargo, Héctor cruzó hacia él directamente desde la puerta de los estudios.

Entró sin preguntar si estaba libre y podía llevarlo. Tampoco intentó verle la cara ni preguntarle cuánto le cobraría. A pesar de que habían sido infringidas las reglas, el taxi arrancó. Héctor no le dio dirección y esperó a que el conductor hablara.

Éste mantuvo el silencio en medio del tráfico. Las ventanillas cerradas no permitían el paso del ruido del exterior.

Largo recorrido en las garras de la noche en medio del silencio de ambos. El taxista buscaba a veces los ojos de Héctor en el espejo retrovisor, pero Héctor había clavado la vista centenares de metros más allá. En la niebla gris de la noche y las manchas coloridas de los semáforos, en lo que podría haber pasado si todo se hubiera iniciado de otra forma.

El taxista fue poco a poco buscando la ruta conocida, hasta depositarlo frente a la puerta de su casa.

—Buenas noches, señor Belascoarán. Ojalá y gane sus 64 mil pesos — dijo el taxista.

Y la magia se rompió en mil pedacitos.

El sol había marcado la mañana, desde que pegó en el borde de la cama hasta que lo fue empujando poco a poco hacia la regadera, desde que ayudó a freír los huevos y el tocino en la sartén, hasta que encendió el radio. El sol había estado colaborando amigablemente. Por eso, cuando salió a la calle lo hizo sin la ajada gabardina y con unos lentes oscuros de origen desconocido que había encontrado en un cajón. El sol pegaba en las planchas metálicas del puesto de periódicos y hacia allá se dirigió Héctor víctima de una ilusión (ilusión irracional: el sol me va a guiar durante toda la mañana). El periódico reveló en la página 26 A, que el estrangulador había cobrado una nueva víctima. Su novena víctima. Se había roto la pausa, el interludio. Apretó furiosamente el periódico entre las manos compartiendo la culpa de lo

sucedido con el descuido de la víctima.

Rosalba Herrera, demostradora de Avon, ya no volvería a recorrer la ruta siete (Colonia del Valle, Narvarte, Taxqueña, Copilco): había quedado muerta sobre las losetas de la parte trasera de la Alberca Olímpica. La muerte había sucedido al atardecer. Sobre el cuerpo mostrado prolijamente por la foto (las piernas entrecruzadas con la falda sobre los muslos ligeramente levantada, una mano caída hacia atrás, el muestrario de Avon férreamente asido por la mano izquierda crispada, un pelo corto peinado de salón, un ojo desorbitado, el otro cubierto por el borde de la bata de un enfermero que se había cruzado en la foto) estaba una nota casi colocada al descuido:

Cereviro cumple su promesa

—¿Cuál promesa, mierda, cuál promesa? —masculló Belascoarán masticando la rabia.

Cruzó calles sin mirar hacia adelante, como impelido por una fuerza suicida y negra que lo estaba corroyendo, y al llegar a la Avenida Tacubaya estuvo a punto de quedar bajo las ruedas de un Xochimilco-Villa Coapa.

—¡Pendejo! —le gritó el chofer.

—Tu madre —respondió Héctor y comenzó a calmarse.

En la entrada del Metro se detuvo a tomar un jugo de naranja. El sol seguía allí, ahora ya no de acompañante sino de testigo, y empezaba a picar, a volver la mañana plácida y somnolienta, a crear junto con el *smog*, el ruido de los coches y las manchas de colores de los vestidos de las secretarías madrugadoras, una pasta con olor y sabor a melaza.

Cuando buscaba en los bolsillos del pantalón un boleto para el Metro encontró la contraseña de la fotografía.

La fotografía.

La fotografía tomada por el fotógrafo ambulante cuando seguía a la muchacha de vestido café y cola de caballo:

FOTO ARTÍSTICA REAL

Pasaje del cine Teresa, local tres.

Ciudad de México

Somos especialistas. Copias cinco pesos. Calidad garantizada.

Por el camino fue releendo el artículo, y repasó fastidiado las declaraciones del jefe de la policía:

Tenemos un magnífico cuadro del modus operandi del estrangulador. Las pistas sin embargo, son confusas y nos han conducido a varios callejones sin salida. Se mantiene una estrecha vigilancia sobre los delincuentes sexuales que tenemos fichados. Las redes de la ley se estrechan aún más y más. El cerco se cierra. Les suplicamos paciencia, y que la prensa no colabore a crear alarmismo, sino a fortalecer la imagen que nuestra corporación tiene entre el público.

—Eres puto —le dijo un vendedor de lotería a un vendedor de periódicos. Ambos estaban oprimidos codo a codo, sobaco a sobaco por una oleada de gente que acababa de entrar en la estación Balderas.

—Eso, eres puto —repitió en voz baja Belascoarán refiriéndose al jefe de la policía metropolitana.

Se despegó del vagón a duras penas en la estación Bellas Artes y caminó rumbo a San Juan de Letrán. El sol picaba allá arriba y la idea romántica de que el sol lo acompañara ese día fue abandonándole poco a poco, quizá a su pesar. La ciudad era un charco de asfalto y sudábamos en ella.

—Salió re'bonita, nomás que usted está muy atrás. En la foto que sigue usted sale, mejor. Si quiere le amplifico la parte en la que sale usted. Porque vea...

Héctor pagó los cinco pesos y salió del local del fotógrafo. Se sentó en la banqueta a contemplar la fotografía:

En el primer plano, cercana a la pared, estaba la muchacha. La fotografía la había sorprendido levemente porque estaba haciendo un giro con la cabeza hacia la izquierda, la cola de caballo ondeaba suavemente y alcanzaba a cubrir una parte de la cara de Héctor, situado en un tercer plano. La foto había captado también a un vendedor de pájaros que pasaba de espaldas a la

cámara y que traía a un niño muy pequeño, tomado de la mano.

Después de observar los detalles laterales Héctor se concentró en la muchacha de la cola de caballo. De arriba hacia abajo como quien contempla un mapa, o quien observa las instalaciones de la línea Maginot; fue mirando y completando con la memoria.

Zapatos grises (en color, castaño claro), mocasines. Sin medias o al menos eso parecía. La falda corta, las piernas muy pasables (dijo en un susurro), llenas y sólidas. Ancha de caderas, firme sobre las dos piernas, una blusa de un color imprecisable dentro del gris de la fotografía y un saco quizá de un cuero café suave. El cuello oculto por el gesto, un morral en la mano izquierda tomado por las cintas como si fuera un arma, la mano derecha tocándose el mentón ocultaba levemente la parte inferior de la cara. Sin embargo, era una cara cuadrada, nariz sólida no demasiado grande, ojos enormes, duros, fríos. Todo coronado por el pelo estirado por arriba de la frente para culminar en la juguetona cola de caballo.

Héctor se puso en pie y se acercó a una pequeña tienda de abarrotes. Mientras se tomaba un Jarrito rojo y encendía un cigarrillo trató de unir las partes del rompecabezas que había construido.

La sensación lo fue invadiendo poco a poco: una mujer de una sola pieza. En apariencia eso era. Una muchacha-mujer de una sola pieza, con sus 25 años a cuestas, llena de cosas para ocultar y cosas para descubrir. Héctor sintió que una sensación placentera lo invadía. ¿Qué era ella, un aliado, un enemigo, el estrangulador, la víctima? Sea lo que sea era mucho más de lo que había tenido hasta entonces, era mucho, mucho más que la ausencia de caras que había sido toda esta larga búsqueda, mucho más que las fotos de periódico o la voz en el fondo del teléfono, mucho más que el fantasma. Héctor encontraba al fin el espejo tan ansiado, tan buscado, tan deseado.

Súbitamente decidió que se estaba enamorando de una cara en una fotografía, y se preguntó: ¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas muchacha de la cola de caballo?

Cara en el espejo de uno mismo, imagen, cebo, trampa, cacería. ¿Por qué en el fondo de todo esa mirada triste?

Y levantó la vista para encontrar frente a sí a la muchacha de la cola de caballo y vestida de café, que hoy vestía de negro y lo miraba entre crispada

y lánguida, que le tendió la mano. Héctor estiró la suya, y hubo algo muy masculino, muy de relación masculina de adolescentes en el apretón. Ella tiró levemente de la mano y Héctor la siguió. Ella soltó su mano derecha y le ofreció la izquierda.

El dueño de la miscelánea salió a perseguir a Héctor para que pagara el refresco y éste de repente se vio en la mitad de la calle ante el dilema de soltar a la mujer que seguramente se esfumaría en medio de una niebla verde, o ser perseguido por robar un refresco. La muchacha lo salvó caminando de regreso hacia la tienda.

Héctor pagó, fascinado al descubrir que la muchacha de la cola de caballo era un ser real, que incluso aceptó un cigarrillo con una sonrisa entre los labios.

Ella estaba arrullándose contra la ventana, tarareaba algo que Héctor no alcanzaba a distinguir. Mujer-niña. La luz de la tarde daba en la cara de la muchacha de cola de caballo reflejos rojizos, azules, amarillos, ámbar.

La dureza de la cara se suavizaba y se contraía en una pálida tristeza. Un halo de soledad de aproximadamente dos metros rodeaba a la muchacha. Los ruidos del tránsito que crecían como torrente por la hora de salida de fábricas y oficinas le daban de fondo un coro gregoriano al tarareo de la muchacha.

Héctor sentado fuera del alcance del aura de tristeza revolvía pacientemente las tres cucharadas de azúcar que le había puesto al café. El detective Belascoarán Shayne estaba desarmado y tenía conciencia del hecho. Demasiadas tardes y noches de soledad, de mascullar, de acariciar la mira de la pistola, de rumiar pensamientos que recorrían uno tras otro los siete estómagos de la vaca y las siete vidas del gato.

Desde su esquina, sentado en el suelo lánguido, languidecía el detective Belascoarán Shayne. El cigarrillo apagado en las comisuras de los labios era lo único que quedaba del original Humphrey Bogart que había sido esos días. Contemplaba los muslos de la muchacha que acodada en el alero de la ventana reposaba la vista en los cables de la luz allá a lo lejos mientras tarareaba. Mujer-niña, con muslos de mujer entera, pensó Héctor y subió la mirada hasta el perfil fuerte, que salía de la tristeza para irse endureciendo al

son del concierto de las luces del atardecer.

No quedaba demasiado claro, quizás porque no se había establecido, si se trataba de una historia de amor o de una historia policiaca. El cuarto se seguía llenando del humo del tabaco de Héctor y de la sonrisa triste de la muchacha de la cola de caballo; y la presencia del estrangulador se había ido borrando paulatinamente como si alguien con una fina goma hubiera dedicado un cuarto de hora de su tiempo a pasarla suavemente una y otra vez sobre los perfiles de las manos de la muerte.

Y aun así, a pesar de que el estrangulador ni siquiera era una sombra, no se habían decidido a hablar. Habían caminado silenciosos por la calle envueltos en los ruidos del tráfico y resintiendo los silencios que se hacían de repente y que ellos no llenaban con palabras. La mujer de la cola de caballo lo había conducido por el camino hasta depositarlo en la puerta de la casa. Había subido sin timidez, como si fuera la dueña, la habitante indiscutible de aquel departamento, y sólo se había detenido un instante para que Héctor pusiera la llave en la puerta y la abriera.

Incluso había preparado el café y abierto la ventana. Desde entonces se habían instalado allí, a contemplar.

Tras la reacción largo tiempo contenida, Héctor había acumulado las preguntas, y sólo la soledad de los últimos tiempos le había permitido almacenar la cantidad de paciencia que necesitó para quedarse callado, observando, dejando que la mujer le entrara por cada milímetro de los ojos, por cada uno de los poros.

El silencio se le había empastado en la garganta y después de tres horas, las palabras ya no salían aunque estuviera listo para empezar a soltarlas.

Héctor entonces escuchó la voz ronca de la mujer-muchacha que contaba su historia...

V

La historia de la muchacha de la cola de caballo

*Que prefiero contarlo antes
de que me lo pregunten.*

FAULKNER

Casi sin darte cuenta, te viste montando un caballo en un rancho con un lago en el centro bordeado de sauces. No se podía recordar cuando el padre había sido pobre. Se sabía desde lejos, por comentarios oídos al azar, que había sido dirigente del sindicato de Trabajadores de Obras Públicas y que había terminado de socio mayoritario de una Financiera. La política rondaba por las mesas de caoba y los puros y los coñaquitos y los visitantes dominicales del rancho. A los 18 años tenías un coche deportivo y te ibas con tu hermana a comprar ropa a Los Ángeles cada año. A los 18 años permanecías virgen y habías restregado meticulosamente tu cuerpo con una docena de muchachos en las fiestas de salón familiar, playas acapulqueñas, bosques y discotecas. Habías estudiado ballet clásico en la escuela de danza y sabías tocar pasablemente el piano. A los 18 años tenías a tu nombre sin saberlo el 53% de una fábrica de muebles, el 67% de una fábrica de materiales de construcción, el 31% de un fraccionamiento, acciones de la siderúrgica más grande del país; la propiedad total de una compañía constructora de caminos, dos ranchos tomateros en Sinaloa y una empacadora de frutas en Veracruz. Tenías chequera propia y eso sí lo sabías aunque eras comedida en gastarte el dinero. También tenías un diario abandonado, tres muñecas de infancia sobre la colcha rosa de la cama, una colección de hojas disecadas, un perro *french poodle* llamado «Alain Delon», un ejemplar del diario de Ana Frank y una colección de fotos del viaje por Europa. Tenías incluso un novio inestable al que no dabas demasiada importancia, y un afecto entrañable por tu hermana.

¿El mundo era puro? Más bien, era elemental. Resultaba tan fácil, a veces tan aburrido. Porque el papá era una sombra que te acariciaba el pelo y que desaparecía largas temporadas, la mamá alguien a quien las sirvientas

recordaban y de la que decían: «La pobre señora sufrió tanto». La pobre señora de la que conservabas una foto y un nublado recuerdo que casi se confundía con la foto misma.

Pero tenías una hermana mayor que inventaba juegos, que daba consejos, que creaba problemas, que animaba la vida y la hacía complicada. La que le sacaba los permisos a papá, la que jugaba con los adolescentes propios y ajenos, incluso con tus pretendientes, y te introducía en el juego de los coqueteos y las aproximaciones y desviaciones.

¿El mundo era más suave? Quizá simplemente más agradable, más fácil de tomar entre las manos. Por eso, cuando descubriste a tu hermana en fuga a mitad de la fiesta, cuando la seguiste y descubriste a su acompañante (un muchacho hijo de un político profesional, con un bigote incipiente, y que hablaba del sexo y de la psiquiatría y de las casas de juego de Nevada), cuando la viste meterse con él a la cama y sudar, saltar uno sobre el otro, acariciarse torpemente, perseguir un orgasmo simultáneo que tuvo que ser fingido por ambas partes, algo se rompió en tu interior y dejaste de hablar con tu hermana por lo menos una semana. Pensaste en hacer tuya esa experiencia. Elegiste a un muchacho que te perseguía fielmente, al que le sudaban las manos y que tenía un metro noventa de estatura. Lo dejaste hacer, y torpemente te desnudaste no para él, sino para ti misma y para tu propia hermana. Una experiencia desafortunada. Ni siquiera perdiste la virginidad, te ridiculizaste ante ti misma, y todavía tuviste que escuchar cómo él hablaba de una historia que no habías vivido, cómo él contaba a otros que te había llevado hasta la cama.

Quizá fue por eso que llegaste a refugiarte en María Elena, compañera de colegio de faldas escocesas por uniforme, lectora voraz de Dostoievsky y de Agatha Christie. Con ella pudiste recobrar la pasión perdida y construir nuevas aventuras (en la cabeza y en los hechos). Inseparables, se escapaban al cine Prado a ver un par de películas pornográficas, telefoneaban al director de la escuela para decirle lo enamoradas que estaban de él, y gozaban anticipadamente las vacaciones, los libros, las películas, las carreras en coche por Tecamachalco burlando «tamarindos», las vacaciones en Nueva Orleans, los viajes a Sao Paulo.

¿Eran la nueva aristocracia? No, quizá tan sólo una parte inconsciente del

cáncer. Sin embargo, habían llegado a los 20 ambas vírgenes, refugiadas en un mundo aparentemente superior al del sexo, y despreciaban, se burlaban, avergonzaban a sus posibles conquistadores. Ustedes eran diferentes y cuando ambas se pusieron lentes, y cuando las dos comenzaron a estudiar arquitectura medieval y a leer como desesperadas historias de las sectas religiosas del siglo XIII, cuando dejaron de ir a las fiestas de las compañeras de escuela, cuando se aficionaron a beber jerez español mientras estudiaban, cuando dejaron de ir al cine y abandonaron la insensata idea de comprarse un par de motocicletas para ir a Panamá, entonces, comenzaron los rumores. Porque en la fiesta que se organizaba a la salida de la escuela, donde los coches ruidosos de los adolescentes hijos de millonarios se paraban y ostentaban y lucían esperando la presa, y las muchachitas de la falda escocesa encontraban mil y un artilugios para acortarla, para levantar el busto, para cambiar las calcetas por las medias, ustedes que eran las decanas se rebelaban al juego. Entonces alguien dijo que no les gustaban los hombres. Y hubo que soportar el chisme y asumirlo.

¿Eran dos lesbianas en potencia? No, ni mucho menos. Aunque a fuerza de sentirse aisladas en el rumor, y casi como un juego, llegaron a tener un par de momentos extraños, aparentemente amorosos, sin duda sexualizados, un par de momentos de las dos desnudas, tomadas de la mano contemplándose. No hubo más. Sólo un aislamiento que aumentaba y que no importaba demasiado. Cuando llegó la Universidad, tu hermana te trataba como una extraña, y los choques caseros por minucias aumentaban.

Tenía un novio odioso, energúmeno, dueño de una cadena de mueblerías, con el que jugabas al gato y al ratón, ofreciéndole una mano, un tobillo, una visión fugaz del muslo entero, para luego acostarse, con el jardinero y el chofer sin grandes complicaciones metafísicas.

En la Universidad descubriste a tu padre. Diez años tarde. Descubriste su carrera de líder sindical vendido, sus compromisos con el gobierno, la venta de plazas, los grandes negocios al actuar como contratista usando fondos sindicales, la huelga vendida, su carrera como banquero y financiero. No dejó de asquearte, y al volverlo a ver una tarde después de la comida a la que por costumbre no llegaba, lo viste diferente, y no respondiste a su caricia ni a su saludo. La casa había quedado muerta. Sólo tu aventura con María Elena que

se prolongaba sin fin. El movimiento de 68 se rompió dentro de ti como un cajón de copas finas. Te acercaste a las manifestaciones; incluso, durante la represión, guardaste un mimeógrafo en el garaje de tu casa. Compañeros anónimos y no por ello menos intensos en la relación, noches en vela discutiendo, trabajo de brigadas, a pie por las colonias populares, fogosas asambleas. Todo como una ola que atrapaba y arrastraba a un océano sin fin. Compartiste con María Elena el azoro y la sorpresa, el choque y la esperanza, aunque siempre guardando una última distancia, manteniendo un cierto territorio reservado ante la entrega total, que te avergonzaba y enorgullecía. Ambas constituían la única población de ese diminuto Estado con sede nómada (el coche de una, el rancho, un café descubierto, un parque, el cuarto de ella en el sótano de su casa, una playa, una calle). Cuando la represión se inició te salvaste de casualidad, y aumentaste la distancia. Rotos los lazos con la escuela tomada por el ejército, sin nexos militantes, sin compañeros, te limitaste a pequeñas tareas fraguadas en común con María Elena (pegar unas pegas en los restaurantes de la burguesía, romperle la antena del carro al ministro de Hacienda que comía con tu padre, participar en dos mítines relámpago). Sin embargo, la brecha se iba abriendo y el dos de octubre estabas tomando el sol en Cuernavaca cuando el resto de la gente iba hacia la plaza de las Tres Culturas. Recibiste el *shock* y la presencia de la muerte de cerca y de muy lejos. Tu padre se congratulaba del país que volvía a sus manos. Pensaste en matarlo, en envenenarlo. Pero el tiempo caía sobre ti, y el único consuelo fue que María Elena compartía fielmente todo aquello. El regreso a clases fue volado. Te abstuviste porque ya no entendías nada. El 4 de diciembre regresaste a la escuela.

Pasaron cuatro años. Y todo se repetía con pequeñas variantes. Una experiencia más triste se sumó a las anteriores. En París hiciste a medias el amor con un checoslovaco exilado de la Primavera de Praga, que media hora después lo hizo con María Elena. La experiencia fallida unió más, y por vez primera se unieron en la cama en un acto amoroso titubeante y bastante más culpable que exitoso. Se abrió una cercanía pero también una distancia.

En el ínterin se fue al carajo el amor por la arquitectura gótica y las sectas religiosas del siglo XIII, se fueron a la mierda los estudios de psicología, y la Universidad entera. Pasó el 10 de junio y la nueva masacre. Y entonces María

Elena se casó con un arquitecto alemán, y rumiaste la soledad al negarte a compartir con ellos sus felicidades, sus ronroneos, sus nuevos intereses.

¿Sólo sucesiones de acontecimientos? No, mucho más y mucho peor, porque la vida pasaba y la soledad se convertía en la boca del monstruo que todas las noches llegaría bajo la cama y apenas si lograba hacerlo huir tu despertar inquieto y terrible. Trataste de llenar la soledad y la cama con un pretendiente sacado de los arcones de tu padre, y su prepotencia, su arrogancia, te acabó de hundir.

Por eso, cuando intentaste regresar a tu hermana, inexplicablemente soltera, codiciada, hija de las crónicas del Jet Set, descubriste en ella un interminable vacío. Nada quedaba por hacer. Un largo viaje a la India que terminó en la soledad de las Pirámides de Egipto no cambió nada, y sólo hizo más grande el vacío interestelar, amplió tu visión de las estrellas, los atardeceres, los seres humanos vistos como superficies.

Y cuando descubriste que tu hermana en medio de una borrachera atroz se había metido en la cama de tu padre y éste había contestado las caricias, y ahí, envueltos en un nudo maldito... Entonces todo el hogar se volvió un monstruo amenazando tragarte y te encerraste en el cuarto negándote a comer. Sólo para salir al oír la noticia de que tu hermana se había disparado un tiro en la boca con la vieja pistola de cachas nacaradas de mamá. Del cadáver tomaste la cinta de cuero con la que amarraba su pelo y la pusiste en el tuyo.

Entonces, saliste a la calle a buscar a un estrangulador que tomara tu cuello entre sus manos y te liberara al fin.

Y rondaste y rondaste interminablemente, hasta descubrir a ese personaje notablemente seguro llamado Héctor Belascoarán Shayne de oficio detective, que hablaba de la muerte en televisión como si ésta nunca hubiera existido. Y comenzaste a seguirlo para poner tu cuello entre sus manos. Así sea. Así fue.

VI

*Las gentes son tan tontas que no saben
que es la policía quien las protege y guarda.*

EMILE GABORIU

Cuando la muchacha de la cola de caballo terminó de contar su historia, Héctor tenía la cabeza convertida en un pedazo de queso gruyere, llena de agujeros por donde entraban y salían las ideas más inverosímiles. Ella había vuelto a acodarse en la ventana, las sombras habían caído en la calle y sólo se escuchaba el *click* del cambio de luz del semáforo de la esquina. Héctor pasó la lengua por los labios resecos del tabaco y contuvo un suspiro. Las manos sudaban, los pies cosquilleaban, la pistola en su funda reposaba inmóvil, pero situada ahí, en el punto donde debería estar, hacía presión sobre la conciencia.

Intentó varias veces hablar, pero las palabras no salían por la garganta reseca. La muchacha abandonó la ventana y se fue hacia una cafetera eléctrica que debería estar en la cocina. Héctor, inmóvil en las sombras del cuarto encendió un cigarrillo que le supo como los anteriores, a cobre. La brasa iluminó su cara y sirvió de referencia a la muchacha que traía dos tazas de café en las manos.

Héctor fumaba en silencio, consciente de la presencia de la muchacha ante él, sentada cerca de sus piernas en la alfombra, mirándolo de frente y ahora sí, a la espera de una respuesta.

Héctor tendió la mano y esperó hasta que la mano de ella llegara a la suya. La mano había viajado del regazo hasta sus dedos rompiendo en el camino defensas como telarañas, viscosas enredaderas en el aire cargado de la noche.

—Putra madre, qué mierda —dijo Héctor.

Ella se acercó hasta ti, acomodó su cabeza en el hombro, depositó su cola de caballo en el pecho de Héctor y empezó a llorar.

Habían venido hablando en voz alta mientras subían la escalera, y sólo bajaron el tono de voz cuando se detuvieron ante la puerta del departamento. Venían con bolsas de pan, carnes frías, latas de pimientos, botes de aceitunas y un par de botellas de vino rosado. Lucían un par de sonrisas muy *ad hoc* para una cena familiar, o al menos para una cena íntima de la parte joven de la familia. Había un aire de complicidad entre ellos que indudablemente pensaban transmitir a Héctor, incorporarlo a esa tarde amable que se estaba volviendo noche, a esas palabras cálidas, a esa discusión suave y sin asperezas («estamos tan de acuerdo que casi da asco», había dicho Carlos y Elisa había reído), a ese ambiente mágico que rodeaba los clubes de piratas, los primeros noviazgos, las relaciones entre hermanos afines, los reencuentros en los aeropuertos de los militantes exilados.

Elisa fue la primera que notó que la puerta estaba abierta. Carlos el que empujó.

Ambos trataron de ubicar algo en la sombra que llenaba el cuarto. La tensión golpeó como un relámpago en la conversación. Dudando, iniciaron la entrada. Carlos iba a gritar en voz alta el nombre de su hermano, cuando vio la sombra sentada en el suelo.

La brasa de una enésima colilla brillaba entre los labios. La muchacha se acababa de quedar dormida en el regazo de Héctor.

—Shhh —dijo Héctor y arrojó la colilla por la ventana entreabierta en un alarde que había podido ensayar varias veces en las últimas horas de la tarde y en cuya experimentación había quemado el piso cuatro veces.

—Volvemos al rato —susurró Elisa.

—Veníamos a... —dijo Carlos y sonrió haciendo un movimiento para salir.

—Pasen y cierren —musitó Héctor con la voz más ronca que de costumbre.

Los hermanos siguieron la orden obedientes. El tono de Héctor imponía.

Tratando de hacer el menor ruido posible, se deslizaron hasta la alfombra y junto con ellos los paquetes de la supuesta «cena familiar». Fueron rompiendo el ceño duro (ah, el pasado irlandés puritano y ceñudo), hasta que les asomó en la cara una perfecta sonrisa de circunstancias («¿y qué estoy yo

haciendo aquí?» parecían decir con la mirada).

Héctor presentó a la muchacha dormida:

—Ella es la muchacha de la cola de caballo —dijo. Lo demás lo dio por supuesto.

—Ah, bueno —susurró Carlos.

—Mucho gusto —dijo Elisa.

—Se me había olvidado la cena —escupió Héctor. Y luego dejó resbalar suavemente a la muchacha hasta el suelo. Acomodó la chamarra como almohada y se levantó.

Caminó hasta la cocina, encendió la luz y cerró la puerta tras ellos.

Continuaron hablando en susurros un rato aunque ya no era necesario.

—¿Quién...? —preguntó Elisa.

—Una muchacha... —respondió Héctor.

—¿Pero...? —preguntó Carlos.

—No, no es *el estrangulador*.

—Ah, vaya —suspiraron a coro Carlos y Elisa.

Rieron suavemente los tres.

—Qué, ¿hacemos la cena?

Y mientras descorchaban las botellas y abrían las latas y despegaban el papel de cera del queso amarillo y cortaban el pan negro y desempolvaban cuatro platos, Héctor les contó una teoría.

—Resulta —comenzó Héctor mientras trataba de sacarle el moho a una pipa vieja, recuerdo de la preparatoria, que acababa de aparecer junto a un abrelatas alemán recuerdo de sus exsuegros— que, en todas las novelas policiacas que se dignan serlo, el culpable es uno de los personajes previamente analizado. Para que el lector pueda sorprenderse y decir: «Claro, ya lo pensaba». El factor sorpresa surge del descubrimiento de la identidad entre ese personaje y su máscara, y el asesino. Es como un caso de solución antiesquizofrénica, la personalidad desdoblada se reúne. Cura mágica. Así, el mayordomo y el asesino son el mismo, la dama inválida y el asesino son el mismo...

Dejó que la idea flotara en la cocina y aprovechó para encender la pipa. Varias toses después, porque el tabaco estaba soberbiamente seco, concluyó:

—Entonces...

Los hermanos lo observaban sonrientes, complacientes, cómplices. Era aquella, una de esas locuras compartidas que unen o separan hasta a las mejores familias, y ellos habían decidido que unía, estrechaba el lazo solidario entre los tres. Habían seguido manipulando entre las ollas y los panes, los vasos y las latas. Sólo Héctor, en su papel de expositor, estaba arrinconado entre el fregadero y la estufa.

—Entonces... —Y sacó una lista arrugada del bolsillo superior de la camisa.

—¿Esos son los personajes? —preguntó Elisa.

—Estos son. Primero leamos, luego analicemos:

Mi exesposa, Claudia.

El señor Duarte, gerente de mi exfábrica.

Gilberto el plomero.

Ana María y Teodoro (amigos del detective, o sea yo).

Pedro Ferriz y Juan Ruiz Healy (animadores del Gran Premio).

El jefe de la policía metropolitana.

Mónica.

—¿Cuál Mónica? —preguntó Carlos.

—Una Mónica —respondió Héctor.

—Ah.

—Carlos y Elisa, o sean ustedes.

—La muchacha de la cola de caballo.

Hizo un gesto hacia la suave presencia de la sala.

Y ya, pensó, esos son todos. Puta mierda, valiente lista de sospechosos más jodida, pensó Héctor. O más bien, repitió lo que ya había pensado cuando la elaboró.

—¿Son todos? —preguntó Carlos medio decepcionado.

—No parece demasiado serio —comentó Elisa.

—No —reconoció Héctor, y guardó la lista en la camisa.

Pero Carlos, divertido, no quería dejarlo allí.

—Falta alguien —dijo y miró a Elisa sonriente.

—Claro, ¡falta alguien! —gritó Elisa alborozada.

—¿Quién? —preguntó Héctor.

—¡Tú! —respondieron a coro.

Mientras se reían, Héctor, decidido a no dejar cabos sueltos, ni siquiera en los juegos, se prometió a sí mismo confirmar las coartadas del gerente de la General Electric, y de Pedro Ferriz y Juan Ruiz Healy.

—Por si las dudas —dijo en un susurro sin esperar respuesta.

Elisa colocó la cena en un par de charolas y tomando una salió de la cocina.

—¿La despertamos? —preguntó Carlos, señalando con la cabeza camino a la sala.

Héctor asintió.

—Se ha ido. —Elisa asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Héctor saltó hacia la sala tropezando con sus hermanos. Una sola mirada reveló la ausencia de la muchacha. La chamarra que había usado como almohada estaba solitaria y abandonada en el suelo. La puerta entreabierta permitía el paso de una corriente de aire. Héctor sintió a través de esa pequeña brisa que subía de la calle que la muchacha acababa de salir y se lanzó hacia las escaleras. Descendió los peldaños de tres en tres.

Llegó a la calle con el corazón saltando en el pecho. ¿Por qué carajo era tan importante que no se fuera?, pensó. Porque la necesitaba, porque él la necesitaba. La calle aparentemente estaba desierta. En el semáforo de la esquina se encontraba detenido un taxi y a su lado un Volkswagen rojo. Las luces de mercurio daban un tono verdoso a los coches estacionados, los árboles, las puertas cerradas. En la esquina, la cabina telefónica brillaba como una señal, como un faro. Lo mismo la del anuncio luminoso del Dairy Queen de Avenida Veracruz, dos cuadras más allá.

La muchacha no estaba. Escuchó el arrancar de los dos coches detenidos en el semáforo, los ruidos lejanos del tránsito, una musiquita vaga y dulzona que venía de la televisión de alguno de los departamentos de planta baja del edificio de enfrente. Respiró profundamente llenándose los pulmones de aquella noche brillante.

Entonces sonó el primer disparo para obligarlos a los tres a aceptar que la muerte sí estaba a la vuelta de la esquina.

Sonó como un trueno cercano. De la ventana a tus espaldas saltaron los vidrios. El fogonazo había partido de atrás de una camioneta estacionada: «Huevos de Granja el Rey». La noche se quebró como un espejo. Las ondas saltaron en tu cabeza como en un estanque roto por una piedra traviesa. ¿Qué te cruzó por la cabeza? ¿Qué pensaste?

El caso es que esbozaste una sonrisa. Y dijiste en un susurro ronco:

—¡Putra madre...! ¡La pistola! —Cuando la mano buscó instintivamente el lugar donde debería estar y no estaba. El segundo fogonazo te hizo saltar hacia el interior del edificio. Un golpe en la pierna. Subiste las escaleras corriendo y cojeando. Se oían gritos en el cubo de las escaleras que no pudiste identificar. Tropezaste con tus hermanos que bajaban corriendo y tuvieron que volver a subir tras tu intrépida carrera cojeante. Revolviste los cajones de la cocina hasta encontrar la pistola que habías cambiado media hora antes por la pipa. Los vidrios de tus ventanas volaron hechas pedazos, las balas silbaban. Estaban tirando con una ametralladora. Bajaste el *switch* en la cocina y te arrastraste hasta la ventana. Los gritos se oían por todo el edificio.

—Atora la puerta —le gritaste a Carlos, que estaba en el suelo.

Desde la ventana, la noche había vuelto a tomar su carácter apacible. Unas sombras se movían hacia la esquina de la tienda de abarrotes. No disparaste por miedo a herir a los mirones que ya se estarían juntando. ¿Estarían subiendo las escaleras? ¿Ya no podías quedarte en la casa? Lleno de súbita resolución te quedaste mirando la calle como navegante español contemplando la tierra desde un galeón.

—Agáchate, güey —dijo Carlos.

—Ya se fueron.

—Tienes una herida.

Elisa se acercó de rodillas hasta tu pierna.

Sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién chingaos? —preguntaste.

—¡Policía! —respondió una voz rugosa.

La casa estaba sembrada de vidrios, los muebles tirados en el suelo. Menos mal que no eran muchos. Una mancha de sangre al lado de la ventana. Algunos focos habían saltado, la única luz era la de la entrada.

—No entiendo, señor Belascoarán, que usted que es una persona fina, se haya metido en esos líos. Estas cosas hay que dejarlas para los profesionales. Yo... no hubiera ido a su fábrica a enseñarle ingeniería...

Caminaba pisando los vidrios, incluso hallaba cierto placer maligno en irlos reventando en pedazos más pequeños. Héctor estaba tirado en el suelo. La pierna extendida. La bala había atravesado la parte carnosa y había salido dejando una herida sangrienta pero sin importancia, quizá hubiera sido sólo un pedazo de bala que había rebotado en la pared. Se prometió a sí mismo buscarla.

—Es más, si yo fuera ingeniero, no andaría perdiendo el tiempo en este oficio... Este oficio ingrato.

Por el ruido que hacían, parecía evidente que los ayudantes del comandante estaban haciendo trizas el cuarto de al lado. Mientras registraban, Carlos y Elisa tomaban café en la cocina vigilados por un sargento patrullero armado con una ametralladora. Por el murmullo, tras la puerta estarían los vecinos.

—Nos pone en una situación molesta, enojosa, ¿sabe usted...?

Lo bueno del diálogo de sordos emprendido con el comandante es que hacía evidente que no necesitaba respuesta. De repente se detuvo y se quedó mirando fijamente. Era un hombre robusto, achaparrado, al que los trajes de Roberts que usaba, nunca le quedarían bien; con un bigote de aguacero sólido, imponente, y un pelo muy corto, casi cortado al cepillo, que le quitaba algunos años de encima para ponérselos en las bolsas bajo los ojos. Todo un personaje.

—¿Quiénes eran? Y no me venga con la mamada de que el estrangulador. Los estranguladores no tiran con ametralladora. ¿Quiénes eran?

Héctor alzó los hombros.

—Le estoy haciendo una pregunta.

—No lo sé. Yo tampoco creo eso del estrangulador.

Era cierto, todo desencajaba. Pero ¿cómo explicarle a este hombre formado a la sombra del latifundista, pistolero de pueblo, policía extorsionador de gran ciudad, guardaespaldas de funcionario, mayordomo de academia norteamericana de policía en cursos especiales, ladrón de borrachos, cómplice de la trata de blancas, traficante de heroína, jefe de grupo de policía encargado de detener al estrangulador, cómo explicarle todo?

Me está cruzando por la cabeza quitarle la licencia, quitarle la pistola y meterlo en la cárcel unos meses mientras se averigua.

—No va a poder —respondió Héctor sonriente—. Tengo que presentarme el sábado a la final del Gran Premio de los 64 mil.

—Cierto, cierto —respondió el policía sonriendo a su vez.

—¡Germán, Álvarez! —los subordinados registradores aparecieron por la puerta de la recámara—. Vámonos.

—¿Sabe qué, señor Belascoarán? Yo también me divierto con las novelas policiacas. Que tenga suerte el sábado.

Salieron por la puerta uno tras otro. El comandante que cerró la marcha observó por última vez el cuarto destrozado y sonrió.

—Alguien le tiene mala fe, mi amigo...

Salió. Héctor suspiró a fondo. Iba a necesitar mucho tiempo para que la cabeza pudiera volver a producir pensamientos en orden.

—Pero no es el estrangulador ese de cagada. Ése sólo mata viejas —dijo la cabeza del comandante de la policía que volvió a surgir en la puerta entreabierta para desaparecer inmediatamente.

Héctor esperó un instante antes de levantarse apoyándose en una silla caída en el suelo. Se asomó a la ventana y esperó hasta ver al comandante subir al coche negro con antenita y arrancar.

Mientras aspiraba el aire frío de la noche, sus hermanos se le acercaron y lo tomaron de los brazos.

¿Qué carajo estaba pasando?

Nunca tan solo, tan endiabladamente solo como ahora. Nunca tan desesperadamente solo como ahora. En el cuarto sin luz, por el que el frío circula alegremente traspasando la ventana con los vidrios rotos; en la noche tensa de silencios y ruidos lejanos, con las muñecas de ambas manos sudorosas, Héctor Belascoarán Shayne contempla su desolada imagen en el espejo roto iluminado suavemente por el neón distante callejero. Y sin embargo, es su soledad la que le da su fuerza, y siempre así ha sido. Mientras el exterior no muestre el avance corrosivo de ese cáncer interno que es la soledad, ésta no existe confirmada desde afuera. Es guardar las apariencias hasta en los momentos en que sólo hay un ser humano ante quién cubrirlas: uno. Este dejar pasar la noche en medio del miedo que lo atrapa, lo alucina, lo cubre. Este seguir viviendo.

Héctor se refugia en el último rincón de sí mismo. Los nervios de la cara agarrotados, ni aun esa sonrisa de último mortal ha roto el cerco de este miedo terrible, de esta soledad despiadada.

Y así, las horas pasan y pasan, y repentinamente, cuando las lágrimas ya salen de los ojos casi sin que éstos lo quieran, Héctor se levanta, enciende un cigarrillo y se reconstruye. Va poniendo pieza a pieza, levanta castillos en el aire que se prenden con los alfileres de la supervivencia. «No regresaré. No volveré. No regresaré». Casi escucha su voz que nunca ha sido dicha.

Cuando al fin amanece, el espejo confirma y desmiente.

Allá a lo lejos, puede ser que en el Lago de Chapultepec, los barcos quemados continúen ardiendo. El humo se eleva como llevando un mensaje.

El sol te da en los ojos, la barba te ha crecido. Sigues vivo.

Y decides que, por qué no, que unos huevos con jamón en la lonchería La Rosita, que una afeitada, que otro cigarrillo. Que el cazador regresa hacia la caza.

Si Darwin lo viera, diría que ha pasado la prueba de la selección de las especies en esta Ciudad de México, en este año del Señor, en este invierno nuevo.

Cuando llegas a la calle, comienzas a silbar una tonada, un tango de Gardel, por qué no. Las huellas de la batalla han quedado borradas.

Pero las huellas de la otra batalla no habían quedado borradas y la portera amenazó muy seriamente con hablar con el dueño del edificio para correrte de ahí, y al salir a la calle un policía bastante torpe comenzó a seguirte, y al caminar cojeabas lamentablemente, y los vidrios rotos estaban regados frente al edificio, y las huellas de bala en la pared, y los niños te seguían como quien sigue a un cirquero. De manera que saliste de ahí lo más rápido que pudiste rumbo a la oficina; y en el Metro, aprovechando el run run, comenzaste a ordenar las ideas, o más bien los propósitos:

1. Volver a introducirse en el ambiente de la búsqueda del estrangulador, diseñar un nuevo plan, reorganizar el ataque.
2. Reencontrar a la muchacha —la mujer de la falda diminuta y la cola de caballo—. Y por qué no, terminar de enamorarse de ella.
3. Averiguar quiénes trataron de matarlo y por qué.
4. Ganar el Gran Premio de los 64 mil.

Cuando salía del Metro la voz anónima del sistema de sonido local lo sacó de su ensimismamiento. Habitualmente el Metro era el lugar más adecuado del mundo para pensar, nada se cruzaba en el orden infrahumano que lo controlaba. Héctor ahí podía dejar de vivir en términos impresionistas y se volvía un aparato pensante hasta que los símbolos de la estación mecánicamente lo obligaban a bajar, a transbordar, a detenerse, a buscar la salida.

Un grupo de obreros pasaron gritando a su lado. Iban en fila de tres en fondo. No serían más de cincuenta, pero aullaban como condenados. Había en ellos un algo extraño, un tono festivo poco habitual en lo que Héctor había decidido que era una huelga obrera:

—¡Spicer! ¡Spicer! ¡Spicer! ¡Spicer! ¡Huelga de hambre solución!
¡Huelga de hambre solución! ¡Huelga de hambre solución!

—*Señores trabajadores de Spicer, se les ruega que guarden compostura, se encuentran en una instalación...*

Un grito desgarrado respondió:

—¡¡¡Ante las transas patronales!!!

Y un aullido colectivo remató:

—¡¡*PODER OBRERO!!*

Dos policías que se habían asomado al calor de los gritos, prudentemente se hicieron a un lado. Incluso el policía que seguía a Héctor y al que éste descaradamente se le quedó mirando, se hizo ojo de hormiga. Héctor feliz, se juntó con la bola y aprovechó la marcha para que le abrieran camino a la salida de la estación.

Los trabajadores subieron las escaleras del Metro Allende cantando una sorprendente canción que repetían como *slogan* incansable: «No nos moverán y el que no crea que haga la prueba. No nos moveraaaán».

Los vio irse rumbo a la Cámara de Diputados con una cierta nostalgia, y se encaminó cojeando penosamente hacia la oficina. Subió las escaleras como pudo y se detuvo ante la placa:

BELASCOARÁN SHAYNE: Detective.

GÓMEZ LETRAS: Plomero.

Gilberto interrumpió su meditación trascendental. Venía del baño del fondo del pasillo y manipulaba trabajosamente la bragueta.

—Jefecito santo, ¿ya agarró al matoso de sus pesares?

Héctor le dirigió una mirada despectiva.

Entraron a la oficina juntos y pese a los intentos que Héctor hacía para ocultar su cojera, Gilberto que no en balde era un sagaz plomero, lo cachó a las primeras de cambio.

—Otra vez lo jodieron a usted, mire nomás. Seguro que lo pateó algún hijo de la chingada.

—Tengo una herida de bala, güey —respondió muy dignamente Héctor.

—¡Ah, cabrón! —respondió el plomero muy serio. Y pasando del choteo al respeto, en uno de esos chaquetazos ideológicos tan de Gilberto, hizo a un

lado una silla para que pasara más fácilmente el detective.

Le acomodó la mesa y una silla para que pusiera la pierna herida. Abrió la ventana.

Los sonidos infrahumanos subían de la discotienda: No te quieres enterar, YEEE YEEE, que te quiero de verdad, YE EE YEE YEE YEEE.

—Ahí le van los recados: Vino una ancianita, una señora ya grande, como su abuelita, yo digo...

—La suya —respondió Héctor.

—Sin mamadas, que bastante hago además de la plomería, con hacerle de secretaria sin sueldo extra.

—¿Qué? ¿Zalamera la ancianita? ¿Le hizo algunas gracias? Porque usted, con lo cabrón que es, seguro que trató de bajarle los calzones...

El plomero Gómez Letras optó por respetar al herido en lugar de arrimarle un tubazo que es lo que se le estaba antojando. Quién quita y a lo mejor el balazo había sido más grave de lo que parecía.

—Dejó dicho que regresaba, que tenía cosas importantes de contar. Luego trajeron estas dos cartas —se las tendió solícito. Héctor las colocó a un lado del escritorio—. Vino el de la renta. Llegó un güey con muy mala estampa, a vender lotería. Y volvió el vecino a ver si quería hacerle usted una chamba. Parece que está convencido de que su vieja le pone los cuernos, y como sé que usted no acepta chambas de ésas, quedé de acuerdo con él en que yo iba a hacerle un trabajo de plomería ahí a su casa, a ver si averiguaba algo y si la vieja es tan coscolina como dice, pues a ver si cae. Se lo cuento porque le dije que en los trabajos esos yo actuaba como su ayudante.

—Le pondrá en la nota: «Plomería y anexos», para que pueda descontarlo de los impuestos.

—Llamó el productor del Gran Premio para decirle que el sábado, recordara usted... Le dije que dejara unos pases para su gran amigo Gómez Letras, allí en la puerta del estudio, o sea que si le vuelven a hablar...

«Carajo», pensó Héctor. Qué animada había estado la oficina. Pero Gilberto sólo estaba tomando un respiro antes de continuar:

—Habló un señor, como ruso, que se comunicara a este teléfono —pasó una tarjeta mugrienta con un par de números penosamente anotados—. El número de abajo es de un gachupín que dijo que era su vecino, que lo quería

invitar a cenar. Y además, hablaron varias veces sus hermanos. Y vino una güerita bastante pasable, con cara de estudiante. Y... chingue usted a su madre, porque ya me voy a la talacha.

Y dicho y hecho, tomó su bolsa de trabajo y salió:

—Ahí me toma los recados, le confirma al viejo de al lado lo del trabajito, y me aparta los pases para el jueves.

«Y ahora, ¿cómo demonios ordeno esto?», se dijo Héctor a sí mismo.

Pero el sol había comenzado a entrar por la ventana. Seguía vivo y de buen humor, y se dio un respiro para resolver el crucigrama del *Ovaciones* con fecha de hacía un mes, donde había tomado nota de los recados de Gilberto.

Estaba en «Famoso río senegalés, afluente del Nilo» cuando la viejita encantadora a la que Gilberto podía haber intentado bajarle los calzones, asomó por la puerta.

—¿Se puede, joven?

—Pásele usted, señora, siéntese. Disculpe que no me levante —respondió Héctor entre servil, amable y divertido.

La anciana tomó asiento frente a él y lo observó en silencio y con cuidado, buscando una impresión total de todos los detalles. Héctor imitó el procedimiento: una mujer de unos ochenta años, con ojillos vivaces tras unos lentes de aro, un traje negro, largo, hasta el tobillo, con un cuello blanco. Pelo muy blanco, anudado en la nuca en un rodete, pecas en la cara, nariz recta, muy firme, una sonrisa maliciosa. No pudo ir más allá.

—Lo que vengo a decirle es absolutamente confidencial. Lo he observado por televisión, hablé con una señora amiga mía que conoce a su mamá, y he estado averiguando algunas cosas sobre usted. Perdona mi intromisión. El caso es que me inspira confianza. Voy a regalarle el archivo de mi difunto esposo, famoso abogado en lo criminal. Sé que él estaría contento de que alguien como usted conserve ese material tanpreciado para él.

VII

*Él había de efectuar sus
cálculos contando con un amplio
margen de error y con una serie de
azarosas coincidencias probables.*

ROBERT VAN GULIK

El regalo de la anciana lo dejó sorprendido. De repente había sentido como que su vida de detective privado no terminaba, como siempre había pensado, en aquel momento tan cinematográfico, frente a frente con el estrangulador, solos, contemplándose, sino que podía ser un oficio.

Cuando la anciana abandonó el despacho Héctor se quedó meditando. Luego, sacudiendo la indecisión, tomó el viejo ejemplar de *Ovaciones* donde había anotado los recados de Gilberto y empezó a darle salida, curso, expediente; como si ordenadamente el mundo caótico de Belascoarán hubiera tomado la forma de una oficina burocrática más o menos eficiente.

Dijo en voz alta:

—Dos cartas. Leerlas.

Señor Héctor Belascoarán Shayne, bla bla bla...

La Academia Internacional de Detectives Argentinos, registrada en los anales de la Ciencia de la Deducción como la más prestigiosa del Continente, se complace en informarle que tiene a la disposición de usted, así como a la de otros distinguidos colegas suyos, a los que pueda usted poner en conocimiento, un curso especializado sobre detección, ubicación, reflexión inicial y manejo de impresiones digitales.

Dicho curso, que se acompaña con la dotación de un laboratorio casero, típicamente manuable y de fácil adaptación a sus necesidades laborales, está limitado a sólo 16 figuras de la investigación parapolicial en nuestro Continente. Habiendo cedido dos de esas plazas a su país por considerarlo de gran importancia, le suplicamos a vuelta de correo nos informe adjuntando 36 dólares en cheque postal o giro bancario, si desea recibirlo.

*Queda de usted, Huberto Santoángel Williams, secretario adjunto.
Rivadavia 1021... Bla bla bla.*

—Carajo —dijo Héctor—. Huberto Santoángel Williams... Puta, qué buen nombre. Casi tan bueno como Héctor Belascoarán Shayne.

Redactó una notita en la que informaba a la academia argentina que él se encontraba en la línea de los detectives inductivos, cuasimetafísicos, de carácter impresionista, al que le valen verga las huellas digitales. Agradeciendo de antemano sus buenas intenciones. Bla bla bla.

—Otra carta. Leerla.

La carta tenía la dirección mecanografiada. En su interior una hoja de papel de mala calidad con siete letras grandes desiguales y mal escritas:

CEREVRO

Un pequeño escalofrío subió por la pierna herida. Aparentando una tranquilidad inexistente, apartó la carta a un lado, cuidadosa, casi cariñosamente.

Volvió a las notas: «Güey malencarado. Lotería».

Lo tachó, nadie era culpable de que la venta de lotería fuera un negocio tan sórdido que los que lo hacían se fueran poniendo malencarados al paso del tiempo. Siguió adelante:

«Renta». Lo tachó también. Gilberto debería haberla pagado con lo que él le había dejado. Prosiguió.

«Despacho de al lado, vieja coscolina». Escribió una breve esquelita donde le informaba al vecino abogado que él no aceptaba esos casos pero que su socio, etcétera, etcétera. Decidió llevarla cuando saliera, aprovechando que el despacho estaría vacío por la hora de comer.

Continuó:

«Señor ruso. Vecino gachupín». Tomó la nota y acercando el teléfono marcó el primero. La ventana dejaba pasar un sol espléndido que le pegaba en la pierna estirada. El calor lo reanimaba. La música de los Beatles de la primera época subía desde la discotienda. ¿En dónde andaría ahora el grupo de obreros ese? ¿Estarían recorriendo la ciudad desafiando el orden,

rompiendo la paz social y la concordia que nunca existieron, descascarando apariencias? Les mandó un saludo mental que culminó con un leve movimiento de su mano. El teléfono estaba muerto. Marcó el segundo.

—Servicio Electrónico Merlín Gutiérrez —respondió una voz simpática.

—Habla Héctor Belascoarán, dejó usted...

La voz dicharachera lo interrumpió:

—Hombre, cojones, el detective vecino... Mira, chaval, yo soy Gutiérrez el del taller de abajo. Donde tiraron un montón de tiros anoche. Y te llamaba porque en vista de que somos vecinos y no tenía ni la más puñetera idea, pues que hoy tengo una cena y celebraríamos...

—¿Celebraríamos?

—La muerte de Franco. ¿Qué cojones otra cosa hay que celebrar? Y además, pensé que en vista de que los tiros te los tiraron a ti, y le dieron al taller, pues éramos ya casi conocidos.

—Pues, este... Encantado. ¿A qué hora?

—¿Te queda bien a las nueve y media?

—Ahí estaré, señor Gutiérrez —dijo Héctor disipando las dudas.

—Hecho, hecho, chaval —y colgó.

Héctor se quedó sonriente. Empezaba a parecerle importante crearse un entorno sólido, lleno de extrañas amistades, extrañas pero sólidas.

Un poco de amparo en tanta jodida soledad. Y un español antifranquista, vecino, y dueño de un taller de electrónica, con el peculiar nombre de Merlín resultaba atractivo.

—Carajo... coño y puñeta —añadió en homenaje al nuevo cuate y siguió la rutina.

«Hermanos».

Telefoneó a Elisa y como no estaba dejó un recado diciendo que la pierna iba bien y que comería con ella a las tres en un restaurante chino de la calle de Dolores.

Avancemos: «Güerita». Cerró los ojos, contó hasta diez y sonó la puerta.

—Adelante.

Todo salía burocráticamente, ordenadamente bien aquella mañana. Pero no entró una güerita sino un vendedor de lotería malencarado.

La mañana de trabajo culminó cuando se negó a comprar un billete que

seguro sería premiado y se fue a comer. Si el vendedor seguía insistiendo habría que ponerlo en la lista de los sospechosos.

En la entrada del café de chinos, un cantante ambulante despedazaba un corrido. Algunos chinos occidentalizados consumían sopa de fideos, dos familias numerosas comían menús por número, se atascaban de comida china buena y barata. En el baño un chino chaparrito estaba meando. Héctor entró, puso la pierna herida sobre el excusado y verificó la venda: estaba bastante ensangrentada. La cambió por una de repuesto, poniéndole bastante polvo de sulfas sobre la herida y decidió que no recibiría más tiros, dolían un carajal. Mientras buscaba un lugar vacío dónde sentarse se ocupó de decidir dónde pasaría la noche. No otra vez en esa casa solitaria con los vidrios rotos. El impacto de esta última noche terrible en la que el miedo y la soledad lo habían cercado, todavía estaba muy cercano. Decidió dejar para más tarde el problema y se sentó en una mesa de la esquina. Recordó la máxima de Billy the Kid: «Siempre con la espalda cubierta por la pared y la mirada hacia la entrada más próxima».

Se comió un pan relleno de carne mientras llegaba su hermana. Elisa le dedicó su mejor sonrisa al entrar. Vino rondando, ronroneando hacia la mesa.

—Huele sabrosísimo —dijo.

Su hermana siempre lo sorprendía un poco. No había sido la suya una relación estrecha, apenas sus vapuleados instintos comenzaban a abrirse el uno al otro. Pero esos días después de su llegada los habían unido estrechamente. Lo mismo ocurría con Carlos. Probablemente habían descubierto en ellos mismos los complementos ideales de un club de solitarios en crisis. Héctor sin duda lo estaba. Desde que había abandonado el trabajo rutinario y se había hundido en el marasmo de sus relaciones estrechas con el estrangulador, no había tenido un solo momento de estabilidad. Elisa había llegado bastante vapuleada por una experiencia matrimonial demasiado ortodoxa y Carlos parecía vivir en una crisis constante y virulenta a la que su ideología daba cuerda, terminando por encontrarla como un estado natural. Y como del desamparo surgen las relaciones estrechas y fraternales, y como de pilón eran hermanos, y había

por ahí un pasado común de juegos y hábitos, pues más sencillo. Ésta era la explicación que Héctor daba a la sensación cálida que le producían sus hermanos, al gusto que le daba verlos aparecer; siempre con ese aire de niños malos entrando a la casa equivocada, que era un poco el reflejo de lo que él pensaba de sí mismo.

Comentaron el menú plato a plato. Elisa preguntó por la pierna, pidieron de comer y luego se hizo un pequeño silencio.

—Bueno, a lo que me trajo... —dijo ella, e hizo una pausa.

—No te voy a poder explicar nada, porque yo mismo apenas si entiendo —respondió Héctor anticipándose.

—No te vengo a pedir explicaciones de lo que estás haciendo, sino a contarte la historia de lo que me pasó.

Se le quedó mirando esperando la sorpresa. Cuando ésta surgió del rostro de Héctor continuó:

—Cuando me decidí a mandar al diablo todo, a dejar que Canadá se hundiese, a que Jeff se acabara de hundir, sabía que no tenía nada de qué agarrarme, ni un salvavidas así de pequeñito. Sabía que iniciaba una carrera larga, llena de noches sin sueño, de una cama vacía y fría a la espera. No me enamoro fácilmente, no me engaño fácilmente. Esos meses allá, y sobre todo el final, me dejaron vacía, hueca por mucho tiempo. No había delante, y el atrás olía a cadáver, a flores secas. Además, me había convertido en una ama de casa moderna, pero ama de casa al fin y al cabo, dependiente, inútil por tanto. Si algo supe hacer, ya casi estaba olvidado. Y ahí me tienes a los 24 años, de nuevo soltera, sin hijos, más vapuleada que un león después de haber peleado con Tarzán, solitaria, con rudimentarios conocimientos de taquigrafía, despolitizada a más no poder, porque Canadá se presta para volverte clase media hasta el tuétano. Todo lo que viví en 68 está oculto en la azotea que me queda por cabeza...

La voz se le había venido quebrando, y empezó a llorar.

Héctor se quedó sorprendido. Su propia timidez, su debilidad, no permitía que se acercara a la debilidad de los demás. Lo que le iba, frente a lo que reaccionaba eficazmente, era ante los diálogos secos, las caras de palo, las cosas que apenas se decían.

Le tendió una servilleta. Elisa sonrió, radiante entre las lágrimas.

—No te preocupes. Todo va bien —dijo. Tomó un sorbo de té y volvió a hilar la historia.

—Entonces regresé. Todo se había vuelto desconocido. Ya ni siquiera esta ciudad era mía. Caminaba por las calles y recordaba cosas: Aquí mi primer beso, aquí estudié la secundaria, aquí compraba la leche. Pero hasta los recuerdos pertenecían a otra época, a otra persona. Mamá se ha vuelto una ruina, papá ya no está. Los viejos amigos ya no sirven... Y entonces los encuentro a ustedes dos. A Carlos de fábrica en fábrica metido en esa política tan particular, y a ti persiguiendo a un estrangulador ese estrangulador que no parece de verdad, que todo parece parte de una película; que todo parece una broma divertida. Y de repente comienzan a tirarte balazos, y aparece ese siniestro policía. Y Carlos, mientras tú hablas con el policía se dedica a destruir en pedacitos una lista de amigos, compañeros de una fábrica, dice, mientras va tirando por el fregadero los pedazos de papel. Y entonces, yo, recién desempacada de mi propia locura, me digo: ¿Te vas a quedar mirando?

Un nuevo silencio.

—Y ¿qué respondiste?

—Nada, qué quieres que responda. Vine a contarte todo esto.

El mesero depositó cinco fuentes humeantes (pollo almendrado, abulón en salsa de ostión, calamares con verduras, pato agri dulce y un *fooyong* de pollo) sobre la mesa y Héctor pudo encontrar una salida metiendo la nariz en el plato.

Elisa pidió unos palillos y comenzó a comer con ellos. Héctor la observó con el rabillo del ojo, fascinado.

—A ti te estoy hablando, no te hagas el marciano.

Héctor asomó ligeramente desde el interior del plato en el que se había sumido.

—Yo no sirvo para las cosas de los demás, Elisa. Yo estoy mal. Cómo decir. Yo apenas si puedo explicarme lo que pasa alrededor. Soy un egoísta. No...

Elisa sonrió y le tomó la mano.

—Agradezco la explicación. Ahora dime en qué te puedo ayudar.

El mesero se acercó con una nueva orden de arroz y entonces la explosión lo lanzó por los aires. Héctor sintió un golpe terrible en la cara. Un mar de

fuego inundó la mesa, los platos saltaron en pedazos. Los gritos de las personas que comían tres reservados más allá se volvieron una prolongación del estruendo.

Héctor se puso de pie. La sangre le tapaba la cara, no lo dejaba ver. Se pasó el dorso de la mano por los ojos. Una mancha borrosa sollozaba ante él. La empujó. Las cortinas ardían. Elisa estaba tirada bajo dos sillas. Comenzó a levantarse.

—¿Estás bien? ¿Qué tienes en la cara?

—Vámonos. ¿Puedes caminar?

—Sólo me siento golpeada. ¿Qué pasa?

Tras ella un cortinaje ardía.

—Una bomba en el reservado de al lado. El mesero ese recibió el impacto.

Salieron corriendo del restaurante, en medio de una valla de comensales y un montón de meseros chinos que corrían de un lado hacia otro.

En la calle los curiosos comenzaban a amontonarse.

Elisa tironeó hacia el lado contrario al que Héctor la arrastraba.

—Traigo una moto que me prestó el jardinero de mamá.

Héctor no podía encontrar la herida en la cara. Un sol espléndido rompía las calles en mil manchas de luz. Elisa le quitó a la motocicleta el candado que trababa la dirección. Héctor se subió tanteando.

Los curiosos volvieron a amontonarse. Cuando la moto arrancó quedó una mancha de sangre en el suelo. Mientras se alejaban sorteando el tránsito comenzó a escucharse el sonido de una sirena.

Apoyó la cabeza en la espalda de Elisa en el primer alto.

—¿Estás mal?

—Tengo una herida en la cara. ¿Cómo estás tú?

—Me duele enormemente el costado y debo tener algo en la pierna.

—Párate en la farmacia de Humboldt... No, espera, hay que llegar un poco más lejos.

—Llamamos mucho la atención también así. Me voy a parar allí aunque sea más arriesgado... ¿No quieres que nos encuentre la policía?

—No. Con una vez basta. Necesito ganar tiempo para pensar. ¿Qué carajo está pasando?

—¿Qué fue lo que pasó en el café? —Sorteó hábilmente dos carros que peleaban un lugar para estacionarse.

—Debe haber sido una bomba, o algo así. No tengo ni idea.

La farmacia se llamaba «Rosario Acuña». El encargado era un hombre viejo con un sucio guardapolvos blanco y unos lentes de fondo de botella. La calle no estaba muy transitada y mientras Héctor entraba en la farmacia Elisa había llevado la motocicleta a un estacionamiento.

—¿Me permite pasar a la trastienda? Acabo de caerme de la moto.

El dependiente dudó. Héctor tomó la iniciativa.

—¿Un espejo?

El dependiente le mostró.

A la madre, qué ruina. El espejo le mostraba una máscara sanguinolenta.

—¿Me permite un trapo limpio, algodón mojado o algo así?

El dependiente optó por la compasión.

—Qué feo fregadazo se ha dado, joven.

—¿Sí, verdad? —respondió Héctor sarcástico.

Elisa había entrado.

—Dejé la moto en el estacionamiento. ¿Cómo estás?

—Jodido. Limpia tú.

Elisa comenzó a limpiarle la cara. Héctor contemplaba en el espejo lo que iba apareciendo.

Dos cortadas, una en el pómulo derecho ¿o era izquierdo visto en el espejo?... La otra sobre la ceja derecha.

—Va a necesitar unos puntos, joven —intervino el dependiente.

—Con unas bandoletas —dijo Elisa.

Las manos hábiles fueron ordenando y reorganizando el rostro magullado de Héctor. Cuando terminó, quedaban dos limpias heridas cubiertas de polvo de sulfas y cerradas por las bandoletas.

—¿Algo más? —preguntó Elisa.

—Tengo algo en el pecho. Y además creo que con las carreras se me abrió la herida de la pierna.

—Quítate la camisa.

—Lo del pecho, si está roto, yo le veo, joven —dijo el dependiente sintiéndose por un momento efímero el Dr. Kildare.

—Tienes un moretonzote —dijo Elisa. Apretó con dos dedos—. ¿Ahí duele?

—Algo.

—Entonces no hay nada roto. A ver, enseña la pata.

Héctor se bajó el calcetín. Otra vez estaba sangrando. Mierda. Elisa rehizo la curación. El dependiente solícito actuaba de ayudante.

«Vaya hospital», pensó Héctor.

Cuando Elisa terminó, trató de encontrar nuevos dolores. No descubrió ninguno fuera de una sensación general de tener el cuerpo molido. Igual que haberse pasado el rato dentro de una licuadora. Un dolor de cabeza miserable subía como una oleada.

—Deme algo para el dolor de cabeza.

El dependiente salió obediente.

—Algo fuerte, para que sirva también como calmante del dolor. Y de una vez traiga dos —pidió Elisa.

—¿Y tú?

Elisa señaló la parte posterior de la pierna.

—Algo raro casi en el borde de la bota.

Héctor observó con cuidado. La bota casi llegaba a medio muslo y cerca de donde terminaba, una astilla de madera se había clavado profundamente.

—Es una astilla. ¿De dónde habrá salido?

—Sepa. ¿La puedes sacar?

—Con cuidado. Con unas pinzas.

El dependiente que había regresado las buscó y se las entregó. Luego les pasó los vasos de agua y las pastillas del calmante.

Héctor desinfectó ayudado por el dependiente y tiró la punta de la astilla que salió limpiamente.

—Ay nanita —dijo Elisa.

—¿Y esa frase tan mexicana dónde la sacaste?

—Para que veas.

Una voz infantil pedía a aullidos unos mejoralitos.

El dependiente abandonó la trastienda.

—¿Está muy emocionado el viejito? —preguntó Elisa.

—¿Por el hospital que le hemos armado?

—No, por mi pierna.

Héctor sonrió. No había percibido la sexualidad de su hermana. Carajo, hay que andarse con cuidado. Ni siquiera se atrevió a hacer una broma.

Puso una gasa sobre la herida desinfectada y cubrió con tela adhesiva.

—¿Te duele algo más?

—Nada grave, creo que sólo son golpes.

—Vámonos de volada.

Salieron de la trastienda. El dependiente estaba sirviendo unos refrescos de un refrigerador cerca de la puerta.

—¿Cuánto le debemos?

—¿Ya quedaron bien? ¿No quieren que les diga dónde hay un médico?

—No, gracias.

Hizo la cuenta.

—Cuarenta y ocho pesos.

Salieron al sol tomados del brazo, sonrientes. O medio sonrientes al menos, porque Héctor no podía dejar que la cara se le estirara mucho. Los dos cojeaban levemente.

—¿Y tú dónde aprendiste todo esto?

—Curando a Jeff, que llegaba hecho talco cada tercer día. Las peleas de cantina en Canadá son tan cabronas como en México... ¿Seguro que sacaste toda la astilla?

—¿Qué le habrá pasado al mesero?

—¿Sabrán que fuimos nosotros los que estábamos allí?

El sol estaba radiante, el dolor de cabeza crecía.

El miedo comenzó a llegar en oleadas; sentía cómo la marea subía y él esperaba en el cayo de arena suave. Había dejado a Elisa en el Cine Azteca viendo dos películas de aventuras y reponiéndose del susto. Casi se lo había impuesto.

Pero necesitaba estar solo. En la oficina, con la luz apagada, sin Gilberto que sólo trabajaba las mañanas y que si en ese instante había logrado sus propósitos estaba tirándose a la esposa del vecino.

Y en las sombras de la tarde que caía vertiginosamente el miedo había

llegado. Incluso lo había obligado a poner una silla entre el escritorio y la puerta y dejar el revólver sin seguro en el cajón entreabierto.

Nunca había sido un hombre violento. Había respondido fríamente a la violencia cada vez que ésta se le había cruzado en el camino. La había visto pasar, a veces se había metido de contrabando en su vida. No había vivido el miedo, porque nunca había estado tan cerca. Ahora, Héctor estaba consciente de que era un cebo. Pero aún no sabía si ser cebo merecía la pena.

Cuando derrotó la primera oleada, cuando la marea comenzó a descender se sintió más seguro. Más de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Ahora tenía un enemigo enfrente, no una sombra. Un enemigo que tenía algo en contra suya. Un enemigo entrañable, personal, al que se podía odiar.

Ahora estaban buscando su pellejo. Ahora podía defenderse. Ya no se trataba de jugar con el peligro, con las sombras chinescas, con la sensación de la muerte.

Ahora se trataba de meterle un balazo en la cara al hijo de perra que poco a poco se perfilaba enfrente.

Sólo había que sacarlo de las sombras. Ponerlo frente al cañón de la pistola.

Nuevamente el cuarto se volvió amable. Los sonidos de la calle ascendían por la ventana. El ruido de un carro de camotes, la música de la discoteca («El festival de San Remo cantado por sus estrellas»).

Había que reordenar todo. Las cosas habían cambiado rápidamente.

Reposó el cuerpo adolorido en el sillón. Ahí tendido, ordenó:

1. Un asesino (¿asesinos?) me está cazando.
2. Si se trata del estrangulador tiene que tener un motivo para lanzarse sobre mí abandonando sus métodos habituales.
3. Si no se trata del asesino, ¿quién?
4. Si se trata del estrangulador, ¿qué sé que antes no sabía o qué ha sucedido de nuevo en estos días?
5. No sé nada, y si sé algo, no sé lo que sé.
6. ¿Qué ha sucedido?
 - a). Huellas digitales en la carta de hoy en la mañana. (Poco probable,

nunca dejó huellas en las notas).

b). La muchacha güerita que vino en la mañana.

c). El señor con acento ruso según Gilberto, que habló por teléfono.

7. Si no se trata del estrangulador:

a). Algo ligado con la muchacha de la cola de caballo y su historia. Quizá su padre.

b). Algo ligado con la historia de la viejita.

c). Algo ligado con la actividad política de Carlos.

d). Algo ...

Y entonces sonó un leve golpe en la puerta.

Héctor llegó apresuradamente al escritorio y antes de que la puerta comenzara a entornarse colocó la mano izquierda en el cajón entreabierto.

—Adelante.

La muchacha rubia salió de la penumbra tropezando con la silla. Una parte de su cara quedó en la oscuridad; del pasillo entraba una luz amarillenta que le iluminaba el perfil. Héctor permaneció en las sombras.

—Soy todo oídos, jovencita...

—¿El señor Shayne?

—Belascoarán Shayne.

—Qué romántico, la penumbra, usted sentado allí, yo sin atreverme a pasar. Tal como lo imaginé... Éste es un momento muy importante para mí, señor Shayne.

—Belascoarán Shayne.

La muchacha esbozó una sonrisa maliciosa. Héctor no podía saber si se trataba de un ser meloso, y por lo tanto repugnante, o si se estaba burlando de él.

—¿Tú quién eres? —preguntó secamente Héctor.

La muchacha rubia le guiñó un ojo.

—Me llamo Marina. Estudio Filosofía, tercer año. Debo tener... qué será, unos 19 años. Vivo en casa de mis padres. Él es traductor de alemán, ella toca la flauta en la Sinfónica Nacional... ¿Me puedo sentar?

Héctor se estaba sintiendo a gusto, el bloqueo inicial desaparecía. Señaló la silla frente al escritorio. No sacó la mano del cajón hasta que ella puso sus manos sobre la cubierta metálica y colgó del respaldo de la silla el morral. En la penumbra los cigarrillos que encendieron sabían mejor, los olores de la noche sabían mejor.

La muchacha rubia hizo una pausa y saboreó el tabaco. Era delgada, con el pelo muy corto, nariz respingada y unos lentes diminutos que se había quitado, frente amplia, pómulos salidos, una boca suavemente marcada. Vestía unos pantalones azules deslavados y una sudadera gris de manga corta. La mandíbula fuerte... Héctor la miró con cuidado, tratando de adivinar lo que las luces de la calle y el pasillo no podían precisar. El efecto general ponía frente a sus ojos a una muchacha suave, bonita, recién salida de un anuncio de dentífrico para adolescentes gringos.

—¿Y qué demonios estás haciendo aquí?

—Tendría que explicar cómo llegué hasta acá. Pero... Quiero trabajar aquí, con usted, como secretaria-ayudante... ¿Queda claro? No como secretaria. Como secretaria-ayudante —sonrió.

—¿Por qué?

—Es largo de contar, pero ahí va: Primero, porque me interesa este experimento vital. Segundo, porque el estrangulador ese me pone el estómago erizado. Tercero, porque necesito trabajo. Cuarto, porque necesito probarme a mí misma. Quinto, porque estoy quemada y tengo que reposar un rato.

—¿Quién te dijo que yo ando buscando un estrangulador?

—Carlos...

Anda pues, su hermano, le mandaba una protectora. Ahí se explicaba eso de estar quemada, que Héctor había atribuido al exceso de sol en una playa. No preguntó más. Para él, la política y su hermano eran cosas muy serias.

—¿Estoy contratada?

—¿Cuánto quieres ganar?

—Eso, usted decide.

—Esto se está calentando. ¿Tienes miedo?

—Lo normal.

—¿Sabes defenderte?

—Sé algo de judo. Y sé disparar pistola. Nunca le he tirado a nadie, pero...

—¿Tienes?

—Tengo una de papá.

La sacó del morral. Era una pistolita inglesa de calibre 22. De apariencia tan mortífera como la que más, negra, brillante.

—Hecho. —Héctor estiró la mano, la tendió por encima del escritorio—. Vas a ganar el salario mínimo...

—Cochino explotador.

Héctor rió.

—¿Cuánto entonces...? Aquí nadie va a pagarme nada. No hay recompensas, no hay nada.

—Hecho, entonces me conformo con el mínimo. Pero me paga séptimo día. Y trescientos pesos de aguinaldo. ¿Cuándo empiezo?

—Ahora.

Héctor se puso de pie, sacó del archivero los recortes y se los tendió a la muchacha. Luego caminó hasta el apagador y encendió la luz.

—Pero si está hecho un desastre —dijo la muchacha—. Mire la cara...

Se escuchó primero el silbido, instantáneamente después el tiro. Saltó un pedazo de pared. Héctor se tiró al suelo sin esperar más. En un instante le cruzó por la cabeza que debería haberlo adivinado.

Marina se quedó desconcertada. Ofrecía un blanco perfecto. Héctor le dio una patada a la silla y la hizo caer cuando el segundo disparo volaba los papeles del escritorio.

—Están tirando con rifle desde la casa de enfrente.

Gateando llegó hasta el cajón y metió la mano. Un nuevo disparo astilló el escritorio. Los pedazos le saltaron a la cara. Tomó la pistola y salió arrastrándose. La muchacha lo siguió.

Al quedar en el pasillo se miraron sorprendidos. Traían las pistolas en la mano. Corrieron escaleras abajo. Héctor la detuvo.

—¡Arriba, vamos a la azotea!

Subieron corriendo los dos pisos. Una mujer que traía unas cubetas y un mechudo tropezó con ellos y salió huyendo.

La azotea estaba vacía. Entraron caminando con cuidado, cubriéndose

tras los tinacos de agua. El único edificio desde donde podían haber tirado estaba regularmente iluminado. Varias ventanas tenían luz.

—¿De dónde salieron los tiros? —preguntó Marina.

—Tiene que haber sido desde la misma altura. Busca en los terceros pisos, y casi en línea recta. Estábamos muy atrás en el cuarto para que pudieran apuntar desde otro lado.

—El tercer piso, la quinta o la sexta ventana.

Estaban oscurecidas las dos.

—Mierda, otra vez.

—La gente que sale. Las oficinas que hay en ese piso. Las salidas de emergencia. Yo te cubro. Guarda la pistola.

La muchacha rubia salió ni tarda ni perezosa. Héctor bajó a la oficina, apagó la luz y se acomodó tras la ventana. Sólo sombras desde el otro lado de la calle. Observaba alternativamente las dos ventanas y la puerta del edificio.

Comenzó a sonar el teléfono. Lo dejó sonar tres veces. Luego decidió contestar. Había visto a su nueva secretaria rondando la puerta del edificio. Tomó el teléfono con la mano izquierda y continuó mirando hacia la calle.

—¿Belascoarán? —Una voz con acento extranjero. «El ruso», se dijo Héctor.

—Exactamente. ¿Con quién tengo el gusto?

—No importa. Eso no importa.

La voz sonaba agitada, Marina salió por la puerta del edificio de enfrente e hizo un gesto desalentador. Héctor le indicó por señas que subiera.

—¿Entonces? —dijo secamente.

—Le he mandado por correo el diario. Léalo. Ahí está la clave.

Click.

El teléfono comenzó a sonar bloqueado. Ya estaba volviéndose costumbre eso de que lo dejaran a uno con el teléfono en la mano.

Bueno, dijo para sí. Al menos ya sé por qué me quieren matar. Para que no llegue el *Diario* a mis manos. Oh, el diario. Seguro que cuenta las confidencias íntimas del señor este con acento ruso. Seguro que es el *Diario de Fanny Hill*, dijo sarcástico. La mano le temblaba. Encendió un cigarrillo.

Buscó el viejo ejemplar del *Ovaciones* y dentro de él la nota que le había dejado Gilberto con los teléfonos. Marcó el teléfono del «ruso»... «El número que usted marcó está desconectado», dijo una grabación de Teléfonos de México.

—Ya estoy hasta los huevos de que me estén tratando de matar — murmuró cuando entró Marina—. No tengo ni la más mínima intención de morirme.

—Nada. Eran unas oficinas de una compañía importadora. La «México-Indias Orientales, Importaciones Varias». Están vacías desde hace meses. Ni huellas. Salieron del edificio ejecutivos y dos secretarias. Nadie con un paquete lo suficientemente grande. El portero me mandó al carajo cuando le pregunté si había entrado alguien raro. Nada... Vaya estreno, ¿eh?

—¿Y a dónde puede haber mandado el diario? ¿Aquí o a la casa? ¿Y qué diario es ése que hace que el asesino cambie de método, se olvide de estrangular y se dedique a cazarme...?

Salieron juntos a la calle. Las colas del cine Orfeón bloqueaban el paso.

—¿A dónde vamos?, y ¿cuál diario? —preguntó Marina.

—A brindar a casa del vecino por la muerte de Franco —contestó Héctor—. En el camino te cuento del diario.

—Porque se haya muerto —dijo Merlín Gutiérrez.

—Porque se haya muerto —respondieron a coro los invitados y levantaron las copas de champaña.

Una vez culminado el ritual, Héctor se acercó al vecino. Habían llegado justo cuando empezaban a llenarse las copas para el brindis y sólo había tenido tiempo para tomar una y unirse a los demás invitados ante los gestos presurosos del radiotécnico republicano.

—¿Qué pasa, vecino?

—Aquí, haciendo honor a su invitación... Me tomé la libertad de... — señaló a Marina.

—No hay inconveniente... Esas botellas estaban esperando desde hace un mes. Ya creí que el cabrón este de Franco me las iba a estropear otra vez. Ésta es la cuarta vez que lo hago en mi vida. Una en el 37, cuando corrió el

rumor en el frente de Asturias. Otra en el 45 cuando acabó la guerra. Otra en el 74 cuando se enfermó, y ahora otra vez... Ya era hora... Pero bueno, pasemos a otra cosa, que el cabrón ese de Franco ya estará negociando con San Pedro la retirada de las bases norteamericanas... Quería hablar con usted porque a raíz de ese desagradable conflicto habido ayer en la noche, pues me he enterado de que usted es un buen detective... Conocí a su padre y me mereció el mayor respeto. Tengo un trabajo que quizá le interese...

Héctor miró atentamente al español. Se lo había cruzado dos o tres veces al salir del edificio en sus rondas diurnas y nocturnas: tenía una facha agradable, una barba cerrada muy corta, unos lentes enormes, de miope, una camisa blanca, eternamente arremangada, una frente amplia y una mirada vivaracha. Le gustaba, le caía simpático. Incluso esto de celebrar la muerte de Franco con champaña le parecía adecuado al estilo del hombre.

VIII

La historia del vecino español

Sólo cambia el paisaje

COMANDANTE DOVAL

Puso en tus manos una foto y dejó suficiente tiempo para que la contemplaras. Era un militar de mirar prepotente y altivo, pasados los 40 años. Peinado hacia atrás con brillantina. Ojos de mirar profundo, cejas suaves. Orejas sinuosas, nariz irregular. Cara cuadrada, papada que remataba el cuello abotonado. Los galones, las insignias en las solapas.

—Tenía en aquel entonces 46 años. Se llamaba Lisardo Doval Bravo y era comandante de la guardia civil —dijo la voz del radiotécnico. Una voz cambiada, más amarga, más vibrante.

Héctor encendió un cigarrillo y permaneció en silencio.

—Nosotros acabábamos de perder la revolución. Era en el año 34. La Alianza Obrera se había puesto en armas para detener al fascismo y habíamos conquistado Asturias. Ésta es otra historia. El caso es que fuimos derrotados. Y no nos perdonaron los 16 días que los tuvimos en los sótanos. Después de la derrota salieron de las madrigueras. El ejército había jugado su papel y ahora traían a un «experto».

Te tendió un papel. Leíste:

Nacido en 1888 de padre militar. Profesional de la Guardia Civil. Participa en la represión de la Huelga General del 17 en Asturias. Es enviado a petición del gobierno de Costa Rica en 1922 para crear la Guardia Civil en ese país. En 1926 se hace cargo de la segunda compañía de la guardia civil en el corazón de la Cuenca Minera Asturiana. Permanece en ese cargo hasta el fin de la dictadura de Primo de Rivera.

Enviado a África en 1931 con la llegada de la República. Las damas jóvenes de la burguesía local envían una petición al ministerio para que «la conjura masónica» no aleje de nuestra tierra a tan gallardo capitán. Recaba

fama y ascenso al encargarse de la represión en Marruecos. En noviembre de 1934 regresa a Asturias con el grado de comandante. Le han dado una doble misión: descubrir el paradero de los dirigentes socialistas y anarcosindicalistas prófugos y recobrar los millones expropiados por los revolucionarios en el Banco de España de Oviedo.

—A estas dos tareas añadió una tercera —dijo el radiotécnico—. Se encargó de dirigir personalmente la tortura contra los revolucionarios detenidos, el resquebrajamiento de la resistencia moral de los que habíamos caído. Tomó un exconvento, el de las Adoratrices en Oviedo y pronto lo llamaron «El Orfeón», porque un gramófono a todo volumen noche y día ocultaba los gritos de los torturados. Las celdas se llenaron de sangre, apaleados con la cara rota por los culatazos, golpeados noche y día, sacados a los patios para ser fusilados en simulacros con balas de salva. Un mes duró su mando absoluto sobre cientos de nosotros. Llegamos a conocer hasta el ruido de sus botas en los pasillos del convento. El día 8 de diciembre, las autoridades le retiraron el nombramiento: han trascendido las historias de sus torturas más de lo necesario. Se va a Marruecos nuevamente. Sus palabras al despedirse: «Asturias, Marruecos, bah, es lo mismo. Sólo cambia el paisaje». Durante la guerra civil es procesado por el franquismo por cobardía ante el enemigo y condenado a muerte. Amnistiado sale de España. Sé que está en Venezuela. Tiene hoy 87 años.

Hizo una pausa. Héctor contempló nuevamente la fotografía.

—Quiero saber dónde está y qué hace, cómo vive. ¿No siente en las noches los aullidos de los torturados?

—¿Para qué? —preguntó Héctor.

—Aún no lo sé. Pero necesito volver a verlo. Mirarlo de frente. ¿Acepta usted la tarea?

—No lo sé. Ha esperado usted 41 años, bien puede esperar unos días.

—Esperaré.

IX

*Sería bueno ir al mar,
dejar estas alturas.*

FUENTES

Héctor subió las escaleras lentamente. Estaba muy fatigado. El cuerpo le dolía por todos lados. Las heridas ardían, le dolía la cabeza y sentía revuelto el estómago. Mientras subía, atrás iba quedando el jolgorio de la fiesta en el taller de electrónica. Paso tras paso, escalón a escalón, lo único que quería era encontrar la cama, fría y solitaria pero acogedora y suave. Una leve racha de aire le dio en la cara y le hizo mirar hacia arriba. Detenido en el rellano, iluminado por la débil luz comenzó a despejarse. Sacó la pistola y reinició el ascenso.

Sintió una presencia. Obligando a su corazón a detenerse, tratando de anular los ruidos que subían de la fiesta, logró aislar el sonido de una respiración. No había luz en su piso. Continuó subiendo. El sudor le apareció en la frente, las heridas de la cara se tensaron.

La luz del pasillo del piso de arriba iluminaba suavemente la puerta de su casa. Sentada en el primer escalón, con las manos rodeando las rodillas, con la falda café de cuero de siempre y la cola de caballo, ella levantó la vista cuando apareció Héctor. Éste suspiró y guardó la pistola. La muchacha sonrió. Héctor abrió la puerta y con un gesto la invitó a entrar.

Cerró la puerta con cuidado. Pidió la aprobación con la vista a la muchacha y cerró con el candado nuevo que amablemente le había regalado el vecino. Se quitó el saco, cerró las persianas. Los vidrios estaban en su lugar (¿nuevamente?). Sólo quedaban huellas en la pared.

Se dejó caer en la cama. La muchacha de la cola de caballo trajinaba en la cocina. Se quitó los zapatos y los calcetines, no se atrevió a tocar la herida, se abrió la camisa para contemplar el moretón que tenía un desagradable tono verde con manchas violáceas en los bordes.

Puso la pistola bajo la almohada y se recostó. Cerró los ojos.

La muchacha había encendido la radio: Radio Universidad, Jazz en la cultura. La voz catacumbesca de Juan López Moctezuma, animador del programa, introducía al maestro de la costa Oeste, el saxo de Jerry Mulligan.

Un olor a café comenzó a extenderse por la casa.

No había intercambiado una sola palabra con la muchacha. No había habido explicaciones y sin embargo había tantas cosas que poner en claro. Le gustaba y le repugnaba la forma como ella, en su naturalidad, se había puesto en el interior de la casa.

De alguna manera había situaciones respecto a su última relación con una mujer que ese olor de café que nadie había pedido le recordaban. Aun así, el halo misterioso de la muchacha, ese aire de dulzura extraña, lo atraía como un imán.

Aun con los ojos cerrados percibió cómo la muchacha entraba en el cuarto, sintió cómo se sentaba a su lado, incluso sintió cómo lo miraba.

—Estoy harto —dijo—. Harto de que me anden cazando como perro —agregó suavemente, casi con un murmullo.

Abrió los ojos sólo para ver cómo la muchacha sonreía.

—Calenté agua para cambiar la venda —dijo.

Héctor señaló el saco y ella, caminó hasta allá para pasárselo. Allí había construido un botiquín de emergencia: vendas, sulfas, gasas, algodón, bandoletas.

Héctor dejó hacer a la muchacha, sintió cuando el agua caliente corría sobre la herida lavando la sangre. Luego la venda se iba acomodando y ciñendo a la pierna.

No quería volverse a enamorar. No quería volver a romper la dolorosa intimidad que había logrado. No quería perder el derecho a la soledad que tan caro le había costado.

No quería que nadie llorara por él. Quería ser al final de la aventura o un perro solitario o un cadáver solitario.

Y sin embargo, no pudo dejar de abrir los ojos, contemplar detenidamente a la muchacha que lo observaba, tomarle la mano y besársela.

Y luego, caer dormido.

En ese instante en que se está entre el mundo de los vivos y el de los dormidos sintió cómo una manta lo tapaba y cómo la muchacha de la cola de

caballo se colocaba a su lado.

Y a pesar de que lo estaban cazando pudo dormir tranquilo.

Cuando la luz que le daba en un lado de la cara lo despertó, lo primero que pensó fue que había dormido profundamente. Buscó con la mano izquierda los cigarrillos en el suelo, sin querer abrir los ojos totalmente, sin querer acabar de despertar. La mano tropezó con un libro, y con ropa. Tiró de ella esperando que fuera su saco, sólo para verse con la falda de cuero entre las manos.

Carajo, pensó, ¿dónde estará la dueña? Y eso hizo que acabara de despertar.

El único habitante de la cama era él. Se sacudió la melena, sacó la pistola de abajo de la almohada y observó el cuarto detenidamente.

Ni huella de la muchacha. Más bien, muchas huellas aunque ni rastro de ella.

El dolor general sentido en la noche había cedido su lugar a una sensación de malestar y a una punzada intermitente en las heridas de la cara.

Una idea cuyo origen podía remontar a la noche anterior le regresó a la cabeza: mientras el estrangulador lo estuviera persiguiendo a él, dejaría en paz a las mujeres.

Al fin encontró los cigarrillos bajo un periódico viejo. Estaban algo secos pero el sabor del primer cigarrillo, el peso del humo en el estómago vacío, lo iba devolviendo a la realidad.

Entonces entró la muchacha de la cola de caballo.

Traía el pelo suelto corriendo sobre la espalda y vestía una camisa vieja de Héctor a la que le faltaba una manga. A la luz de la mañana lucía como esas apariciones de película francesa que dejan al espectador envidiando al actor durante un minuto.

Héctor resopló.

—Puf... ¿De qué se trata?

La muchacha sonrió, se acercó y tomó un cigarrillo.

Héctor pensó: «Me acerco, le acaricio el brazo...».

La muchacha se fue hacia la ventana y se acomodó en el borde.

Nuevamente comenzó a tararear esa música extraña e indescifrable.

Héctor pensó: «Ahora, cuando gozo viéndola, cuando paladeo su cuerpo, la canción... Justo ahora va a empezar el tiroteo».

Pero sólo sonaron varios golpes secos en la puerta.

Héctor sacó la pistola y se puso en pie. Caminó a la puerta. Marina entró como un vendaval.

—Lo hallé. El diario, lo encontré... Claro, pensé, a qué dirección lo puede mandar: a la que dan en el programa de TV, la de la oficina... Y claro, allí. Pero me adelanté.

Y mostraba jubilosa el paquete.

—¿Qué es eso?

—Tiene que ser el diario... Estaba en Correos, a tu nombre. Y antes de que saliera el cartero, con una carta poder falsificada, una buena historia, que estabas en el hospital, que el paquete era para el trabajo, etcétera; y con diez pesos...

Y mostraba jubilosa el paquete.

La muchacha de la cola de caballo asomó la cabeza.

—¿Quién es? —preguntó Marina.

—La muchacha de la cola de caballo —dijo Héctor reponiéndose.

Tomó el paquete y lo abrió.

Era uno de esos diarios para adolescente enamorada, de pastas duras imitación cuero, plástico vil, color café, de unas 150 páginas.

Estaba escrito con una letra pareja y diminuta.

Nada más. Ni una nota, ni una huella exterior. ¿Por qué?

Abrió una página y leyó. La cara se fue endureciendo.

—¡Vámonos! —les gritó a las muchachas. Apretó el diario en la mano y salió corriendo hacia el cuarto a buscar una camisa limpia.

Había sentido predilección por los trenes desde la infancia y ahora, sentado en el compartimiento oscuro, recogía aquella sensación original y la dejaba pasar por las venas. Latido de corazón irregular, manos temblorosas mientras esperaba que el tren iniciara su viaje.

A su lado, la muchacha de la cola de caballo se dejaba sentir por los

intermitentes *flashes* de luz que emitía la brasa del cigarrillo.

Los ruidos de la estación: un sonido confuso, áspero, voces mezcladas con ruidos indescifrables. Los ruidos del propio tren que, ¿calentaba la máquina?

Al fin, en ascenso comenzó a crecer el ronroneo, el impulso transmitido por la máquina que ponía en marcha la larga cadena de vagones. Era como una idea que se iniciaba. Marina que rondaba por el andén levantó la mirada hacia la ventanilla oscura donde viajaba el detective. Cruzaron una última mirada.

El tren comenzó a salir del andén y Héctor abrió la ventanilla. Las luces de neón iluminaban trenes detenidos, hierros inútiles retorcidos y desperdigados por la periferia de la estación de Buenavista. Mientras abandonaba la Ciudad de México, Héctor contempló en silencio las casas rodantes de los peones de vía, adornadas con macetones de plantas, con antenas de televisión; vagones viejos adaptados para la carne de cañón del ferrocarril. Luego la vía recorrió un pasillo angosto de fábricas y colonias de paracaidistas, hasta que después de 20 minutos encontró espacio libre y como si fuera consciente de ello, aceleró para dejar atrás el monstruo urbano.

Necesito un día. ¿Lo ganaremos?, pensó Héctor y encendió la luz.

Estaban solos en el compartimiento. Había alquilado un reservado en el primer vagón pullman. Cuarto pequeño, con dos asientos y una cama empotrada en la pared que se desprendía en las noches.

Colocó contra la pared el sillón móvil en el que estaba sentado y sacó el diario del bolsillo del saco donde había estado depositado haciéndose sentir como un peso temible que lo obligaba casi a ladearse al caminar y que tocaba frecuentemente para confirmar su presencia.

Quemaba el jodido diario. Y necesitaba leerlo antes de que el estrangulador lo encontrara a él. Sólo así cambiarían los papeles, y el cebo de aquellos últimos días se convertiría en cazador.

La muchacha de la cola de caballo le sonrió. Héctor la contempló un instante: la mirada se había desgastado en aquellos últimos días, se había debilitado. Había perdido mucha de la fuerza que la había sostenido. Simplemente se dejaba arrastrar conviviendo con el infierno que traía dentro, un poco ajena a los apasionamientos y las depresiones de Héctor: la falda

inarrugable, el peinado de cola de caballo un poco rígido, como estirando el pelo hacia atrás y tensando aún más las suaves facciones de la cara. Toda una aventura esta mujer, pensó Héctor. Se levantó y le acarició las mejillas, como pidiendo disculpas por esa imbécil manía de haber establecido las prioridades de su vida en torno a detener un estrangulador tan inasequible como los discursos oficiales o la neblina londinense.

Ella se acercó al sillón de Héctor. Habló con voz ronca.

—Entiendo por qué estamos en este tren, y todos los extraños movimientos que hicimos para llegar hasta acá: Eso debe ser la clave de toda esta historia —señaló el cuaderno forrado de plástico—. Entiendo incluso que me lleves auestas, como un fardo ligero. Lo que no acabo de entender es cómo te metiste en este lío. ¿Por qué? ¿Para qué?

Héctor pensó iniciar una explicación, pero las palabras no salieron.

Se cruzó los brazos sobre el pecho y movió la cabeza lentamente.

—¿Me ayudarás? —preguntó.

Ella asintió.

Héctor sopesó el diario en las manos. No tenía inscripciones en el exterior ni en la primera página. Las palabras comenzaban en la página tres, con una escritura apretada, diminuta, en tinta negra de pluma fuente. Solamente usaba las páginas nones para escribir, y estaba lleno de espacios en blanco. Serían en total unas setenta páginas de las 150 las que estaban escritas.

—Todo puede ser una trampa, un truco. Puede ser un gancho más. Quizá sólo soy parte de la diversión.

Se hizo una pausa mientras manipulaba las hojas de la escritura diminuta, mientras intentaba adivinar qué sentido final tenía aquello que había caído en su mano.

Y entonces comenzó a leer, lentamente, deteniéndose ante cada frase que le parecía significativa, intercambiando miradas con la muchacha de la cola de caballo, haciendo largas pausas en las que contemplaba las sombras de los árboles y las manchas de la luz de luna en el campo mientras el tren engullía kilómetros de riel.

X

El diario del estrangulador

*Éste es el tiempo
de los asesinos.*

RIMBAUD

El presente libro... tal vez no sea todavía para nadie.

OCTUBRE 13

El que escribe se debate entre dos explicaciones diferentes. Sabe que probablemente sólo escribe para sí mismo, o para la posteridad, que equivale a otra forma de escribir para sí mismo. Entiende que la acción sólo puede ser explicada por la acción, que el gran truco social se ha iniciado en las palabras, ha sido remendado por palabras, ha sido parchado y reconstruido por palabras, y, sin embargo, no puede evadirse de ellas.

El que escribe aprecia las condiciones de vida material a las que ha arribado, y al mismo tiempo las deplora. El que escribe, arriba al asesinato como una nueva forma que incrementa el número de las Bellas Artes reconocidas por los vulgares y míseros seres que pueblan el planeta.

Este diario pretende entonces sublimar las experiencias de esos asesinatos, recoger la acción y liberarla de las prosaicas descripciones de la nota roja, elevarla a sus grandiosos momentos, explicarla, o más bien, redondearla. Ayudará a la imperfección del recuerdo.

OCTUBRE 14

«¿Qué tenemos en común nosotros con el botón de rosa que tiembla porque ha caído en él una gota de rocío?».

El que escribe pasa la noche en vela. Vela las armas en el día previo al combate. Una vez que ha confirmado la decisión previamente elaborada, previa y amorosamente elaborada en el último año de sinsabores y pesadillas. Una vez que ha decidido que el día de mañana se inicia el ciclo de las doce muertes, nada puede afectarlo, detenerlo.

Es la espera la que turba.

La certeza define. No hay miedo al acto en sí, sino a los entretelones. El que escribe sólo tiene miedo de sí mismo.

La secretaria de Bucareli le ha dicho: «Se ve usted muy tranquilo hoy, señor». Y él se ha limitado a sonreír.

Para hacer más graciosa la paradoja pensó durante un momento en esperarla en la esquina y darle el honor de iniciar con ella el ritual.

Sin embargo, decidió que los planes originales no deberían ser alterados por un capricho que podría poner en peligro el conjunto.

OCTUBRE 15

Ya está. Quedó en las manos como una gallina cuyo soplo vital fuera truncado por la tempestad.

No puedo escribir. Siento la sangre entre los dedos, tengo miedo de manchar las hojas. Vago por la casa como alma en pena. Me debato entre sensaciones contradictorias que no puedo explicar.

Hoy he escrito con sangre:

«DE TODO LO ESCRITO SÓLO APRECIO LO QUE UNO HA ESCRITO CON SU SANGRE. ¡ESCRIBE CON SANGRE!».

OCTUBRE 16

El que escribe ha logrado apaciguar los demonios que la acción había desatado. Siguió sus rutinas como acostumbra. Se levantó temprano, se contempló en los espejos. Escuchó música en el salón mientras desayunaba. Estaba firme, potente. Cual si hubiera sido inyectado de vida por la vida arrebatada. Encontró un gran placer en controlar sus actos, en simular que todo seguía igual. Habló con el mayordomo como de costumbre. Utilizó el mismo tiempo en vestirse, en dirigir el coche hasta la oficina. 21 minutos exactamente. Trabajó dentro de las normas de su vida cotidiana. Ni siquiera se apresuró para comprar el periódico. Lo hizo mientras iba de una oficina a la otra.

Magistral actuación.

El que escribe narrará aquí su obra:

A las siete tomó el coche y se dirigió hacia los barrios obreros del norte de la Ciudad. Había optado por crearse un disfraz. Más interior que exterior. ¿Cómo decirlo? Más surgido de la caracterización interna, y sólo apoyado por algunos datos exteriores. Entró a un cine en Insurgentes Norte y en el baño cambió de estampa. Nunca supo qué película ponían. Pero recuerda los diálogos en francés que hablaban de amores imposibles. Salió del cine y se internó en la Industrial Vallejo. A pie.

Caminó buscando la víctima propicia. Siguió discretamente a varias mujeres que obstaculizaron su labor al entrar en vecindades, o al caminar por calles concurridas. Cuando maldecía una de aquellas intentonas frustradas, una muchachita gris, con un rompevientos azul y una falda ceñida apareció.

Entró a una panadería, salió con una bolsa de pan zarandeando en la mano. Nunca miró hacia atrás. (No sé si esta primera vez hubiera podido soportar su mirada). Cruzó un baldío. Y ahí, acelerando el paso la detuve tomándola del cuello. Con el brazo izquierdo. Mi mano derecha se cerró sobre su garganta y apretó. Se debatía, golpeaba con sus pies y sus piernas mi cuerpo. Sólo apreté y apreté hasta que sentí que estaba muerta y la dejé caer.

Resultó excesivamente fácil. Algo decepcionante. Pero sin embargo tuve miedo. No mientras la estrangulaba. Después, cuando el cuerpo estaba caído a mis pies y no sabía si huir o contemplarla. Porque el cuerpo muerto, desvencijado ante mis plantas me atraía como un imán al hierro dulce. No podía apartar mis ojos de las dos piernas dislocadas en el terreno, mezcladas con polvo, yerbas y cascajo. La bolsa del pan había quedado abierta y los panes tirados. Dejé la primera nota.

Huí corriendo. Nuevamente en el cine pude reposar. Oriné copiosamente.

Cruzó por mi cabeza la idea de masturbarme. ¿Por qué negarlo? Pero quiero darle a todo esto un contenido directo, puro.

Ya en el coche, regresé al lugar. Ridículo concepto inexplicable:

El asesino regresa al lugar del crimen. El baldío estaba invadido de mirones, los coches frenaban y observaban los conductores. Hice como ellos. Yo era otro. El observador. El verdugo había quedado en el baño de aquel cine donde ponían una película francesa.

El que escribe mira sus manos. Las huellas no están ahí, están en el espíritu.

En la noche escuché un Aleluya de Haendel: grandioso. El que esa muchachita haya producido este enorme holocausto.

Devolver a la vida grandilocuencia. Basta de arrastrarse en el limo.

El que escribe anota su máxima en este cuaderno:

«EL HOMBRE ANSIABA SANGRE, NO BOTÍN. IANSIABA EL HOMBRE LA EBRIEDAD DE MATAR!».

OCTUBRE 18

El que escribe había olvidado mencionar la historia que explica el porqué de

los mensajes, así como el origen oculto del nombre con el que pasará a la efímera posteridad de la palabra escrita por los diarios sensacionalistas.

He aquí el motivo:

He decidido dar de comer a las fieras de la prensa pasto vulgar, carne cruda. Sus preferencias y hábitos no exigen más.

He creado por lo tanto un nombre: Cerevro (la V le da un toque original), quizá exagero en la percepción de estos seres elementales. Sin embargo, hay que encadenar los hechos, dotarlos de una firma. Los grandes escritores usan seudónimos.

Los mensajes forman parte de este juego. Las rayas me las he impuesto para marcar mi propio sello de meticulosidad. Por los mismos motivos que mi ropa tiene un monograma, por los mismos motivos que mis libros tienen un sello, o que el papel de mis negocios un membrete rojo brillante.

Por esos motivos, una pequeña raya acompaña a la nota mortal.

Es el número uno del ciclo.

OCTUBRE 19

El que escribe ha escuchado el primer comentario de un contador en la oficina. Casi accidental, casi atribuible a otro hecho:

«Iba por el pan... Qué horrible».

Seguí sin embargo mi camino hacia la puerta y acepté la reverencia diluida que me procesa en cada arribo o salida. Le di instrucciones respecto a unos quesos de una nueva marca.

Me siento tan prosaico a veces. Quisiera gritar: ¡Ésa es mi presa!

Aún mis actos no hablan suficiente sobre la carrera iniciada.

Anoto aquí un hecho significativo:

He alterado mi actitud ante las mujeres. He pasado de la indiferencia a una actitud casi morbosa (quizá el hecho de contemplarlas, en la dualidad de mujeres habituales y víctimas posibles, me excite). Las vigilo de reojo, las observo, las pienso entre mis manos en el momento en que la dureza de las vértebras cede.

Clarita en particular ha percibido algo y lo ha interpretado a su modo.

La sorprendí en la mañana arreglándose la media de la pierna izquierda apoyado el pie en el sillón. Mostraba el muslo y parte de la ropa interior. Tenía que haberme oído acercar. Incluso tropecé con un archivero de cartón en el suelo antes de entrar al despacho.

Media hora más tarde, cuando le dictaba un oficio para los agentes de Sudáfrica, exageraba la posición para mostrarme, gracias a un escote aumentado por un botón «accidentalmente» desabrochado, parte de los pechos.

No puede ser otra cosa que un intento de seducirme. Ha interpretado mis miradas furtivas... Si se diera cuenta que las mismas miradas dirijo a la señora que lava los pisos, a la adolescente que le trae la comida a los empleados en las tardes.

«¿VAS A JUNTARTE A MUJERES? PUES NO TE OLVIDES DEL LÁTIGO!».

OCTUBRE 22

La prensa ha entendido el mensaje. No quiero manchar hojas de mi diario copiando los titulares o las frases pomposas o las descripciones.

Pero he aquí algunas de las barrabasadas:

EL UNIVERSAL: «... un sicótico ebrio de ansias de matar».

LA PRENSA: «... absurdo crimen, sin duda encubierto».

ÚLTIMAS NOTICIAS: «¿Se iniciará una cadena de asesinatos?».

EL HERALDO: «El asesino está poseído de una tremenda vitalidad».

Los de Bucareli los llaman acertadamente los «cagatintas». Tendré que buscar la forma de comentar con ellos todo esto.

OCTUBRE 23

El reposo ha terminado. Nuevamente me invade el desasosiego inicial. He salido temprano del trabajo y he ido a la casa. Me bañé durante horas, pero ni siquiera el agua ha logrado desafiarme. El mayordomo me ha entregado algunas cartas. Una invitación llegada accidentalmente para una cena-baile en la embajada india. Sigo utilizando el privilegio de la dirección equivocada.

Podría asesinar a una embajadora, a la esposa de un agregado comercial.

El que escribe define las reglas de una parte de su juego. Para evitar caer en la tentación, para evitar violar sus propias reglas se les recuerda:

No tocaré a las mujeres de mi clase. En ellas sólo quiero el reflejo de mis actos, de ellas sólo quiero el temor que la sombra de la imagen de un hombre les devuelva. A ellas sólo quiero reducirlas a su condición original.

Son objetos bellos, no aspiran al sacrificio.

Y sin embargo imagino el placer que produce el que las mujeres de ese medio social en el que me muevo, tengan un escalofrío cuando la luz de la entrada de la casa se ha fundido.

Cuando se perfuman y se visten sin saber si lo hacen para el amante o para el asesino.

El primer asesinato debe convertirse en el primer eslabón de la cadena.

OCTUBRE 24

«Dos cosas quiere el hombre de verdad: El peligro y el juego. Por eso quiere la mujer, que es el juguete más peligroso. El hombre debe ser educado para la guerra y la mujer para solaz del guerrero; todo lo demás son tonterías. No quiere el guerrero los frutos excesivamente dulces. Por eso quiere la mujer: aun la mujer más dulce es amarga».

He jugado squash en el club durante tres horas. He ganado todos los partidos. Incluso a un jovenzuelo que traía a su novia para hacer de mí su espectáculo. Terminé agotado. Solo así la noche me recibe en su seno y el sueño me acoge.

El gato ronronea junto a mi cama. ¿Habrán olvidado darle leche a Emmanuel? Gato solitario, sin raza.

¿Perseguirá gatas en la noche con el fin exclusivo de hacerlas sufrir entre sus pequeñas garras?

OCTUBRE 25

Nuevamente la ira ha ascendido. Mis manos tiemblan mientras escribo. Pero no temblaron en el momento crucial.

El Cerevro ha dejado su segundo monumento en un cuartucho de la colonia Peñón.

OCTUBRE 26

«No tengo las manos sucias de sangre. El cerevro». ... Sin duda un toque de humor, una nota de exotismo. En este país de elemental barbarie, apporto sin duda una barbarie refinada, culta. Supongo que los soldados de Napoleón violaban campesinas egipcias. Como todos los soldados del mundo.

Lo cual no les quita que lo hayan hecho con indudable refinamiento.

¿Qué pierde el mundo con la muerte de esta prostituta cuarentona?

Sin duda vivía una media vida, borreguil, rutinaria incluso en el acto amoroso. «Tienen la virtud de vivir muchos años y abandonadas a un contento vil».

El cuartucho en el que ejercía su oficio repulsivo, al que me arrastró casi suplicante, ofrecía una mercancía deteriorada. Ahí quedó el cuerpo.

Hice el amor con ella y dejé que me viera, desnudo, desenmascarado.

¿La maté por ese orgasmo tardío, titubeante, mezquino?

La mujer me decía que no jugara, que no jugara con ella, pero yo apretaba el cuello.

Me llevo dos heridas leves en la mano izquierda, producto de un arañazo terrible, con el que quería sujetarse a la vida.

Nuevamente me quedé esperando tras la muerte, atentamente vigilando las señales de la vida que se fue en el cuerpo yerto y dislocado.

Sin duda el cuerpo desnudo de la mujer ofrecerá carne fresca a los mastines de la policía y la prensa, a los lectores de Alarma y el Magazine policiaco.

¿Es mi misión ofrecer carne a los perros?

El sueño me abandona.

La noche es un girar de estrellas en mis ojos. La rutina del día siguiente es insostenible. Lo obvio y evidente, lo elemental de la vida que hasta ahora he vivido se muestra en toda su crudeza.

La cadena del cerebro tiene dos eslabones. Dentro de poco se podrá hacer de ella un collar o un mito.

OCTUBRE 29

El que escribe y el que actúa (llamémosle Cerebro. ¿No es éste el nombre que ha elegido?) se separan, se observan, se tantean.

Me divierte contemplarlos a ambos. Las dos partes de mí mismo se compensan, pero también se transmutan una en la otra. ¿Tiene esto algún significado? Una vez que la fiebre desciende me divierto apreciando estos pequeños matices. Mi vida se ha convertido en una pasión total, cada acto al adquirir un doble significado se revalúa, adquiere una dimensión diferente.

OCTUBRE 30

He encontrado una frase que me hace pensar:

«Ahí están los terribles que llevan dentro de sí la fiera y tienen que elegir entre el desenfreno o el despedazamiento de sí mismos. Y aun su desenfreno es despedazamiento de sí mismos».

¿Quiere decir que el final del camino que me he trazado es mi propio final?

¿Esta fascinación por el abismo me impondrá que me despené al inevitable fin del camino?

No lo creo.

En Ginebra conocí, gracias a un compañero de estudios, a un excriminal de guerra nazi. Había trabajado en los primeros campos. Allí donde socialdemócratas, anarquistas y comunistas habían dejado el pellejo en los años 34 al 37. Había torturado, destazado... En fin, ahora era gerente de una fábrica de bicicletas. Sin duda guardaba añoranza por los tiempos

idos, pero de alguna forma la había compensado.

Jack el destripador realizó 16 asesinatos, y luego desapareció en la niebla londinense para no regresar más.

Tengo estos dos argumentos para pensar que el ciclo se cierra al llegar al duodécimo cadáver.

NOVIEMBRE 2

El que escribe ha cumplido hoy 47 años. Ha recibido felicitaciones insulsas. Se cumple también el aniversario del accidente de mis padres.

He enviado al cementerio a las dos sirvientas y al mayordomo que me heredaron.

Decidí no ir a trabajar. Comuniqué a Bastien el hecho y le pedí que avisara a las otras oficinas. El gato había desaparecido en la enormidad de la casa. Esto me permitió encontrar en la soledad un momento que había buscado en estos días con ansia. Un momento de reflexión y orden.

NOVIEMBRE 5

El que escribe reposa su último acto. La cadena cuenta con tres eslabones. Llovía.

Cuidado! Demasiada seguridad, falta de precauciones.

Si hubiera fallado hubiera sido reconocido. La compañía para la que trabajaba alguna vez hizo trato con las nuestras.

Cuidado de nuevo. Una colonia muy transitada. La gente corría a guarecerse de la lluvia, aún no era muy tarde.

Seguí una mecánica absurda: En la tarde en la oficina había revisado

algunos recibos de compraventa de materiales de esa compañía y decidí asesinar a la voz que respondía mis llamadas. Peligroso. Hay que separar claramente los dos mundos en los que me muevo.

Sin embargo, no puedo evitar la tentación de abastecer de rumores los medios que me rodean, de hacerle sentir la muerte más de cerca a mis secretarias. Una prostituta o una estudiante de secundaria les quedan muy lejanas, muy distantes... Ahora la muerte se aproxima.

Quiero gozar de este manto que me envuelve, quiero ampliarlo a ellas.

La nota va a confundir más aún a la policía. Escribí en ella lo primero que se me ocurrió, escritura mecánica: «El cerebro no asesina. Mata limpio».

Tengo que perfeccionar las máscaras, trabajar más seguro.

NOVIEMBRE 6

«En la escuela de guerra de la vida, el que no me mata me hace más fuerte». Debería decir: El que mata se hace más fuerte.

NOVIEMBRE 7

La prensa publica declaraciones del jefe de la Policía:

«Estamos sobre la pista».

Sucio patán.

El clima de terror es aún insuficiente. Hay que acelerar el proceso.

Aunque no acierto a reconocerlo, vivo en una sobreexcitación general que de alguna manera debo transmitir en el exterior.

Paradoja: Los negocios van bien. Se produjeron ayer importantes ganancias. Un contrato fuerte con el gobierno.

He descuidado la meditación sobre mis actos. Reflexiono apenas sobre algunas facetas de ellos. Vivo sin embargo en un mundo sensorial alucinante, repleto de experiencias brillantes. Siento en torno mío un permanente fuego de artificio.

En una reunión de la cámara: «Hay que acabar la junta antes de las nueve o llevar a las secretarias a sus casas... Con esto del estrangulador». Risas, sonrisas. Respuesta: «A cualquier casa... Están muy dóciles a cambio de compañía». Nuevas risas.

A ella le desgarré la falda cuando caía, le jalé la pantaleta hasta descubrir un fragmento de sexo.

En las noches rondo como un perro fiel en busca de su amo. Se hace cada vez más difícil encontrar una víctima. Habrá que elaborar más los métodos de caza.

Absurdo: Nadie sospecha de un hombre distinguido en el interior de un Dodge Dart.

NOVIEMBRE 8

Había otras pasiones más lícitas (desde el peculiar punto de vista de ellos, claro) aunque, desde luego, no menos ilegales y bastante disputadas.

La competencia crece en terrenos en los que los aborígenes han estado practicando desde hace milenios.

Es cierto, desde el punto de vista de Ordaiz, vecino de Bucareli con el que alguna vez desayunó, el Estado ha acabado con más campesinos esta semana que el estrangulador pudiera eliminar mujeres en años.

Y él no lo comenta, mientras habla con el que escribe en el café La Habana, como un pudibundo pequñoburgués más; por él, habla un ejecutor, instrumento del aparato. Habla un técnico en el arte de suprimir.

Habría entonces otras posibilidades, más disputadas, en las que competiría con encono despiadado con otros de los mastines del sistema.

Pero incluso estos perros de presa del aparato no tienen los redaños suficientes, la sangre fría, la ausencia de pudor para matar de frente y con las manos.

He aquí la diferencia entre el artesano y el artista.

Continúo las conversaciones con Ordaz, Legrá y otros a los que he conocido accidentalmente. Son un factor de comparación sin duda interesante, aportan el claroscuro indispensable para que la luz brille.

NOVIEMBRE 9

El que escribe ha vuelto a convertirse en el que actúa. La muerte ha cobrado una nueva pieza. El cuarto de trofeos ha sumado una cabeza diferente a su galería; la cadena tiene un nuevo eslabón.

En pleno día. Con la luz del sol haciendo sombras, un vendedor ambulante estranguló a una maestra de primaria. Dos niños lo vieron de lejos. Diez minutos más tarde el vendedor desaparecía para nunca regresar, y el que escribe se subía a su coche.

Rodeado de la higiénica soledad, del sonido purificante de la radio, del aire acondicionado, del suave deslizarse del automóvil como entre nubes y algodones, pasó ante el cadáver que arremolinaba a docenas de niños en torno suyo.

Dijo: «¡Dios!» pero las manos se cerraron en torno de su cuello.

«¿Será el hombre una equivocación de Dios?».

Anoto: He huido rápida, eficazmente. El cadáver no ha detenido mi vista más que un instante. Tiendo a profesionalizar mis actos.

Se inicia una noche de temblores, escalofríos, recuerdos.

Una pequeña muerte contiene tantas otras.

Muero y renazco mil veces en cada asesinato. Sin duda este diario no puede recoger en su esplendor estos amaneceres de la conciencia.

NOVIEMBRE 10

He caminado al club y jugado squash durante dos horas. Los poros liberan la tensión. Tengo que estar suelto, desenvuelto.

Cenan conmigo viejos amigos. La cena mensual que parecía haberse agotado en los últimos meses revive hoy cuando pongo accidentalmente sobre la conversación de sobremesa el tema del estrangulador. Cuatro muertes ya le dan derecho de ser mejor asunto conversacional que la marca del coñac.

NOVIEMBRE 11

Fuera de los planes. Salí de la casa a recoger materiales de trabajo en la oficina y encontré a la dentista de mis padres a la que se le había descompuesto el carro frente al consultorio en Palmas. Temerosa me pide compañía.

Primer asesinato wagneriano. Con la música del estéreo del coche a todo volumen, en una pequeña calle de las Lomas.

La mujer pensó en principio que quería seducirla y aceptó los primeros escarceos.

Arrojo el cadáver ante su coche.

Improviso una lacónica nota: «Cerebro, Ya». (Lamento la ausencia del error de ortografía. Supongo que servirá para desconcertar más a los perros de presa).

El momento definitivo ha resultado escalofriante. Cuando mis manos en lugar de posarse en sus pechos lo hicieron en torno a la garganta, susurró: «No bromees, tómame».

¿No hay una enorme identidad entre ambas intenciones? Ahora es mía en otros términos.

¿No hay compasión en mí?

Siento un remordimiento superficial. No era una profesionalista ineficaz. Era una buena dentista... Al menos eso decía mi padre... Quizá se hubiera acostado con ella alguna vez.

NOVIEMBRE 13

Asuntos de negocios me reclaman fuera de la ciudad y el país.

Logro una segunda intención al darle una pausa a esta esta carrera que no había sido prevista contra el tiempo.

NOVIEMBRE 21

Siento en la ciudad la presencia maligna de un asesino. La hipersensibilidad femenina la delata. Tengo que reconcientizar el hecho de que soy yo mismo el autor de esta presencia macabra.

Los pequeños gestos de la vida cotidiana han sido invadidos.

Comentarios en el estacionamiento. Secretaria que se hace acompañar por otra para ir al baño del edificio. Pocas mujeres en las calles solitarias. Patrullas policiacas visibles en las esquinas. Reportajes en las revistas de circulación semanal.

Archivo recortes obtenidos en los Estados Unidos sobre el misterioso Cerebro mexicano. Un tercio de columna de Newsweek, casi tanto espacio como el que

dedican a la aparición de un tomo más de las memorias de Robert Kennedy.

Este ambiente me enardece sexualmente.

Difícil encontrar prostitutas en las calles. Tengo que recurrir a semiprostitutas conocidas y hacer el amor con una de ellas en un hotel vigilado por mil pares de ojos.

Una industria que fenece.

Anoto: La prostituta me pide que le ponga las manos en torno al cuello.

Me reprimo y disfruto el momento. Simulo ser no-ser el que soy. Un orgasmo feliz me sacude.

NOVIEMBRE 22

Un acto magistral. Una adolescente en un cine. Casi accidental el proceso, la decisión de último minuto. Entre una oficina y otra. Contra el tiempo.

Alardes de ejecución.

Podría limitarme a esperar situaciones como éstas. Se han vuelto casi imposibles las noches de cacería, y sin embargo en ellas estaba el goce más sutil.

La cadena tiene media docena de eslabones.

Cambié de asiento y esperé a que se encendieran las luces.

Esperé los primeros gritos. Salí del cine.

Maremagnum. Mujeres gritando. Alaridos casi.

Ahora, una figura casi intangible acompaña sus más íntimos sueños.

Una figura expectante: la mía.

Se me impuso otra nota esquemática: «Yo, cerebro». Tendría que llevar una provisión de notas en el bolsillo. Resulta peligroso.

Apenas si pude reconocer el último cuerpo que se puso en mis manos.

A la hora del recuerdo, este sexto cadáver resulta enormemente anónimo.

Noviembre 24

«¿Qué condiciones habrán de reunir los que deseen comprenderme?».

Mondragón: «Es un cabrón que me hace imposible acercarme a las viejas. Nomás estiro un brazo se me espantan».

El que escribe escucha explicaciones sobre el que actúa:

La señora de la limpieza: «Estará muy enfermo... No tiene perdón de Dios».

Ordaz (el de Bucareli): «Tiene muchos huevos... Pero ¿por qué no se las coge antes...?».

Yo mismo aventuro opiniones. Resulta extremadamente sorprendente. La ciudad es mía.

Llegan rumores de que el estrangulador actúa en Guadalajara... De que mató a alguien en un baño del edificio próximo...

Mientras duermo en el enorme lecho, mientras me sacudo en él esperando el sueño que no llega, pienso en las mujeres que tiemblan al conjuro de mi aureola.

El sonido de la furia desencadenada me arrulla.

NOVIEMBRE 29

Soy un accidente más eficaz que otros, más puro.

Si insistiera durante dos o tres años, terminaría siendo una rutina aceptada, incluso revalorada socialmente.

Lo que hace magistral esta puesta en escena es el tiempo. Tres meses azotará el simión del desierto. Tres meses de tempestad y luego la calma. Dejaré una estela tras de mí:

Susurros, murmuraciones, ecos sombríos.

NOVIEMBRE 30

Constato en una recepción en la embajada de Suecia a la que he sido accidentalmente invitado:

Las mujeres de este nivel social atribuyen el hecho a la barbarie natural del país.

Absurdo. Quizá otra forma más refinada de matar las hubiera seducido más.

El mayordomo se ha atrevido a preguntarme qué es este diario.

Respuesta afortunada:

«Es la historia de una gran aventura... Una de las más grandes».

Sin embargo no quiero crear suspicacias y deslizo un par de frases que le harán pensar en una aventura comercial.

Noticia: Las dos sirvientas se han negado a salir en su día libre si el mayordomo no las acompaña.

Humor macabro: Me quedo solo. No vaya a ser que un estrangulador me prive de un servicio calificado.

DICIEMBRE 2

Se acaba el reposo. El que escribe ha seleccionado una nueva víctima.

La séptima del eslabón. Por primera vez, ha escogido previamente, ha decidido. Trata de que el impacto de la muerte golpee cerca de él.

No demasiado cerca.

DICIEMBRE 3

Ejecución precisa. La mujer sospechó en el último instante. El cadáver fue abandonado en una de las salidas muertas de la carretera a Querétaro.

¿Qué hacía allí?, podrán preguntarse.

Que respondan.

Para no dejar en menos las palabras de su jefe, fue violada.

El que escribe siente el peso de la rutina.

El cosquilleo del peligro. La emoción de la aventura no acabada duró escasos minutos.

La brevedad es una nueva fórmula.

Un vaso de leche tibia bastó para provocar el sueño.

Una nota lacónica: «Cerevro vuelve».

DICIEMBRE 4

Los periódicos hablan de dos crímenes en un mismo día.

Sorpresa absoluta.

Una sirvienta de 17 años, que esperaba un camión para Atenancingo.

Una nota: «Es la justicia».

Han tenido la habilidad de destacar que las letras mayúsculas parecen tener un trazo diferente.

Sin embargo el imitador ha puesto siete rayas.

¿Notarán la incongruencia?

Dos cadáveres en un mismo día. Ambos con siete rayas.

La ropa interior de la sirvienta desgarrada.

¿Se ha iniciado una escuela?

¿Quién será este misterioso estrangulador?

No puedo conciliar el sueño. Mi planeta absolutamente privado ha sido invadido por un intruso.

Me horroriza y me fascina al mismo tiempo la situación.

Necesito tiempo para meditar. La angustia me carcome.

¿Deberán las rayas del auténtico Cerevro seguir progresando a partir de siete o de ocho?

¿Compartiré el averno con ese triste imitador?

¿Será un truco policiaco?

Me guste o no, la cadena tiene ya ocho eslabones.

DICIEMBRE 5

«No hay error más peligroso que confundir el efecto con la causa».

El lastimero alarido de un violín solitario no hace una sinfonía. Son las partes las que se arman para darle un mensaje al rompecabezas.

¿Tendré que hablar? ¿Tendré que contar el final de esta historia?

Imposible encontrar al imitador. Un grano de arena en el océano de perversiones humanas en una ciudad que las reúne casi con sorna.

Posibilidades: Utilizar el entorno ya creado. Una imitación. Una cobertura. Una trampa.

Me asquea no dominar el juego. Siento que hay sentados varios oponentes al otro lado del tablero. Sombras sin sentido.

DICIEMBRE 6

Nuevas apariciones en escena:

Héctor Belascoarán Shayne. Aparece en los anuncios de televisión como participante en el Gran Premio de los 64 mil dentro del tema: «Grandes estranguladores en la Historia de Crimen».

Al principio me he sentido defraudado. Todo puede ser integrable.

Harán galletas marca «El estrangulador». No hay una moral social.

Segunda reacción: Una cara interesante. Es joven. Mira a la cámara con gran sobriedad. Es un reto. Probablemente un cebo. Quizá el segundo estrangulador, el «Viernes» de mi isla hasta ahora desierta.

El que escribe decide transcribir aquí con lujo de detalles la aparición de esta nueva comparsa sobre el escenario.

Compré una televisión con notable sorpresa de mi mayordomo. Tuve que comprar una segunda para el cuarto de servicio. Indignación de mis padres si vivieran.

PD: Ordañez inconsolable ante la mortaja de su secretaria. Juró venganza. Los amigos lo consuelan.

Puedo decir que era virgen... Inconcebible en la secretaria de un político.

DICIEMBRE 7

«Toda verdad es sencilla. ¿No es esto una doble mentira?».

El juego parece recobrar nuevamente su pasión. Necesitaba al enemigo, la angustia de la espera, la intranquilidad del resultado del incierto encuentro.

Un letrado en superposición informa que Belascoarán Shayne es detective privado (el que escribe tenía entendido que no existían en este país, que no existían fuera de la ficción. Personajes de guardarropía de repertorio anticuado). Teléfono de su oficina y dirección. Tomo nota.

Notable conocimiento sobre el tema. Ha leído muchos de los libros que conozco.

Insensible, frío. No concilia con los animadores del programa, no acepta bromas ni suministra información innecesaria.

Mira a la cámara como... ¿buscándome?

¿Me busca?

¿Es un reto? ¿Un duelo?

¿Habrá llegado a asesinar para mostrarme el valor del duelo, lo que está poniendo sobre la mesa?

Me desconcierta ese muchacho.

El Cerevro hará una pausa hasta tener las cartas más férreamente tomadas en la mano.

DICIEMBRE 8

Lo he seguido al Aeropuerto. Recibe a una muchacha.

DICIEMBRE 9

Le hablo por teléfono. Le doy una dosis de silencio y la soporta. Intento que explique, que aproveche la oportunidad.

Me responde con otra dosis de silencio.

«¿De qué sirve que yo tenga razón? Tengo razón sobrada. Y el último que ríe será el que ría mejor».

Jugaré con él.

Recuerdo los instantes de la infancia en los que esperaba ansioso el regalo de cumpleaños.

Nuevas emociones nacen en mí.

Me irrito fácilmente. Paso la noche en vela.

En la oficina me distraigo fácilmente también.

Vivo más dentro de mí que en el exterior. Me estoy volviendo distraído.

Necesito que todo se aclare a mi alrededor.

DICIEMBRE 12

La figura de mi perseguidor al que sigo fielmente se me hace ya familiar. Lo convierto en lo que es, un juguete de mi destino. Una cagada de mosca sobre un mapa.

Puede distraer temporalmente... pero será limpiada. Nuevo telefonazo.

«Prometo un nuevo cadáver. En tu honor».

DICIEMBRE 14

El que escribe se enfrenta nuevamente a este papel en blanco para marcar otra victoria. La pluma tiene sangre viva otra vez.

Un escalofrío me arranca del ensimismamiento.

He dejado una nota lacónica en el empedrado de la Alberca Olímpica sobre el cuerpo de una mujer: «Cerevro cumple su promesa». Se acerca el final.

Serán los últimos días vertiginosos.

El último cadáver era también una novena rayja.

DICIEMBRE 15

Tengo a Bastien en casa haciendo los ajustes finales de la contabilidad del año. Tradiciones familiares lo imponen.

He visto nuevamente a ese muchacho en la televisión. Pareciera agotado, destruido físicamente.

¿Pesará sobre él el último monumento de Cerevro?

XI

*La investigación se asemeja a
los largos meses de gestación, y la solución
del problema, al día del nacimiento.
Investigar un problema es resolverlo.*

MAO TSE TUNG

Y eso era todo.

El compartimiento se había llenado de una neblina gris y espesa que el traqueteo del tren no disipaba. El ambiente de un gris enrarecido, la garganta picaba.

Héctor apagó el cigarrillo. El último de una cadena ininterrumpida que se había iniciado con la primera página del diario. La muchacha de la cola de caballo lo observaba con la mirada triste de esas últimas horas. Contra lo habitual en la relación de ambos, fue la que rompió el silencio.

—Antes de hacer nada, incluso antes de decidir si este diario es real o sólo un truco tienes que definir algo. Dejarlo muy claro...

Héctor sopesó sus palabras y asintió silencioso.

Ella tomó el diario, buscó una frase y releyó en voz alta: «Dos cosas quiere el hombre de verdad: el peligro y el juego». Hizo una pausa:

—Para enfrentarlo, para derrotarlo, para destruirlo, tienes que ser diferente. Tienes que ser moralmente diferente... Toma las imágenes de esas mujeres asesinadas. Toma su derecho a la vida. Haz de esas caras que te miran motivo de la venganza.

La muchacha estaba exaltada, sus palabras en el pequeño compartimiento del tren golpeaban las paredes.

Una tormenta estalló a lo lejos. Sólo los relámpagos diluidos por la distancia rompían la noche.

Esta negra noche, pensó Héctor y luego recordó algunas de las palabras de la conversación con su hermano:

«Cuídate del Presidente de la República, del dueño de la fábrica de enfrente. Quizá ellos estén también jugando en el borde de su sistema, del que han creado y sobre el que permanecen como perros dogos, zopilotes

cuidando su carroña».

—Sólo si aceptas que una vida vale tanto como otra. Sólo entonces podrás tomar en tus manos el derecho a la venganza. No en nombre del sistema, ni de la seguridad social. En nombre de cada uno de los muertos...

La tormenta rasgaba el cristal de la ventana, el tren cruzó una mancha de lluvia.

Héctor habló lentamente:

—Yo quería escaparme de un sueño. Yo quería construir un juego y jugar la vida... Sea, vamos a jugarla.

—Con los ojos abiertos —dijo la muchacha.

La tormenta explotó cerca del tren que recorría vertiginoso las rectas enormes que apuntaban como flechas a la ciudad de Irapuato.

El encargado del vagón, un viejo con lentes oscuros y la gorra ligeramente ladeada les informó que faltaba media hora para llegar a Irapuato, y que allí el tren se detendría otros quince minutos.

Intercambiaron denuestos contra el sistema ferroviario, contra el administrador Gómez Z., contra el sindicato más blanco que la cal, y contra los relojes suizos (esto último sin que Héctor supiera bien a bien por qué, aunque se sumó vehementemente).

Se encerraron nuevamente en el compartimiento. La muchacha de la cola de caballo había conseguido en el ínterin un par de refrescos y dos platos de sopa de cebolla en el vagón restaurante; bajo el brazo traía una barra de pan francés.

Héctor comenzó a ordenar sus notas en voz alta. La muchacha lo interrumpía apasionadamente para introducir acotaciones y apuntes de una notable precisión. Trabajaron como poseídos por el diablo, un diablo burlón que acompaña a los que laboran horas extras sin presión de capataces.

Al final habían obtenido un esquema bastante preciso que Héctor había adornado en los márgenes con notas.

Si el diario es real, ¿quién lo envía? ¿El tal Bastien... con acento ruso?

Sobre ese supuesto:

El asesino:

47 años (nació en noviembre 2, 1928). Coincide aniversario muerte de sus padres (¿hace cuantos años?, ¿juntos? Tiene que haber sido un accidente... No muchos años. Aún conserva su presencia la casa y el servicio es el mismo).

Notable fuerza física, agilidad.

Tiene acceso a un club donde juega squash.

Casa cerca de Palmas.

Oficinas(s)... más de dos. Tres probablemente.

Una de ellas en Bucareli, otra a menos de 10 minutos caminando del cine México.

Desde la tercera se ven los aviones (no puede ser Bucareli ni la del Cine México).

Es en cierta medida un solitario. No hay parentesco a la vista.

Tiene una extraña cultura. ¿De quién serán las citas?

Dinero en abundancia (compra televisores como cepillos de dientes).

Coche: Dodge Dart (del año, seguro).

Amigos de Bucareli: Café La Habana, ligados al séptimo asesinato (la secretaria de Ordaz).

Estudios en Ginebra.

Toda su ropa tiene un monograma.

Trabajos: «Contrato fuerte con el gobierno». «Cartas Sudáfrica».

Es indudablemente el jefe (reverencias diluidas. Secretarías: ¡Clarita!).

Leía recibos de compraventa de Interamericana, la compañía de la secretaria asesinada en la San Rafael.

«Instrucciones quesos nueva marca».

Invitaciones accidentales embajadas: «Sigo utilizando el privilegio de la dirección equivocada».

Los segundos lunes de cada mes, o el día 10, cena mensual.

La dentista tenía entre sus fichas la de los padres del asesino.

Dos niños lo vieron en el asesinato de la maestra de Lindavista.

Ordenó este caos disperso:

- 1). Ordaz, el jefe de la secretaria asesinada, lo ve frecuentemente en el café de Bucareli.
- 2). Los niños de la escuela de Lindavista pueden dar una aproximación de su apariencia (iba disfrazado).
- 3). ¿Por qué le llegan invitaciones para recepciones de embajadas?
- 4). El archivo de la dentista.
- 5). El archivo de Interamericana.
- 6). Una oficina de Bucareli que tenga que ver con «quesos de nueva marca».
- 7). ¿Qué empresas en este país tienen relaciones con Sudáfrica?
- 8). Un club de squash en Palmas, Lomas, etcétera.
- 9). Qué talleres o fábricas ponen monogramas en la ropa.

Esas nueve pistas básicas tenían que darle la salida al laberinto.

El tren se detuvo en Irapuato. Las luces de la estación iluminaron el compartimiento. La muchacha de la cola de caballo bajó el cubreventana. Los ruidos amortiguados de la estación subieron desde el andén.

¿Quién era el segundo asesino? ¿Por qué?

¿Habría en ese caso que rastrear entre las amistades de la sirvienta muerta?

La fiebre del diario del asesino había penetrado sus poros.

La muchacha se le acercó y le tomó las manos.

Héctor le besó la frente.

Nuevamente se sentía desamparado ante una situación que lo atrapaba como un pulpo feroz... Aquel pulpo de *20 mil leguas de viaje submarino*.

Julio Verne en la estación del tren, en Irapuato.

—Tenemos quince minutos... —dijo la muchacha de la cola de caballo.

Héctor se fue dejando caer en ese pozo sin fondo del amor que no quería y al que temía. Sólo el amparo del miedo de la muchacha-niña de la cola de caballo, el miedo que hacía de espejo entre ambos, que los reducía y los agigantaba, que los humanizaba en aquel compartimiento del tren en que el

humo del tabaco no podría ser cortado ni por una navaja sevillana.

Se aferró a la última idea:

—*Cinco semanas en globo, El faro del fin del mundo, La isla misteriosa, Norte contra Sur, Los naufragos del Liguria, las Indias Negras, Los hijos del capitán Grant...* te amo.

Todo encuentro largamente prorrogado se inicia con un largo silencio. En él caben las esperanzas y las dudas. A él le pertenecen los titubeos, el desechar los otros amores, el olvidar todo lo que ha quedado rezagado.

Hace falta disposición para empezar de nuevo. Sobre todo, si ambos viven con la sensación de que quién sabe cómo, algún día, el amor se ha vuelto imposible.

No le queda al amor más que la ilusión, la mueca que sustituye al gesto.

Es este teatro griego en que la máscara ha sustituido al rostro, y ya no es posible recuperarlo más.

No hay magia ni encanto. No hay fascinación, mucho menos violines en esta noche triste pero apasionada y tensa.

El amor se construye piedra a piedra. Pongamos la primera. Depositemos la piedra madre sobre la tierra.

Por los mismos motivos por los que las úlceras no cierran y las heridas no cicatrizan, el que no sabe nadar no se lanza al océano y el que sabe titubea.

Dejando atrás las otras caras, los otros besos, las otras caricias, rompiendo con la impúdica necesidad de hacer comparaciones.

Como dos gatos escaldados por el fuego al fuego se acercan. El fuego llama y al fuego acuden.

Porque también en la desesperanza se encuentra otra forma distinta de esperanza.

Danzantes en torno de la hoguera. Amanecer del duelo; noche del encuentro.

La muchacha se quita la cinta de cuero que sostiene el eje de la cola de caballo. Piensa: «*Nuevamente recorro. Pongo los pies de nuevo en el camino*». La cinta de cuero queda en su mano flotando allí como un instante

más de lo debido... Y luego cae al suelo.

Héctor empuja el diario del estrangulador a un lado, se desliza hacia el suelo del compartimiento, empuja con la mano izquierda la pata metálica del sillón. Piensa: «*Otra mujer, a veces otra cara. ¿No es jodidamente lo mismo?*». Ella sacude el pelo suavemente. Un arcoiris de color café claro se extiende. Piensa: «*No lo estropearás, no romperás el encanto, no destruirás este momento*». Héctor se quita el saco de pana deteriorado por tres meses de cacería en el aire de una ciudad cargada de smog, se lo quita suavemente, queriendo no romper el encanto. Piensa: «*¿La quiero?, ¿estoy enamorado de ella?*». La muchacha se acerca y se arrodilla frente a él. En sus ojos se va encendiendo una pequeña chispa. Piensa: «*Tómame de las manos y quédate frente mí, mirándome, mirándome. Siente lo que te quiero contar, la historia que te quiero contar sólo a ti*». Héctor se pone de rodillas frente a ella, ojos en los ojos. Piensa: «*Todo esto es un fraude, muchacha, no tengo nada que darte*». Ella se desabrocha la blusa café claro, cada botón una pausa. Héctor va desabrochándose la camisa al mismo ritmo. Termina más tarde porque tiene un botón de más. Ella piensa: «*Cuídame*». Él piensa: «*Protégeme*». La muchacha lanza sus brazos hacia atrás y deja caer el chaleco y la blusa al suelo. Piensa: «*Cuando uno hace el amor, se va quedando un manto de ropa sobre el suelo*». La mano de ella avanza hacia las cicatrices de la cara de Héctor, suavemente las repasa, sus dedos recorren los dos surcos queriendo cerrar la herida, abrir la herida. Piensa: «*¿Por qué esta necesidad de posesión total, por qué la necesidad de saber si otras mujeres han pasado antes por ti, por qué la necesidad de pionero? Sé que este instante es totalmente mío. ¿No basta?*». Se ha quedado con un brasier negro que Héctor explora. Siente los contornos de la tela, las rugosidades, las costuras, adivina y siente los dos pechos bajo él. Piensa: «*¿Ya no es posible la entrega simple de otras veces, de las primeras veces? ¿Ya*

no puedo quitar las sombras de otras caras? Todo tiene que pensarse, reflexionarse, digerirse. Amor y basta. En esta victoria de la reflexión está la peor derrota. El truco, la habilidad no sustituye nada. Soy una vieja puta». Las manos de ella descienden al cinturón y lo desabrochan. Tira por la hebilla poco a poco. Piensa: *«¿Por qué resulta más fácil desnudar a una mujer que a un hombre?»*. Héctor pone las manos en la espalda de la muchacha, toca el cierre del brasier, lo rehuye; acaricia la espalda, se detiene en los omóplatos, descienden sus manos a las costillas, las cuentan, las recorren. Piensa: *«Qué mierda, ¿por qué disimulo? Quiero desnudarla no acariciarle la espalda. ¿Por qué el miedo a engancharme en el broche, ser torpe, estropearlo todo?»*. Sus manos vuelven al broche y regresan a la espalda, que se va erizando al tacto. Cálida piel entre las manos. Ella ha terminado de quitar el cinturón. Lo arroja sobre la alfombra de ropa. Piensa: *«No vayas a fallar ahora, no te vayas a de tener en el broche del brasier, no tengas dedos torpes»*. Sus manos van lentamente a la espalda y ayudan a los dedos de Héctor a romper la barrera, el portón de la fortaleza asediada. *«Gracias»*, piensa Héctor. Le besa la frente suavemente. Otra vez el amor recobra el encanto adolescente. La búsqueda, el miedo al error, la necesidad de suplir una técnica no adquirida con una suficiencia aparente. Los dos pechos de la muchacha van quedando descubiertos poco a poco, inmensidades, horas enteras mientras Héctor va haciendo descender el pedazo de tela negra. Los brazos de la muchacha han bajado hasta que las palmas se apoyan en la alfombra. Piensa: *«Te amo, cómo te amo»*. Repiensa *«¿Intento convencerme?»*. Héctor ha dejado de pensar, espera que los pezones asomen bajo la tela, espera, espera, espera, espera, espera, espera. Ella suspira suavemente en sus ojos llenos de humo, con una lágrima colgando. Los ojos de Héctor descienden a los dos pezones que apuntan a su pecho. Apoya en ellos los centros de las palmas de sus manos y aprieta. Piensa: *«El sexo aviva la hoguera»*. Va siendo invadido por la muchacha, por sus ojos suaves. Siente cómo los

pechos se tensan cerca de su mano. Los toma. Ella piensa: «*Así, déjame llegar a ti. Así*». Se acercan uno al otro hasta que sus cuerpos se juntan. Tienen que avanzar un poco de rodillas, acomodar sus estaturas, hundir la mejilla en el pelo, aspirar. Las manos de ella desabrochan el botón en el que el pantalón cierra.

Sin vacilar, de ahí se extiende la caricia a los ijares y el estómago. Piensa: «*Mucho más fácil el cuerpo de una mujer para dejarse amar*». Las manos de Héctor descienden y se apoyan en los huesos de la cadera, los toman, los sostienen. Piensa: «*¿Cómo carajos me voy a quitar los calcetines?*». Ella piensa: «*Y ahora, ¿cómo demonios te voy a quitar los calcetines?*». La muchacha descubre que Héctor no usa calzoncillos y lo agradece. Héctor descubre que la muchacha ha dejado caer sus zapatos antes de acercarse a él y lo agradece. Encuentra el cierre de la falda en un costado y lo hace bajar de un solo golpe. Piensa: «*Como el tajo mortal del hacha del verdugo*». Introduce una mano por la herida recién abierta, la hace girar por la espalda, encuentra el elástico de los calzones y juguetea con él. La muchacha lucha hace descender el cierre de la bragueta de un solo golpe. El sexo de Héctor palpita y se reacomoda, sale. La muchacha lo toma entre las manos y lo sostiene. Héctor desliza sus manos sobre las nalgas suaves y acaricia. Siente cómo la piel se endurece. La muchacha lentamente se pone en pie, la falda se desliza hasta el suelo. Héctor asciende arrastrado tras ella. Antes de ponerse de pie espera que el cuerpo de la muchacha pase a su lado y besa el punto donde se encuentra el sexo sobre los calzones negros. La muchacha se pone de puntas sobre los pies de él y le pone los labios en los labios, sus pechos empujan el pecho de Héctor, se clavan fieros. Héctor piensa: «*Un río, una cascada*» mientras su sexo se acomoda entre las piernas de la muchacha y su mano desciende bajo el calzón a buscar el sexo de ella. La muchacha piensa: «*Una llave de agua que gotea*». Apoyando la punta en el talón del pie contrario Héctor se quita el zapato. Ella toma sus calzones y comienza a hacerlos descender hasta la mitad del muslo, hasta allí llegan sus manos. Se detiene. Héctor acomoda su sexo entre las piernas de ella y siente el calor del sexo de la muchacha cercano al suyo. El tren

comienza a moverse.

—¡Putra madre! ¡Se va el tren!

Ridículos, absurdos, amantes. Se ríen a carcajadas. El tren arranca.

Se habían vestido entre risas. Habían saltado del tren en marcha olvidando el importe de los cascos de coca cola en el compartimiento pagado hasta Uruapan. El diario del estrangulador viajaba en el bolsillo del saco de pana de Héctor. Caminaron tomados de la mano un par de kilómetros hasta la terminal de autobuses. Amorosos por primera vez en muchos meses. Unidos ahora sí en la aventura.

Porque acerca mucho más el acto fallido, el compartir el absurdo que el triunfo. Porque la ausencia de final de su acto amoroso no abría la compuerta de las dudas, de las comparaciones, de los arrepentimientos. Porque volvía la adolescencia a campar, sobre la tierra agostada de las batallas amorosas.

Abrazados, besándose, jugueteando, enlazados llegaron a la terminal y pidieron dos boletos para el primer camión que saliera hacia México. Tomaron dos tortas de huevo con chorizo carísimas en el restaurante y se subieron audaces en un Flecha Amarilla de segunda que tomó la carretera como si fuera exclusivamente suya.

La muchacha de la cola de caballo acomodó la cinta de cuero en torno a su pelo, miró a Héctor amorosa, dulcemente.

—Tenemos una deuda.

—La cobraremos. Hay que buscar a un asesino y acabar con él.

—¿En el nombre de quién?

—En los nombres de siete mujeres asesinadas.

Ella se durmió en sus brazos.

Héctor recordó un pedazo de poema de su amigo de la prepa René Roque: «Nos unimos más y nos separamos más; danzantes y enterradores de asesinos. Algo tenemos que hacer».

Estaba metido en una cabina de plástico con un par de ridículos audífonos sobre las orejas. Sobre su imagen se superponía un letrero: BELASCOARÁN SHAYNE. Intermitentemente con otro: GRANDES ESTRANGULADORES EN LA HISTORIA DEL CRIMEN. Sonaba en el estudio la música de espera

mientras un gran segundero en la pared recorría los 30 segundos que le daban al concursante la opción de meditar su respuesta.

El locutor avanzó un par de pasos hacia la cabina y tomó la iniciativa.

—Le repetiré las preguntas —dijo leyendo su tarjetón.

Héctor negó con la cabeza. El locutor sorprendido volteó hacia la cabina.

—El personaje al que se refiere su primera pregunta se llamaba Simón Manrique. Era conocido en los ámbitos periodísticos de la época como el Buitre de Managua. Nació en Chiriquito en 1893 y murió ajusticiado en Managua el 16 de abril de 1911.

—Perfectamente, perfectamente —decía el locutor rebasado por las circunstancias.

—La segunda pregunta se refiere a un caso poco importante en la historia de los estranguladores famosos. Modesto Vázquez Reyna, mexicano de nacimiento, fue ajusticiado en Los Ángeles en abril de 1933, pero nunca se comprobó certeramente su participación en el asesinato de las dos enfermeras. Es un supuesto en las historias y los tratados criminalísticos atribuírselos.

—Perfectamente, perfectamente bien contestado.

—La tercera pregunta es más compleja.

Hizo una pausa.

—¿Quiere que se la repita? —Y antes de que Héctor asintiera se lanzó:

—El nombre completo del estrangulador de Petersburgo, el nombre de su ejecutor y los motivos de su ejecución.

—Se trata del conde Miguel Abramovich. Fue ejecutado por el socialrevolucionario Damián Danilovich, por acuerdo de la secta en la que éste militaba, «Los Hermanos de la Patria Grande». Lo mató de un tiro a bocajarro, y así vengó a las seis compañeras que habían muerto a manos del Conde.

Una salva de aplausos prefabricados unidos a los delirantes de un público que había hecho de Héctor un personaje de moda.

Salió de la cabina para recibir el abrazo conjunto de los animadores. El plomero Gilberto Gómez Letras unido a su esposa, y seis niños, danzaba a su alrededor.

Sonaban las dianas.

Héctor, impasible, buscaba en medio del público a un hombre de 47 años, fornido, gerente de tres compañías.

—¿Cómo se siente? —preguntó el animador.

Héctor hizo un gesto.

—¡¡La emoción no le permite hablar, señoras y señores... Este joven estudioso de la historia del crimen, acaba de ganar 64 mil pesos!!

—¿Y qué va hacer con el dinero, si no es indiscreción?

—No lo tengo aún decidido.

En el intervalo entre un concursante y otro, mientras se emitían un par de comerciales, un animador le dijo al otro:

—Como me vuelva a salir un concursante tan seco como éste, te juro que lo estrangulo.

—Ja, ja, ja —respondió el otro.

Un solecito ramplón, invernal y que iluminaba bien aunque calentaba poco, se colaba por la ventana. Marina, convertida en secretaria eficaz, comía una torta de jamón sentada en el escritorio del jefe, mientras éste, rondando por el cuarto iba dictando tareas que la muchacha escribía, muy resumidas, en la esquina del ejemplar de *Ovaciones* que servía como papel único en aquella oficina, ante la mirada intrigada del plomero que batallaba con un tubo herrumbroso.

«Cándida imagen de una oficina modelo», pensó Héctor. Desde su llegada a la ciudad del viaje en tren, el estrangulador parecía haberse hundido bajo la tierra.

La ciudad continuaba atenazada bajo el miedo de su invisible presencia, pero no daba señales de vida. Héctor estaba inquieto. ¿Habría huido?

—Hay dos posibilidades, socia...

—Hay muchas más —dijo la eficiente secretaria impidiendo que el jitomate de la torta se le cayera mientras hablaba.

—Dos básicas...

—Mentalidad cartesiana.

—¿Se te ocurren más?

—Eso no quiere decir que no existan.

—Chingada madre... No se puede trabajar con una estudiante de filosofía.

—Bueno, a ver si se dejan de mamadas y dicen eso de las posibilidades —terció el plomero.

—Dos posibilidades visibles.

—Más o menos —dijo Marina.

—O todo es un truco, o estamos sobre la espalda del estrangulador.

—Si todo es un truco, ¿por qué?

—O para distraemos... Pero ¿de qué?... O para jugar conmigo...

—¿Cuál es la decisión, jefe?

—Trabajaremos sobre la base de que el diario es real.

—Tengo anotadas estas nueve tareas. ¿Se te ocurre alguna más?

Marina leyó la lista. El plomero disimuladamente hizo a un lado el tubo herrumbrado y se acercó a ver si se podía mirar la lista.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Marina.

—Café La Habana, buscar a Ordaz... Preséntate como periodista de *Vanidades* y trata de sacarle información sobre su compañero de cafeteadas.

—Después de eso puedo pasar a interrogar a los niños de la escuela.

—Llévate un Volkswagen rojo que está en el estacionamiento de enfrente. Yo prefiero el Metro.

Marina arrojó el papel, se limpió los labios con la manga de la blusa oaxaqueña y saltó del escritorio al suelo.

—Hasta luego jefe —dijo. Caminó hacia la puerta y se detuvo.

—Jefe... Hoy es viernes —dijo y extendió la mano.

—¿Viernes?

—Se cobra los viernes.

Héctor sonrió, caminó hasta el cajón y sacó una chequera.

—¿Cuánto se debe?

Marina hizo cálculos mentales.

—Seiscientos once ochenta. Acaba de subir el salario mínimo. Más compensaciones...

Héctor puso la cifra y firmó. Marina tomó el cheque y caminó

nuevamente hacia la puerta.

—Hasta luego, señor Gómez Letras.

—Nos vemos, señorita Hernández —contestó el plomero.

El sol simplón le calentaba la mejilla. Tenía un problema que resolver en la cabeza, y no quería lanzarse a la calle antes de haberle dado vueltas.

—Y qué, la nueva secre... —dijo el plomero, y completó con un par de gestos harto significativos.

Héctor decidió ignorarlo.

¿Por qué llegaban a la casa del asesino invitaciones de embajadas? No de una, de varias embajadas. «Sigo utilizando el privilegio de la dirección equivocada». Una idea le circuló fugaz por las células grises:

No podía ser un error de dirección, puesto que eran varias las embajadas que lo repetían. ¿Entonces? La dirección de la casa era igual a la de una embajada... Esa situación de nombres de calles repetidas... ¿Se llamaba igual que un embajador?... Absurdo, no coincidirían las direcciones, además las invitaciones se hacían a nombre de las embajadas y no de los funcionarios...

—Mierda, ¿a quién le importan los bailes de las embajadas?

—A mí —dijo el plomero.

Héctor se recostó y pensando y pensando se fue quedando dormido.

El ruido de la llave en la cerradura lo despertó. Se levantó presuroso, sólo para ver entrar en la oficina a un personaje nuevo.

—Buenas tardes —dijo el personaje nuevo.

—Buenas tardes —respondió Héctor. Guardó la pistola en la funda sobaquera.

—¿Qué? ¿Cuál es mi escritorio? —preguntó el nuevo personaje. Era un muchacho como de la edad del propio Héctor con una chamarra de cuero y una barba de chivo.

—¿Y usted, quién es? —preguntó Héctor.

—Javier Villarreal, alias el Gallo.

«Ah, carajo, será un famoso ladrón, un violador de menores, un asesino internacional», pensó Belascoarán.

—¿Qué, cuál escritorio? —insistió.

—¿Y usted qué es? —preguntó Héctor.

—El nuevo inquilino. Su socio Gómez Letras me subarrendó la mitad del despacho que le toca por trescientos pesos...

Pinche Gilberto. Haciendo rápidos cálculos, Héctor comprobó que ganaba cien pesos al mes con esa transa.

—Pero no se preocupe, yo sólo lo voy a utilizar en las noches. Ya me informo a qué se dedica usted y no tengo inconveniente en tenerlo como vecino.

«Ah, bueno», pensó Héctor. «Si no tiene inconveniente».

—¿Y a qué se dedica, si no es molestia saberlo?

—Estoy haciendo una investigación sobre la red de cloacas de la Ciudad de México. Sabe, mi tesis profesional. Siempre me interesó mucho esa idea de que un día en esta ciudad nos íbamos a morir ahogados en mierda.

El nuevo vecino empezó a caerle bien. Se dejó caer en el sillón y volvió a hilvanar el sueño en el punto exacto en que lo había dejado.

En el Metro Balderas había una multitud esperando. El tren traía diez minutos de retraso. «Alguien atropellado», dijo una señora tras él. Había tomado las precauciones habituales y estaba seguro de que nadie lo seguía. Ni estrangulador, ni policías. Se sentía calmado, plácido. Estos estados de ánimo desconcertantes. En el fondo lo que pasaba era que seguía pensando que todo esto era mentira. Unas vacaciones inesperadas. Como la quinceañera a la que sus padres enviaban a San Francisco por diez días en excursión pagada «a gozar el sol y la magia de...». Pero ahí estaban las dos cicatrices sobre la cara, y el dolor que todavía le quedaba en la pierna; ahí estaba el diario, en una caja de seguridad en el Banco de Comercio, y ahí estaba la muchacha de la cola de caballo, y los nueve cadáveres.

¿Y si había sobornado a un cartero? Imposible, la embajada real a la que iban dirigidas las invitaciones hubiera protestado.

El Metro llegó y fue lanzado al interior. Viajó con los pies a tres centímetros del suelo prensado entre una señora gorda y dos jugadores de fútbol americano. Quería salir en Chapultepec, pero a duras penas logró hacerlo en Juanacatlán. La pierna le dolía.

Avanzó cojeando hacia la embajada cubana.

¿Y si las invitaciones las recibía de algún funcionario menor de la misma embajada? Absurdo. Tarde o temprano el personal protestaría y en los medios de las embajadas deben ser tan chismosos como en cualquier otro o más. Debe ser un medio cerrado, asfixiante, donde los sonidos de las moscas volando alterarían el dejar pasar de la vida diplomática.

Compró la *Extra* ante la Embajada y se la metió en el bolsillo. Entró cojeando y se detuvo un instante ante la foto de Fidel, Raúl y Camilo entrando a La Habana. Les sonrió.

—Perdone, las invitaciones para las recepciones oficiales, ¿cómo se envían?

La secretaria se le quedó viendo sorprendida.

—¿Cuáles recepciones oficiales?

—Cualquiera —dijo y se dio cuenta de que había empezado mal.

Después de un rato logró desenredar el primer obstáculo y llegó hasta un funcionario joven que hablaba como veracruzano y al que después de explicarle la historia, le desentrañó parte del misterio.

—Vaya, qué cosa más rara, chico.

—En Cuba no hay estranguladores —dijo Héctor y se arrepintió de inmediato de la frase, insulsa y absurda.

—No, viejo, están todos en Miami.

A la salida de la Embajada, se tomó una nieve en la Nevería Rombi y leyó con cuidado las declaraciones del comandante de la judicial asignado al caso del estrangulador:

«Estamos sobre la pista definitiva. Es cuestión de horas para que el demente que ha estado aterrorizando a la Ciudad de México caiga en nuestras manos...».

¿Qué se traerían entre manos éstos?

¿Estarían sobre la pista del segundo estrangulador? Esto obligaría al primero a actuar rápido si quería que el segundo se convirtiera en la tapadera de sus actos. Saltó de la banca y se fue sin pagar, aunque luego se arrepintió.

—¿Vas a pagar horas extras?

Héctor asintió. Como guerreros iroqueses, se habían pintado la cara con pintura de guerra, habían aceitado sus armas y cargado el tanque de gasolina, se habían tomado un café en casa del radiotécnico, habían comprado una bolsa de pan dulce y se habían lanzado a la ciudad.

Sólo un accidente, una enorme casualidad podía hacerlos tropezar con el asesino.

Elisa y Carlos, habían cenado con ellos y se habían ofrecido voluntarios para acompañarlos. Héctor se había negado. Era su bronca. Había aceptado a su secretaria-ayudante, y a la muchacha no le faltaban méritos. Se tomaba todo tan en serio que ayudaba a Héctor a sentir seguridad en lo que estaba haciendo. Además, era de una notable eficacia.

Durante la cena, mientras Elisa y él recordaban la aventura de la motocicleta, Carlos y Marina se hicieron a un lado a intercambiar noticias. Hablaban un lenguaje común, casi críptico, lleno de sobreentendidos y claves para iniciados: «Desarrollo, círculo, la base, los charros, el artículo 450, la correlación de fuerzas, el palanquearse, la Junta, el reglamento interno de trabajo».

¿Si tenía ese mundo, para qué carajo se metía a buscar estranguladores?

Héctor se atrevió a preguntárselo a Carlos mientras las dos muchachas lavaban los platos.

—Está quemada, hubo que darle vacaciones.

—¿Y eso de quemada tiene que ver con el sol?

—No, nagueal, tiene que ver con la fábrica en la que hace trabajo sindical. Se abrió mucho y los del sindicato blanco la amenazaron. La cambiamos por otra gente y le dimos vacaciones. Lo que pasa es que no se puede estar quieta, y entonces se me ocurrió que podía ganar una lana haciendo de secretaria...

Ahora en el coche, repasaron la información del día.

—Es un hombre de unos 42 años, según los políticos de Bucareli. Lo conocieron accidentalmente. Se presentó a sí mismo como «El señor Márquez». Han sido compañeros de café mañanero durante unos seis meses. La última vez que lo vieron fue un día después del asesinato de la secretaria. Eso fue lo más difícil de sacar, y los puse a pensar sobre nuestro personaje.

No me gustó hacerlo, pero no había otra forma de averiguar. Al final me tenían cercada con preguntas y tuve que ir al baño para escaparme por la puerta de atrás. Lo describen así: Unos 42 años, semicalvo, de 1.85 de estatura, nariz recta, blanco de tez, pelo castaño claro, manos enormes, fornido, ancho de hombros, viste elegantemente, corbatas escocesas, detalles de ropa extranjera que mostraba al descuido, ojos cafés, brillantes. No hablaba mucho, deslizaba la nota culta de las conversaciones según el mesero al que interrogué primero.

—Márquez —dijo Héctor masticando el apellido—. Revisé el directorio telefónico... Hay 614 Márquez en total, y 11 viven en Las Lomas, Tecamachalco, Palmas, etcétera.

—¿Los niños?

—La descripción que dio uno de ellos no sirve. Hablan de un vendedor de chicharrones con un gorro muy raro. No sirve. Para eso tuve que formar a todos los niños de la primaria y hablarles diez minutos.

—Vaya labor —resopló.

Héctor masticó la información.

—¿No comentaron nada de los monogramas de la ropa de Márquez?

—No pregunté.

—¿El coche que usa?

—Tampoco.

—¿Hacia dónde salía cuando dejaba el café?

—*Nyet*.

—Monograma en la cartera, en la pluma.

—No pregunté.

—Todo esto te lo puede decir el camarero.

—Bien, jefe. Y perdón.

—¿Por qué?

—Porque se me olvidó preguntar todo eso.

Héctor hizo un gesto con los hombros. Al fin, por primera vez, tenía algo más tangible de qué asirse. Al fin, el estrangulador dejaba de ser incluso la sombra que había sido al leer el diario. Tenía cuerpo y apellido, forma física. Los papeles habían cambiado. El cazador ya lo era definitivamente, y no era un cazador de sombras.

O casi no lo era. Esa noche, el asesino actuaría.

Manejando por turnos recorrieron la ciudad, de Norte a Sur, de Este a Oeste, buscando las calles menos transitadas, buscando un Dodge Dart manejado por un hombre casi calvo.

Callejones, baldíos, avenidas vacías en la luz mercurial, patrullas policiacas en los cruces, con las luces rojo y azul parpadeando, haciendo mayor el silencio.

Héctor observaba de reojo a la muchacha. La muchacha observaba de reojo a Héctor de vez en cuando. A las dos de la mañana hicieron un alto en un café de chinos.

—Dos cafés con leche. ¡Putra madre! —dijo Héctor.

—¿Qué pasa?

—Una embajada que ya no lo es... Ahí tiene su casa el estrangulador. Una embajada de un país desaparecido hace poco, que retiró su embajada, y a la que por rutina siguen enviando invitaciones los departamentos burocráticos de otras embajadas.

—Suenan coherente.

—Es casi seguro —dijo Héctor.

El cerco se apretaba.

Nuevamente en la calle, nuevamente en el coche. Marina manejaba ahora.

Héctor meditaba silencioso con la cabeza apuntando al techo. Marina lo miró de reojo.

—¿Qué representa para ti detenerlo?

—A fuerza de tanto preguntármelo tengo un nudo en la cabeza. No quiero hablar más de esto... ¿Qué tanto conoces a mi hermano?

—... Bastante. Nos hemos formado juntos.

Héctor fumaba su vigésimo cigarrillo. Calles y más calles. Ahora era él el que manejaba.

—¿Qué horas tienes?

—Las tres y media de la mañana.

—A esta hora, solamente encontrará cacería entre prostitutas, o a la salida de centros nocturnos. Y aun así, está difícil.

El coche enfiló hacia la zona de los cabarets de San Juan de Letrán. Luces tristes, poco movimiento, bastante vigilancia policiaca.

Marina tomó el relevo del volante. Héctor se acomodó y abrió una nueva cajetilla de cigarrillos.

—¿Estás seguro de que va a actuar?

—Seguro. El que la policía hable de que está sobre la pista, le sugerirá lo mismo que a mí. Le dará cobertura ideal. Tiene que llegar al cadáver número doce en esta noche nuestro Márquez.

Silencios, semáforos en rojo. El coche viró hacia el Oriente, rumbo a los moteles de la carretera de Puebla. Ninguno de los dos sabía mucho de la vida nocturna de la Ciudad de México y hasta esa tarde no distinguían un Dodge Dart de un Chrysler.

—¿Y qué explicaciones les das a tus padres para pasar la noche fuera?

—Hace mucho que no les doy explicaciones.

Marina engulló el último pan dulce después de ofrecérselo a Héctor que negó con la cabeza.

En el monumento a Zaragoza cambiaron el turno del volante. Héctor manejó suavemente por la lateral de la calzada.

Los reflejos de los moteles solitarios, algunos camiones vacíos regresaban en caravana por la calzada, probablemente de Puebla, del último acarreo de campaña electoral priista. Choferes desvelados y malhumorados. En contraste, Marina y Héctor estaban frescos, menos tensos que cuando se había iniciado la expedición, más relajados, pero atentos, dispuestos a saltar.

Se internaron en las avenidas más grandes de Ciudad Netzahualcóyotl.

—¿Lo del squash dio para algo?

—Hay ciento siete clubes en esa parte de la ciudad, más los privados —respondió Héctor.

—Tengo una idea pasable sobre lo de los quesos —dijo Marina. Héctor rebasó un Dodge azul y observó a los ocupantes: una familia entera que probablemente regresaba de alguna preposada.

—Por ejemplo: importación de quesos suizos. Sólo hay una compañía que lo haga. La oficina está en avenida Cuauhtémoc. Podría ser la segunda oficina a la que se refiere cuando habla del asesinato del cine México.

—Tiene sentido. De la oficina de Bucareli a la de Cuauhtémoc tenía que pasar por el cine México. ¿Los números coinciden?

—Ajá. La oficina está más allá del cine México, un poco antes del

Sanborns del Metro Hospital General.

—¿Cómo se te ocurrió?

—Junté lo de Ginebra con lo de los quesos.

—Vamos hacia allá. —Marina tomó su turno al volante.

Regresaron por Zaragoza hasta el entronque del Viaducto y siguieron hacia Cuauhtémoc.

Desde la calle se veía el letrero: «Mexicano-Suiza de importaciones».

—¿Cómo ves?

—Puede ser. Es más frágil que algunas otras cosas.

—¿Como qué?

—Lo de la embajada, lo de los once Márquez, lo del consultorio de la dentista, no sé.

Cambiaron nuevamente en el volante. Marina cruzó las piernas sobre el asiento. Traía una chamarra café con una capucha y llena de bolsillos. Se quitó los pequeños lentes y los limpió con una servilleta de papel sustraída del café de chinos.

—¿Ahora a dónde? —preguntó.

—Hacia las Lomas. Vamos a hacer guardia un rato en la entrada de la Fuente de Petróleos. A lo mejor pasa por allí.

Conectaron el Periférico hacia las Lomas. Hacía mucho frío en el interior del coche. Héctor conectó la calefacción.

El cambio de temperatura le provocó una punzada dolorosa en la herida. Se detuvieron de nuevo y cambiaron de asiento.

Vueltas y vueltas sobre la zona de las Lomas. Nada notable, silencio casi absoluto con excepción de una gran fiesta en la embajada Argentina. Se detuvieron en la puerta.

—Ahí estará.

—¿Y si preguntamos por Márquez...?

—¿Hay algún Dodge Dart estacionado?

Recorrieron el estacionamiento y las calles laterales. Nada.

—¿Habrá venido caminando?

—No es su estilo.

Marina al volante, Héctor acurrucado en el asiento de al lado,

encendiendo por enésima vez su cigarrillo. Manejaba concentrada, como si su única misión estuviera en mantener la atención en la calle y el volante. Héctor había aprendido a admirar la tenacidad de la muchacha y su fuerza.

Recorrieron las Lomas y las primeras subidas a Tecamachalco.

—¿Qué horas son?

—Cuatro y media... ¿A dónde ahora?

—A Palmas, al consultorio de la dentista.

Marina comenzó a cantar una samba en portugués. Héctor llevaba el ritmo distraído golpeando en la rodilla con los dedos.

—Un Dodge gris —dijo Marina de repente. Héctor levantó la vista. Los vidrios traseros eran opacos.

—Alcánzalo despacio.

Sintieron que el ambiente se calentaba. Héctor sacó la pistola, la puso entre las piernas.

—Pásame la mía, está al lado del freno de mano, en el morral.

El Volkswagen rojo se fue acercando poco a poco a las dos luces traseras del Dodge Dart.

Cuando el Dodge se detuvo en un semáforo en la esquina de Reforma Lomas y Pirineos, Marina deslizó el Volkswagen rojo hábilmente a su lado.

Héctor giró lentamente la cabeza hacia el asiento del conductor del Dodge. Volteó decepcionado.

—Tiene el pelo negro. —Y miró nuevamente. Durante un par de segundos, la mirada del conductor del Dodge y la de Héctor se cruzaron. Marina desde su asiento observó descuidada. Entonces, explotó todo. El conductor del Dodge puso la primera y su coche dio un salto brutal hacia adelante.

Héctor tardó en reaccionar.

—A lo mejor tiene peluca. ¡Soy idiota!

Marina arrancó y aceleró. El coche les llevaba 50 metros de ventaja y daba la vuelta en una de las pequeñas calles perpendiculares a Reforma.

Marina pisó el acelerador a fondo y dieron la vuelta rechinando las llantas. Ni sombra. Se escuchaba a lo lejos el ronco sonido del motor de un coche acelerando.

—Mierda.

A toda velocidad dieron algunas vueltas. Nada.

Marina detuvo el carro cerca de la Librería de Cristal de Las Lomas.

Las luces intermitentes del anuncio de la librería iluminaban y apagaban el rostro afilado, los lentes, los pómulos fuertes, la mirada endurecida y hacia adelante de Marina.

—¿Cómo era? —preguntó.

—Mierda —dijo Héctor, y se bajó del coche. Habían estado tan cerca.

Caminaste por la banqueta, encendiste un nuevo cigarrillo. Cojeabas aún. El aire helado de la noche te devolvió a los hechos, a los hechos escuetos, a la paciencia necesaria.

—Una nariz fuerte, dos ojos de buitre. Claro, una peluca negra. Corbata oscura, saco gris. Sin bigote ni barba. Era él, ese hombre que se llamaba Márquez, el asesino... ¿Las placas?

—¡Las placas! ¡Pendeja!... La madre... —Apretó el volante entre las manos, enojada.

—Era algo con AD...

—El último número un cero y el anterior... seis o siete.

Héctor anotó en una servilleta apoyándose sobre la guantera: AD?670.

—Sólo hay 18 posibles números si no nos hemos equivocado.

—No estoy segura, casi adivino lo de AD.

—Otra pista más.

—¿Ahora qué hacemos?

—A dormir, ya se lo llevó el carajo todo. Mañana desde las ocho hay que seguir lo poco que tenemos: las placas, la idea de la embajada, la importadora mexicano-suiza, el número de la dentista, las preguntas al mesero del Café La Habana... Y quedan tres cosas laterales —remató Héctor consultando una lista escrita apresuradamente en una tarjeta en la que repetía sus famosas nueve claves sacadas del diario—. Las fábricas que pongan monograma a la ropa, los archivos de Interamericana, y las empresas que tienen relaciones con Sudáfrica. No es gran cosa. Además, tengo interés en ver si en la casa de la muchacha que mataron en la San Rafael tienen ideas. Ese segundo estrangulador me inquieta.

Por el camino, repartieron el trabajo. La muchacha descendió frente a la casa de Carlos. Se despidió con un breve saludo de la mano.

Héctor manejó hasta su casa. El tabaco comenzaba a asquearlo, el sueño a penetrar por los terribles bostezos. ¡Qué cerca! Pero a pesar de todo, el cerco se estrechaba.

Subió poco a poco los escalones. En la puerta estaban dos notas pegadas con *durex* probablemente suministrado por el vecino radiotécnico:

«Mañana a las nueve de la mañana en la Magdalena Mixhuca». Firmaba lacónicamente: «Yo».

La otra era menos críptica: «Mamá te quiere ver. Elisa».

Se preparó un café y puso en hora el despertador. Con un poco de suerte y durmiendo vestido, estaría a las nueve en la Magdalena, (¿en qué parte?) con la muchacha de la cola de caballo, después de haber dormido tres horas.

Ni siquiera se quitó los zapatos.

—Carro 114, Renault. Santiago Flores —decía el altavoz.

Olía a gasolina, a aceite lubricante, a llantas quemadas, a espectadores sudorosos.

Caminó hasta la tribuna principal. Poca gente. Un par de vendedores de refrescos. Las cámaras del canal 13 rondaban en espera del inicio de la transmisión.

Tenía que estar por allí. No se imaginaba a la muchacha de la cola de caballo jugando volibol o fútbol femenino en alguno de los campos deportivos.

Buscó con la mirada en las tribunas semivacías del autódromo. Nada.

—Carro 89, Datsun. Andrés Vázquez Leyva.

Un Renault amarillo y otro azul oscuro recorrían la pista suavemente, calentando los motores.

Bajó de la tribuna y compró el *Excelsior* de la mañana. Repasó los titulares y buscó en la segunda sección A la nota roja.

—Carro 111, Renault. Irene Robles Camarena.

Volteó hacia la pista buscando el Renault 111. Era un buen nombre para la muchacha de la cola de caballo. Irene. Irene, no estaba nada mal. Como si fuera un novelista que hubiera elegido nombre para su personaje, se sintió satisfecho. El Renault 111 estaba muy cerca de la tribuna, no se veía nadie a su lado. Bajó hasta la pista eludiendo a un policía auxiliar.

Continuaba ojeando el periódico cuando levantó la vista y vio a la muchacha metida casi totalmente en el motor.

Ésa era su espalda, embutida en un overol de mecánico lleno de manchas de grasa. A su lado un casco azul oscuro, sobre él un par de guantes. Se acercó y le propinó una sonora nalgada. La muchacha volteó indignada.

Bella, con una mancha negra en la frente, el pelo amarrado con la eterna cinta de cuero, los ojos brillantes de coraje, el color que le subía en las mejillas.

—Tú... Tú... si no hubieras sido tú, le saco a alguien los dientes a patadas de karate —y se fue sobre los brazos abiertos de Héctor.

Estrechó a la muchacha un segundo, dos, tres, cuatro; casi un minuto, inmóviles en medio de la pista.

—A la madre, si tengo que cambiar esa bujía —dijo la muchacha rompiendo el *clinch*.

—¿Tienes un pañuelo? —preguntó.

Héctor rebuscó hasta encontrar un paliacate rojo ligeramente moqueado en el bolsillo trasero. Lo limpió cuidadosamente y se lo ofreció a la muchacha.

—Para ponerlo en el casco, como en los torneos —dijo.

Héctor tomó su cabeza entre las manos y así la sostuvo. El periódico cayó al suelo.

—Vayan tomando sus lugares —dijo el altavoz.

La muchacha metió la cabeza en el motor y hurgó un instante. Luego cerró la tapa, se puso el casco y amarró en el barbiquejo de cuero el paliacate rojo. Estuvieron un instante tomados de las manos.

Rompieron el cerco estrechado de las manos. Se metió al carro y calentó el motor. Salió a colocarse en el punto de partida. Héctor recogió el periódico. Los coches tomaron su lugar sobre la línea de salida: cinco Renault, dos Datsun y un Volkswagen negro.

La página abierta del periódico en el suelo contaba una historia ya lamentablemente familiar:

«TRES ASESINATOS MÁS EN UNA SOLA NOCHE».

«EL CEREVRO VUELVE A LAS ANDADAS».

«EXTRAÑOS MENSAJES EN LOS CUERPOS ASESINADOS».

Los titulares le golpearon los ojos.

—Carajo —dijo Héctor mordiéndose los labios. Una lágrima se le salió de ojos golpeados por las horas sin sueño. Las fotos de tres cuerpos destruidos sobre banquetas, pasto, asfalto frío, lo miraban desde la página 26 A.

LA POLICÍA EN RIDÍCULO NO BASTAN PROMESAS CLAMA LA OPINIÓN PÚBLICA

Se quedó en medio de la pista, mientras el ruido de las motores aumentaba. Uno de los técnicos de la TV lo hizo a un lado porque estorbaba el movimiento de las cámaras. Los coches arrancaron rugiendo. Héctor quedó cerca de los pits, la mirada perdida en el horizonte. Distinguió al final de la primera vuelta a una muchacha con cola de caballo cubierta por un casco del que colgaba un paliacate rojo, en un Renault azul oscuro con el número 111 pintado en rojo brillante, pasando en primer lugar extendiendo una mano en un saludo que se perdía en el aire.

El mundo se derrumba al estruendo del motor. Igual que cuando uno no tendió la mano suficientemente rápido y el otro cayó al abismo, igual que cuando no llegaste a tiempo para impedir que el gas explotara, igual que cuando la guerra estalló sin haberte consultado. Así.

El coche azul con el número 111 en rojo sangriento dominó la segunda vuelta. Otra vez una mano surcó el aire buscándote como destinatario.

Los mensajes decían:

«Cerevro ataca», «Otra muerte limpia» y «La cadena tiene doce eslabones».

Habían quedado tendidas para no levantarse tres mujeres más.

La muchacha pasó en segundo lugar en la cuarta vuelta, un Renault anaranjado dominaba por unos metros. Héctor miraba hacia el horizonte de los campos deportivos, pero levantó la mano dirigida a la muchacha. Un poco tardío, el gesto de ella apareció en la ventanilla izquierda.

Habían estado muy cerca en la peregrinación de la noche anterior, cerca en la deducción de que el asesino actuaría a toda velocidad esa noche, cerca

de las dos prostitutas asesinadas en Ciudad Netzahualcóyotl, cerca del asesino cuando terminaba su noche de cacería. La tercera mujer había sido asesinada en los pasillos interiores de un edificio de la colonia Escandón.

El público aplaudió, se iniciaba la última vuelta. El coche azul con el número 111 en rojo sangre le llevaba cuatro metros de ventaja al Renault anaranjado y los conservó hasta la meta. Su brazo asomó por la ventanilla cuando la cruzaba. Traía el paliacate rojo amarrado en la mano.

—Ha terminado la prueba preliminar —dijeron los altavoces—. Primer lugar el carro 111, Renault, manejado por...

Héctor caminó entre las gentes que felicitaban a los vencedores.

La muchacha había saltado por la ventanilla del coche y se acercaba a él.

—Da suerte, ves, da suerte —lo tomó de las manos. Héctor rompió el abrazo y le tendió el periódico. La muchacha leyó los titulares y se fue ensombreciendo.

—¿Quieres que haga algo? —preguntó.

—Me voy a teléfonos. Tengo que encontrarlo.

Ahora el ciclo ha terminado.

—Vámonos, llegaremos más rápido.

—¿Y el premio?

Los locutores de la TV se acercaban para una entrevista, los conductores del carro naranja y del Volkswagen negro para una felicitación.

—Chingue a su madre el premio —dijo la muchacha y corrió al coche azul entrando por la ventanilla. Héctor entró por la ventana del lado contrario y apenas se había sentado cuando el coche arrancó sacando chispas a la grava.

La muchacha tomó la salida del túnel. Arrojó el casco al asiento trasero y su pelo ondeó en el aire.

Un coche azul oscuro con el número 111 rojo sangre en los costados salió disparado de la Ciudad Deportiva.

La muchacha de la cola de caballo manejaba en la ciudad como en la pista. Llegaron rayando llantas y con un frenazo de película francesa a Teléfonos de México.

En Relaciones Públicas, el encargado de la recepción había visto el Gran Premio de los 64 mil y aceptó comparar los directorios.

—Verá, en estos últimos tres años se han dado de baja la Embajada de Somalia, la de la República Malgache, la de Chile y la de Pakistán.

—¿Alguna de ellas tiene... tenía su dirección en las Lomas?

—Deje ver... La de Somalia. Montes Cárpatos 167.

—Lo hicimos —gritó Héctor.

Salieron de Teléfonos como habían llegado. La muchacha de la cola de caballo se había quitado el casco y su pelo ondeaba como la bandera de la Brigada Ligera en Bataclava. Enfilaron por Melchor Ocampo hacia Reforma como un bólico.

Héctor comenzó a gozar esta terrible carrera. El aire le golpeaba la cara brutalmente, y los peatones miraban despavoridos. Un motociclista comenzó a seguirlos desde la Fuente de Petróleos y fue despistado en los laberintos de las Lomas, vieja pista de carreras de ella.

—Aquí a la derecha, a la izquierda —la muchacha iba advirtiéndolo—. Eso parece una cerrada, pero no lo es, termina en un callejón. Acelero a 90, bajo a setenta, curva.

El motociclista se perdió. Ella estacionó el coche tras los escombros de una obra en construcción y se besaron.

Héctor se sintió avergonzado. La venganza debería estar en su interior.

El coche arrancó otra vez, con aquel salto al que se iba acostumbrando, e inició una carrera terrible que sólo terminó ante el consultorio de la dentista asesinada.

La recepcionista accedió a mostrar el archivo a la muchacha de cola de caballo.

—Sólo quiero saber si tiene registrados como viejos clientes. Cinco años o más, a un matrimonio Márquez.

La muchacha regresó con una ficha.

—Alfredo Márquez Belmonde. Claudine Thiess de Márquez.

—¿La última consulta?

—Hace un par de años.

—¿La dirección?

—Montes Cárpatos 167.

—¿Teléfono?

—5140208.

Héctor le tendió 50 pesos.

Cuando subieron al coche, la muchacha de la cola de caballo preguntó:

—¿Ahora, qué vas a hacer?

—No lo sé —respondió Héctor taciturno.

La muchacha de la cola de caballo lo dejó en la puerta del edificio de oficinas.

—¿No hay nada que pueda hacer? —preguntó.

—Háblame dentro de una hora —respondió Héctor.

Cuando el coche arrancaba, avanzó un paso y dijo:

—Hasta luego, Irene.

La muchacha sacó un paliacate rojo por la ventanilla y lo extendió en el aire. El coche se dirigió hacia un parque, cualquier parque, en el que ella pudiera sentarse y pensar, masticar su amor y su vida.

Héctor Belascoarán Shayne subió las escaleras bajo la carga de los últimos hechos.

Marina lo esperaba ansiosa, rondando por la pequeña oficina como leopardo de circo. Había rechazado tres ofrecimientos de café, refresco y un cigarro sucesivamente de un obsequioso plomero.

—¡Llegaste!

—Llegué —dijo Belascoarán y arrojó el periódico sobre la mesa.

—Lo he leído —dijo ella— y sé cómo se llama.

—¿Cómo está, vecino? —dijo el plomero.

—De la chingada —respondió Héctor.

—Sé su nombre, su dirección, su historia —repitió Marina exasperada.

—No es para menos —dijo el plomero.

—Márquez Thiess —dijo Héctor.

—Hugo Márquez Thiess, Contador Público Titulado de la UNAM, una maestría de Filosofía en Ginebra hace 20 años.

—Montes Cárpatos 167, en las Lomas.

—Es dueño de Mexicano-Suiza de Importaciones, de Márquez Importaciones, S. A. y de Importadora de Maquinaria Industrial, S. A., situadas en Bucareli, Cuauhtémoc y en el Bulevar Aeropuerto.

—Su casa de Las Lomas era la Embajada de Somalia.

—Le atiné respecto a la importadora de quesos.

—Pero llegamos tarde —dijo Héctor.

—Chingada madre —dijo el plomero medio forzado por las circunstancias.

—¿Y ahora qué hacemos jefe? —preguntó Marina.

—No tengo ni idea —respondió el detective Belascoarán Shayne.

Los familiares de la sirvienta le obsequiaron un café bien cargado, y entre llantos contenidos de la madre y gestos de impotencia del padre, contaron la historia de la muchacha que iba para su pueblo a ver a un abuelo enfermo y había encontrado a un estrangulador en su camino.

—¿Tenía novio? —preguntó Héctor.

El viejo caminó hasta un mueble desvencijado y del cajón superior sacó un ejemplar de *Alarma* manoseado por decenas de manos, decenas de veces. Sobre el cual los hermanos pequeños habían derramado coca cola y la madre lágrimas cada semana de aquel último mes.

Señaló a un muchacho joven entre los asistentes al entierro de su hija. Camisa blanca, corbata.

—Simón Reyes Pereira. Es mecánico, trabaja en el taller de su padre. Se iban a casar.

Héctor fijó la vista en el muchacho. Una mirada dura, que no había podido torcer el lente de la cámara. Un mechón de pelos caía sobre la frente.

—¿Sabe dónde vive?

El señor anotó penosamente en un papel la dirección.

Héctor salió murmurando una mala despedida. Los viejos se quedaron atrás en aquel pequeño cuarto terriblemente vacío. No había que inventar, probablemente la muchacha no aportara nada a sus vidas. Pero su muerte había significado un dolor profundo para los dos, un dolor que no pagaba nada.

La cabeza explotaba. Había ido a buscar una pista y se encontraba ante la pregunta permanente: ¿lo hago para vengar a las mujeres muertas?

El desenlace estaba próximo, pensaba Belascoarán Shayne mientras se

acercaba a una vecindad triste en la Colonia San Rafael. Tardó en localizar el número.

Dos niños jugaban canicas en el agujero destinado a un árbol que estaba frente a la puerta de la vecindad.

—¿Simón Reyes, un mecánico?

—En la puerta negra.

Caminó sorteando unas mujeres que recogían ropa tendida. Iba a llover.

Empujó la puerta sin tocar. Un muchacho de unos 20 años, con un bigote reluciente, se levantó del camastro. Traía unos pantalones de fibra sintética color uva y una playera de manga corta con un letrero pintado: «Universidad de San Antonio». Quedó a medio levantar.

Una ventana cerca de la cama daba a un patio interior. Héctor la abrió y respiró a fondo. Comenzaba a gotear.

—¿Usted quién es? —El muchacho miró fijamente al detective.

—¿Por qué?

El muchacho mirando a Héctor de reojo comenzó a jugar con un desarmador que estaba al lado de la cama. Héctor sacó la pistola y la mantuvo apuntando al suelo.

—No me amenace.

—No te amenazo. Van a ponerte en la madre.

—Usted debe ser el estrangulador el Cerebro.

—Tú mataste a tu novia.

—Si la maté, ¿qué? Usted mató a once más.

El ruido de las sirenas policiacas se acercaba, Héctor se acercó más a la ventana y la entreabrió.

—¿Por qué?

—Por cualquier cosa. Vale madres.

Los rechinidos de las llantas se oyeron muy cerca.

—Vienen por usted —dijo el muchacho de la playera.

—No, mi hermano. Vienen por ti.

Y Héctor saltó por la ventana hacia la lluvia. El muchacho lo vio alejarse.

Los policías entraron disparando sin dar tiempo ni siquiera a reaccionar al muchacho semiacostado. Héctor saltó una barda, cruzó por la vecindad y salió a una calle lateral.

Los policías rodeaban la entrada de la vecindad con un enorme despliegue de fuerzas. Los curiosos empezaban a arremolinarse. Héctor pasó entre unos y otros.

«El Cerevro descubierto». «Análisis de sus muestras de escritura lo delató». «Acierto policiaco». «Muerto cuando intentaba resistirse al arresto». «Muchacho de origen humilde alucinado autor de doce crímenes». «Entre las mujeres estranguladas se encontraba su novia» dirían los periódicos al día siguiente.

Héctor se fue alejando poco a poco. Tras él, se quedaba el cadáver del segundo estrangulador, y una pregunta sin respuesta.

Cuando entró en el caserón de Coyoacán dejó atrás por un instante al asesino; sólo guardó en un rincón de los pensamientos la mirada que habían intercambiado. Cojeaba mucho más visiblemente que en la mañana. El frío que bajaba del Ajusco en olas de un viento pegajoso le estiraba las dos cicatrices de la cara tensando el rostro. Una máscara de violencia se construyó en su cara involuntariamente.

Algo más o menos evidente le estropeaba la digestión, le tiraba del intestino para abajo. La conciencia no truquea. Había trabajado en las sombras, peleado contra sí mismo y contra la presencia invisible de un asesino; había elaborado códigos morales, contracódigos, respuestas y preguntas. ¿Había vivido intensamente? Aquellas noches en las que el sueño no llegaba, aquellas rondas interminables recorriendo una ciudad que por vez primera era suya, calles que se construían en la luz mercurial al mágico nombre de la venganza; rostros, lugares, gestos. Un mapa que se iba levantando de una ciudad vista por ojos alucinados.

Y ahora tenía un rostro. La máscara había sido desplazada, y agrietándose, había mostrado una cara. Primero con el diario, más tarde al adquirir un nombre, luego aquella visión fugaz.

El momento tan querido había llegado.

¿Podría?

—Héctor, muchacho —dijo una sirvienta gorda mientras lo abrazaba.

—Matilde, vieja. ¿Cómo estás?

Entraron a la sala abrazados.

Su madre lo estaba esperando. Tensa, rígida, con la cólera habitual a flor de piel. Bella en sus sesenta años, con los restos de su cabello pelirrojo enredados en un moño apretado en la parte de atrás de la cabeza.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Ahora qué pasa? —Inició Héctor tomando la ofensiva.

—Te parece poco que tu hermana haya destrozado su vida, que tu hermano siga los pasos de tu padre, sólo que con menos talento, y ahora que tú te hayas separado de tu mujer, dejado tu trabajo y metido en este lío... Les tengo miedo a mis hijos. Quiero saber en qué me he equivocado.

—¿Sólo para esto, mamá?

—¿Te parece poco?

—Me parece normal. Son puntos de vista diferentes. He visto a mi hermana y no sólo apruebo su decisión, sino que cualquiera que sea la próxima que tome, me parecerá justa. La he visto más sana que de costumbre, más cerca de lo que yo pienso que deben ser los seres humanos. Es una espléndida mujer. Por lo tanto, eso de que se ha estropeado la vida, me parece una babosada. Respecto a Carlos, no tengo gran cosa que decir, excepto que cada vez que en estos últimos días no sabía qué hacer, recordaba las cosas que me dijo. Él tiene un camino. Y yo, pues sí, soy un desastre, pero mucho menos que cuando discutía con Claudia el color de la alfombra o planeaba tener un hijo, o trabajaba como energúmeno para subir de puesto.

Sorprendentemente, la mujer lo había dejado terminar.

—Y bueno, qué, ¿vas a destruir al estrangulador? —preguntó cambiando de tono.

—... Eso creo.

—Tengo algo para ti, hijo —dijo la mujer y caminó hacia el cajón del viejo escritorio de su padre. Sacó una caja de cuero negra y se la entregó.

—¿Qué es?

—La pistola de tu padre. La trajo desde España. Quizá sirva para algo.

Abriste la caja y acariciaste la pistola negra y reluciente, con las iniciales JMBA grabadas en la culata. El viejo le había dado buen uso. Primero combatiendo en Asturias, luego en el cerco de Santander. Luego a bordo del barco pirata. Luego en África contra los alemanes, luego en Francia dentro de

la resistencia. Luego en Checoslovaquia en el último reducto del nazismo. Una pistola digna de apagar la luz de un estrangulador en México.

—Gracias mamá.

—Vamos a cenar.

Pasaron tomados del brazo al comedor. Las fórmulas de su madre, así como los virajes de su carácter lo seguían desconcertando. Algo en el oculto pasado de las relaciones entre su padre y ella no terminaba de explicarse. En el pasillo, una foto de mamá a los 30 años cantando ante una reunión de las brigadas internacionales en Bujaraloz, una vieja foto de papá en el carguero pirata *Octubre*, con la imponente barba y la pistola sostenida por un correa sobre el pecho.

Alrededor de la mesa lo esperaban Elisa y Carlos, vestida y peinado respectivamente de acuerdo a las circunstancias.

Héctor besó a su hermana y abrazó a Carlos.

—¿Cómo va?

—Se terminó.

—¿Y ahora qué vas a hacer? Ya no hay estrangulador.

—El estrangulador está vivo.

—¿Y las declaraciones de la piensa?

—Una cortina de humo con un chivo expiatorio.

Y les contó la historia brevemente.

La madre trajo de la cocina la cena ayudada por la vieja sirvienta.

Comieron en silencio.

—¿Y entonces? —preguntó Elisa.

—Voy a matarlo.

—¿Cuándo? —preguntó Carlos.

—Esta noche.

—Ay, hijo mío, qué cosas dices. No lo dirás en serio.

La cena estaba notablemente sabrosa. No hablaron mucho.

—Tengo una invitada más para el café —dijo la madre. Los tres hermanos se miraron.

La madre salió.

—¿Qué se trae? —dijo Carlos.

—¿No te sacudió un discurso de entrada? —preguntó Elisa.

—A mí sí, ¿y a ustedes?

—Era de rigor —dijo Carlos.

—A mí me los lanza diario. No sé qué le pasa. Supongo que se siente vieja y que necesita darle órdenes a alguien. La vieja entró con Claudia tomada del brazo.

—Buenas noches —dijo Claudia.

—Buenas noches —contestaron Elisa y Carlos. Héctor guardó silencio.

—¿No te da gusto tener aquí a tu esposa? —preguntó la madre.

Héctor dudó un instante. Ahí estaba la puerta abierta del regreso.

Su mujer lo miraba sonriente. Llena de promesas en su vestido azul y su pelo corto.

Pero eran promesas viejas, gastadas hasta el fin en aquellos tres meses. Se puso en pie.

—Hoy no tomo café —dijo.

—Suerte hermano —susurró Elisa. Carlos le guiñó un ojo.

—Hijo —dijo la señora Shayne.

El coche azul con el número 111 pintado en rojo sangre lo esperaba en la puerta.

Héctor le tomó la mano a la muchacha.

—¿Qué decidiste?

—Vamos a verlo —respondió Héctor y subió al coche por la ventanilla.

Ella arrancó. Viajaron en silencio. En un alto Héctor le acarició el pelo a la muchacha que girando la cabeza le besó la mano. El coche recorría veloz el camino hacia Las Lomas. Poca gente en la calle. *¿Por qué...?* Que responda una pregunta: *¿por qué?*

Y fue haciéndose a la idea de que esa noche mataría a un hombre.

XII

Volvamos a la realidad.

JOSÉ HIERRO

Por los mismos motivos por los que el tigre contempla despectivo la mira telescópica del rifle y el cazador encuentra un instante de aproximación humana a la presa, se establece un momento de respeto mutuo; por los motivos por los que el novelista quisiera que la novela no terminara nunca y los amantes que el momento del contacto se eternizara; por los motivos por los que el vendedor de periódicos duda antes de vender el último, porque si no ¿qué venderá después?, porque después de contemplar una radiografía durante meses costará trabajo volver a ver a un ser humano, por las mismas motivaciones que le imponen a un periodista tener una fuente informativa, a una prostituta una esquina fija, y a alguno de nosotros lavarse los dientes tres veces diarias.

Porque el estrangulador constituía una parte apreciable de su vida, el punto de reencuentro con la nueva realidad, el pretexto para la ruptura con el pasado, el origen de la aventura, el lugar al que se regresaba a la salida de las pesadillas para descubrirlo como una nueva pesadilla.

Por eso, y porque matar no es nada fácil, Héctor Belascoarán Shayne sintió durante el último kilómetro que separaba el coche azul de la casa del estrangulador un temblor ligero en las manos sudorosas, un dolor creciente en la pierna herida y un zumbón dolor en la cabeza. Contrarrestó estos efectos secundarios de un miedo que le crecía dentro de la piel, con una cara de palo y una quijada apretada, con la evocación de las fotografías de las doce muchachas asesinadas, con el recuerdo de la mirada fugaz que el asesino le había dirigido.

—¿Miedo de qué? —preguntó la muchacha de la cola de caballo.

—Miedo del fin de la aventura, miedo del asesino, miedo de la inutilidad de todo esto. Miedo de que no me atreva a matar a este hombre. Miedo de

que lo haga para cerrar la última puerta de regreso. Miedo a esa puerta de regreso que hace un rato se volvió a abrir con el pretexto de un café de sobremesa... Cagado de miedo estoy.

—Tú decides. Si quieres, regresamos.

—Nada de eso.

Recorrieron silenciosos las últimas calles, sólo el ronronear del motor ajustado finamente.

El Volkswagen rojo con Marina adentro estaba a media cuadra.

La muchacha se tomaba un chocolate caliente sacado de un termo. Abrió la ventanilla después de cubrirse el cuello.

—¿Cuál es la casa?

—Aquella —señaló un caserón imponente de dos pisos, con un gran jardín delantero. Una luz indirecta bañaba una parte del jardín. Una placa en uno de los muros rezaba: «Embajada de Somalia».

—Está solo, los sirvientes salieron a las siete... O está preparando la fuga o te está esperando.

—Gracias.

—¿Quieres que espere o que entre contigo?

—No, si hay problemas no quiero inmiscuir a nadie. Mañana en la mañana en la oficina.

Arrancó caminando hacia la casa. El Renault 111 pasó a su lado y se estacionó media cuadra adelante. La muchacha sacudió levemente un paliacate rojo al pasar.

—¿Quién es? —preguntó Marina.

—Una mujer tan loca como yo. Tan jodida como yo.

—Que tengan suerte —dijo Marina. Encendió el motor.

—Una cosa. Si esto... si fallo. No dejes de hacerlo. Busca una forma para terminar todo esto.

—No te preocupes.

El Volkswagen arrancó y Héctor Belascoarán Shayne se quedó solo en medio de una calle de Las Lomas. La calle donde vivía el estrangulador. Igual que al principio.

Caminó hasta la puerta de la casa pegado a la pared. Las casas próximas tenían bardas altas y las luces de los segundos pisos proyectaban sombras

suaves y vagas.

La puerta se encontraba entreabierta, la empujó sólo por el gusto de escuchar el inevitable rechinado. Penetró al jardín y contempló la casa. ¿Habría perro? No, sólo un gato solitario y sin raza, pensó recordando el diario. Allá abajo, un sótano, probablemente adaptado para oír aleluyas de Haendel a todo volumen. Allá, los cuartos de servicio.

Arriba: ¿Una oficina gigantesca? ¿Una gran recámara sin espejos?

¿Dónde es el punto del encuentro final?

—Acá, señor Shayne —dijo una voz fría, lijosa, áspera.

—Belascoarán Shayne —respondió Héctor.

—Disculpe, no me van los apellidos vascos.

La sombra se aclaró. En la entrada del sótano.

—¿Me esperaba? —preguntó Héctor avanzando hacia él.

Vestido con una bata gris perla con un monograma sobre el bolsillo superior (HMT) bordado en rojo sangre. Como el número 111 del Renault que me espera afuera, pensó Héctor. Buscó. Los ojos del estrangulador eran los mismos, sólo que más seguros, más firmes, más hundidos entre la carne que los rodeaba.

Sabía que no podría tardar mucho en desentrañar las claves del diario. Tardó usted un día más de lo debido.

Hizo un gesto y abrió el camino.

Entraron a un sótano acolchado con cuero rojo; los sillones surgían de la pared sólo como brazos abiertos del mismo material que el propio forro de las paredes. El suelo estaba desigualmente distribuido, en tarimas y huecos que formaban algunos recodos seudonaturales, todo ello alfombrado de un rojo brillante, un poco más agresivo que el color de la pared. En un hueco en la propia pared descansaba un tocadiscos y cuatro enormes bocinas negras se encontraban distribuidas anárquicamente por el cuarto, persiguiendo efectos acústicos insospechados. En el centro de uno de los agujeros causado por una elevación suave circular en el piso se encontraba un enorme cenicero negro brillante. Algunos otros adornos de ese mismo color se encontraban repartidos por el cuarto: una pequeña columna que terminaba en recipiente con cuatro flores rojas, tres guerreros negros de cincuenta centímetros de estatura, algunas botellas en otro agujero creado en la propia pared, todas

ellas pintadas de negro con etiquetas rojas. Al fondo del cuarto, salía del piso una silla y una gran mesa roja cubierta de negro con cuatro estilizadas patas que emergían de la alfombra. Una luz ámbar surgida de la nada iluminaba el cuarto, permitiendo o brutales reflejos directos o zonas de suaves sombras.

El estrangulador tomó asiento en una saliente roja de la pared, e invitó a Belascoarán a que hiciera lo mismo, con un gesto. Era tal como Héctor lo había reconstruido a partir de la descripción de los políticos de Bucareli. Quizá la nariz recta más firme, quizá un poco más cargada la cintura, quizá las manos más grandes y la cara más alargada.

—¿Fuma? —Alargó un paquete de marca desconocida.

—Traigo de los míos. —Héctor sacó sus Delicados largos con filtro.

—Lo esperaba y llega con un día de retraso. ¿Tendría inconveniente en decirme cómo llega y por qué un día tarde?

Héctor negó con la cabeza.

—Perdí un día leyendo el diario en un tren a Uruapan... Y el porqué es sencillo. Dos hilos al mismo tiempo. En Bucareli conseguí el apellido Márquez. En Teléfonos las embajadas que habían cancelado sus registro y la dirección de una en Las Lomas, por aquello de la cercanía con el despacho del dentista. En el consultorio de la dentista, dos pacientes apellidados Márquez; uní quesos con estudios en Ginebra y encontré la Mexicano-Suiza de Importaciones. El resto todo fue confirmar: aviones, oficinas en Bulevar Aeropuerto, asesinato en el cine México entre oficina y oficina —Bucareli y Cuauhtémoc— y así. Supongo que resultaba fácil hasta para un aficionado como yo que no quería usar los recursos de la policía.

—¿Y nuestro encuentro nocturno?

—Pensé que al haber decidido la policía dar el golpe sobre el muchacho que asesinó a su novia en la parada del camión, usted querría adelantarse y cerrar la cadena. Hice guardia toda la noche siguiendo algunas claves secundarias contenidas en el diario... Puro accidente.

El estrangulador afirmaba con la cabeza, como regocijándose.

—¿No buscó una casa que hiciera monogramas?

—Lo tenía anotado, pero ya no hizo falta.

Se congratulaba de los caminos de Héctor para llegar a aquella casa y a sí mismo.

Héctor había mantenido la mirada fija en aquel hombre difícil en ese escenario montado para impactar, para imponer; en aquel ambiente de sueño irrecuperable, de frialdad total.

—Me toca preguntar —dijo.

—Es su derecho —contestó Márquez Thiess.

—¿Cómo llegó el diario a mi poder?

—Se lo mandé yo —inició el estrangulador y al ver el gesto de Héctor prosiguió:

—Y es más, lo escribí para usted. Comencé a escribirlo retrospectivamente a partir de que lo descubrí en la televisión. Y para darle un poco más de verosimilitud se cometieron los tres atentados. Espero que me perdone por la rudeza del método. Me doy cuenta que me excedí, sobre todo en la bomba del café de chinos.

Hizo una pausa pero prosiguió al ver que Héctor quería la respuesta a una pregunta no formulada: ¿por qué?

—Supongo que lo hice para aumentar la tensión, para añadirle ingredientes al juego. Me proporcionó momentos de un gran goce intelectual el suministrarle las pistas. Quizá le parezca un tanto rebuscado, pero coincidirá conmigo en que toda esta historia es un tanto rebuscada.

—¿Por qué esperaba que el diario no fuera a dar a manos de la policía?

—Creo que acerté cuando supuse que al meterse en el Gran Premio de los 64 mil con ese tema, usted jugaba a ser carnada. Hice algunas averiguaciones y de ellas concluí que para usted, como para mí, esto era una gran aventura, la gran aventura de una vida. Yo inventé al estrangulador, usted inventó al gran detective que acabaría con el estrangulador. Era un gran juego para permitir que esos tristes perros de la policía lo estropearan. Creo que su presencia aquí responde a este reto. Es más, pienso que eso que abulta en la bolsa de su saco es mi diario, y que de él no existen más copias. ¿Acierto?

—Acierta —mintió Héctor.

—Pienso que ha venido solo, probablemente caminando como acostumbra.

—Nuevamente está en lo cierto —mintió Héctor de nuevo.

—Y bien, el juego ha terminado. Usted ha encontrado al estrangulador. Yo he acabado de completar una cadena de eslabones, en la que usted

constituye un broche adecuado...

—¿Por qué?

—Es extraño que usted me pregunte eso. ¿Por qué abandona su mujer y su trabajo al perseguirme? ¿Por qué dedica horas, días, meses a perseguir una sombra? ¿Por qué se arriesga a morir varias veces? ¿Por qué se ofrece como cebo, como carnada ante un asesino? Hay una cita que no usé en el diario y que quiero ofrecerle:

«¿Qué es el hombre? Un nudo de feroces serpientes que rara vez saben vivir en paz; así cada cual se va al mundo en busca de su presa».

»Nos sirve para ambos, para usted y para mí. No sólo describe al asesino sino también a su cazador. ¿No somos, al fin y al cabo, dos caras de una misma moneda? Reversos, pero del mismo material. El material que hace a los hombres y que los diferencia de los esclavos.

—¿De quién son las citas?

—De Nietzsche, por supuesto.

—Perdón.

Sacudiste la ceniza en la alfombra. El estrangulador esbozó una sonrisa.

—Yo he llegado a esto por atrevidos resultados originados en los experimentos culturales. No es el camino obligado. El superhombre se ha separado muchas veces de la tribu quizá por su puro instinto. ¿Le repugno? No, ¡no mil veces! Le atraigo y le repelo, como el abismo, como el cazador a la presa. ¿No existe fascinación en mí? ¿En mis actos, en la ideologización de mis actos? Podríamos habernos encontrado en la calle o jugando squash sin que se ejercitara el más mínimo magnetismo, pero nos hemos encontrado en el Olimpo, mi joven amigo.

Se hizo el silencio, Márquez Thiess encendió un nuevo cigarrillo de marca indescifrable y Héctor tomó otro de sus Delicados largos con filtro.

—Hay algo de cierto. Quizá la repulsión que me causan sus actos tiene que ver con un cierto respeto por la vida. Quizá en el origen fue la aventura, pero en el compromiso de la cacería encontré un cierto amor a la vida, y regresé a ideas elementales, simples si usted quiere, como la defensa del bien contra el mal...

—¿Y dónde está el mal?! Repito. Yo he asesinado a once mujeres y he herido a un camarero chino y a usted en dos ocasiones. Por cierto, ¿era su hermana la que lo acompañaba ese día? Espero no haberla lastimado.

Héctor asintió.

—Bien, he asesinado once veces y he causado heridas menores. En ese mismo intervalo de tiempo, el Estado ha masacrado a cientos de campesinos, han muerto en accidentes decenas de mexicanos, han muerto en reyertas cientos de ellos, han muerto de hambre o frío decenas más, de enfermedades curables otros centenares, incluso se han suicidado algunas docenas... ¿Dónde está el estrangulador?

—El Gran Estrangulador es el sistema.

—¡Bravo! —sonrió—. Ve, ¡ve!, es evidente. Yo sólo soy un hombre que juega a la vida y la muerte, como ellos.

—A la vida y a la muerte ajenas.

—Privilegio que da ver el tablero de juego desde arriba, tener la capacidad de mover las piezas. Sin embargo, no negará que me he puesto en el juego, que he arriesgado y ganado la partida.

—¿Y las mujeres muertas?

—¿Y los centenares de hindúes muertos de hambre? No es válida su pregunta. Usted se dirá: la tribu se une y elimina al tigre. Yo le diré: ¿la tribu no debería unirse para eliminar al sacerdote, a los guerreros, a los parásitos? ¿No está el tigre dentro de la piel de la tribu?

Se hizo un nuevo silencio. Márquez Thiess se levantó y caminó por el cuarto, Héctor lo siguió con la mirada.

—Vino usted por un estrangulador. Lamento que sólo encontrara un espejo más perfecto y acabado de su propia imagen. ¿Qué intenciones tenía? Encontrar al mal evidente, burdo, obvio; el de las telenovelas y los cuentos de monitos. No lo ha hallado. No crea que no me he preocupado por usted, he pensado cuáles son sus salidas. Ya no tiene camino de regreso. No aceptaría un puesto en mis nuevos planes. No sé qué salida le queda, no tiene usted el tipo de suicida...

Héctor se puso de pie. Avanzó un par de pasos hacia Márquez Thiess, cojeando levemente, con las manos cubiertas por un sudor frío y pegajoso.

—Me cuestan mucho las palabras. Durante meses he hablado hacia el

interior de mí mismo. Y he dialogado con una sombra, la suya... Ahora puedo hablar por primera vez.

De pie, crispado.

—Necesitaba un motivo para matarlo, y he reunido algunos. Poco sólidos, poco consistentes. Usted me ha dado el verdadero motivo. Sólo intuitivo, míseramente adivinado, entrevisto en mis pesadillas de estos días atroces. Lo voy a matar para eliminar lo que de usted hay en mí, y en cada uno de nosotros. Voy a matar con usted esta aventura y este derecho a la aventura. Mi hermano podría decírselo mucho mejor que yo. Usted es parte del sistema. Usted es otra cara de la muerte en la India, otra cara de los asesinatos de campesinos o de las muertes por enfermedades perfectamente curables. No es la aventura el común denominador de este encuentro. Es el lugar en que cada versión de la aventura se encuentra. Hasta ahora peleé con y por fantasmas. Hoy peleo por la vida.

Márquez Thiess lo miraba sorprendido.

—No se engañe, usted y yo somos lo mismo.

—Quizá lo fuimos cuando todo esto empezaba. Hoy somos dos trincheras diferentes. Y, sin embargo, entremezcladas. Ustedes están en nosotros. En mí, en los obreros de la GE donde yo trabajaba, en Irene y en las doce muchachas muertas. Tenemos que sacarlos de nosotros.

—Si me mata, lo hará para liberarse, para aparentar un triunfo. No hay triunfo en esto. Sólo engaño.

Héctor sacó la pistola.

—No le debo explicaciones a nadie. Le debo la venganza a doce muchachas muertas por un juego de salón en manos de un monstruo. Cierto, no es el único. Desde las alturas otros juegan al ajedrez con nosotros. No tengo al alcance esas alturas. Algún día será tomado el cielo por asalto, y al destruirlo se liberará lo que el cielo ha contagiado.

—Usted se está engañando. No romperá conmigo disparando. No podrá evitar que yo sea el espejo tan ansiado.

—Qué puto melodrama —dijo Héctor y alzó la pistola de su padre.

Apuntó al cuerpo del estrangulador.

Márquez Thiess retrocedió con una sonrisa en la boca.

—Las historias no acaban cuando los personajes quieren. Sólo cuando el

autor lo desea.

—Por la vida —dijo Héctor como si fuera el último brindis.

Márquez empujó la pared y abrió una puerta oculta tras de él, Héctor disparó dos veces. Márquez Thiess había desaparecido tras la puerta oculta. Héctor se abalanzó a ella y lanzó su cuerpo sobre la pared.

—Mierda —gritó mordiéndose los labios. Retrocedió cojeando hacia la entrada y salió corriendo. El jardín estaba poblado de fantasmas, las ecos de los dos disparos aún resonaban.

No había podido matarlo. Había fallado. Había titubeado. ¿Tendría razón el monstruo?

Irene estaba cerca de las rejas, esperando. A su lado una mancha.

Héctor se acercó corriendo y arrastrando cada vez más la pierna.

Márquez Thiess estaba enganchado en la reja, la cabeza aplastada contra una de las puntas de lanza del dibujo del hierro forjado. Le entraba por abajo de la mandíbula y le salía cerca de la nuca. El cuello de la bata gris estaba manchado de sangre.

—Está muerto —dijo la muchacha de la cola de caballo. Mortalmente pálida, solitaria, a un metro del guiñapo de Héctor que se aproximaba al cuerpo en la reja.

—Vámonos de aquí.

Tiró de Héctor que no podía despegarse del cadáver y que tenía la mirada clavada en él. Salieron corriendo hasta el coche. Ella arrancó brutalmente. A lo lejos quedó la calle y el cadáver. Algunas luces se encendieron en las casas cercanas.

—Salía corriendo de la casa. Me había acercado desde antes, oí los tiros. Venía inclinado, como si trajese una herida. Pasó frente a mí y lo pateé en la pierna. Con el impulso fue a dar a la reja y quedó ahí, ensartado. ¿Era el estrangulador?

—Él era.

Guardó la pistola de su padre cerca del pecho. El metal caliente y frío lo sorprendió.

Recordó el brindis final del diálogo con el estrangulador: ¡Por la vida! El Renault con el número 111 en rojo sangre entró a la Fuente de Petróleos y aminoró la velocidad. La muchacha de la cola de caballo separó una mano del

volante y pasó el dorso por la cara de Héctor. La retiró mojada de sudor.

¿Podría liberarse de aquella pesadilla alguna vez?, ¿podría volver a vivir nuevamente sin cargar detrás de sí aquel cadáver incrustado en la reja? Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Héctor Belascoarán Shayne.

Cuánta soledad, carajo.



PACO IGNACIO TAIBO II (Gijón, España, 1949). Residente en México, D. F., desde los 8 años.

Periodista, autodidacto, prófugo de dos escuelas superiores, codirector de un suplemento cultural, redactor de programas de televisión, lector incansable de novelas de los llamados «subgéneros», testigo del 68, redactor de horóscopos y programas científicos traductor de la poesía del movimiento negro norteamericano, historiador de las revoluciones perdidas españolas de los años 30s, cineasta independiente, estudioso del sindicalismo extraoficial, hereje y novelista de profesión.